

Fernando Sorrentino

Cosas de vieja.
Y otros 19 cuentos



41



BIBLIOTECA
DIGITAL DE
AQUILES JULIÁN



biblioteca.digital.aj@gmail.com

Cosas de vieja. Y otros 19 cuentos

Fernando Sorrentino, Argentina



Edición Digital Gratuita
distribuida por Internet

Editor:

Aquiles Julián, República Dominicana.

Email: aquiles.julian@gmail.com

Coeditores:

MEXICO

Fernando Ruiz Granados
José Solórzano

José Eugenio Sánchez

ARGENTINA

Mario Alberto Manuel Vásquez

Francisco A. Chiroleu

Patricia del Carmen Oroño

ESTADOS UNIDOS

José Acosta

Aníbal Rosario

José Alejandro Peña

César Sánchez Beras

ESPAÑA

Henriette Wiese

Giulia De Sarlo

María Caballero

Elena Guichot

Teresa Sánchez Carmona

Losu Moracho

ITALIA

Gabriel Impaglione

VENEZUELA

Milagros Hernández Chiliberti

Tony Rivera Chávez

REPÚBLICA DOMINICANA

Ernesto Franco Gómez

Eduardo Gautreau de Windt

Félix Villalona

Ángela Yanet Ferreira

Cándida Figuero

Enrique Eusebio

Julio Enrique Ledeborg

Vaughn González

Efraim Castillo

Oscar Holguín-Veras Tabar

Edgar Omar Ramírez

Carmen Rosa Estrada

Roberto Adames

Valentín Amaro

NICARAGUA

Radhamés Reyes-Vásquez

CHILE

Claudio Vidal

Eliana Segura Vega

URUGUAY

Marta de Arévalo

APLA Uruguay

PERU

Luis Daniel Gutiérrez

Nicolás Hidrogo Navarro

Juan C. Paredes Azañero

COLOMBIA

Ernesto Franco Gómez

Julio Cuervo Escobar

SUIZA

Ulises Varsovia

HOLANDA

Pablo Garrido Bravo

PUERTO RICO

Mairym Cruz-Bernal

Primera edición: **Abril 2010**

Santo Domingo, República Dominicana

BIBLIOTECA DIGITAL DE AQUILES JULIÁN es una colección digital gratuita que se difunde por la Internet y se dedica a promocionar la obra narrativa de los grandes creadores, amplificándola y fomentando nuevos lectores para ella. Los derechos de autor de cada libro pertenecen a quienes han escrito los textos publicados o sus herederos, así como a los traductores y quienes calzan con su firma los artículos. Agradecemos la benevolencia de permitirnos reproducir estos textos para promover e interesar a un mayor número de lectores en la riqueza de la obra del autor al que homenajeamos en la edición.

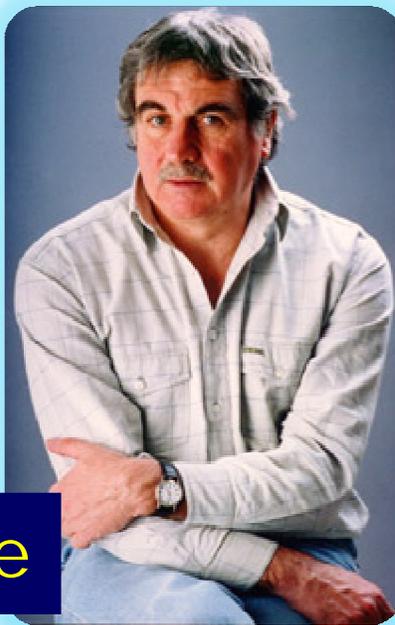
Este e-libro es cortesía de:



**Libros de
Regalo**

EDITORA DIGITAL GRATUITA

Escribenos al email: librosderegalog@gmail.com



Índice

Una muestra del poder de este medio para la literatura / A. Julián	4
Saludos / Fernando Sorrentino	6
Cosas de vieja	7
Mi amigo Lucas	11
El espíritu de emulación	13
En espera de una definición	15
Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con su paraguas...	18
Por culpa del doctor Moreau	20
Nuevas leyes inmobiliarias	26
Un libro esclarecedor	31
Un drama de nuestro tiempo	34
En defensa propia	39
Para defenderse de los escorpiones	44
Piccirilli	47
Una cruzada psicológica	50
La corrección de los corderos	52
Temores injustificados	55
El regreso	58
Un estilo de vida	62
Regreso a las fuentes	66
Costumbres del alcaucil	69
El conejo de Ushuaia	74
Fernando Sorrentino / breve semblanza	78

40



BIBLIOTECA
DIGITAL DE
AQUILES JULIÁN



biblioteca.digital.aj@gmail.com

Una muestra del poder de este medio para la literatura



Por **Aquiles Julián**

Esta aventura que es la edición y divulgación de libros digitales trae innúmeras satisfacciones. He hecho nuevos amigos. Y hemos constituido una red de multiplicadores que compartimos los libros y les agenciamos nuevos lectores a los autores y las obras que editamos.

Ciertamente, para quien ni ama ni aprecia la literatura, la cultura y el pensamiento, este esfuerzo es una forma benigna de locura. Hecho sin ningún lucro, dedicar tiempo y esfuerzo a recopilar textos, formatearlos, y pacientemente remitirlos vía email al creciente número de personas que suministran sus direcciones de correos para recibirlos de manera gratuita parece una pérdida del valioso y escaso tiempo de

vida del que se dispone.

Pero si lo vemos como algo que disfruto intensamente hacer y que, además, siento como necesidad y deber, aporte y homenaje, entonces es entendible que esta iniciativa se mantenga y prospere en función del desprendimiento y la buena voluntad.

El concepto prevaleciente de que la literatura no vende, que editar poesía es desperdiciar recursos en libros inútiles que nadie comprará, que las obras de imaginación son pasatiempo de ociosos, nos reduce a individuos copados por rutinas alienantes, restringidos a conductas repetitivas y a hábitos prediseñados para extraernos hasta el último centavo del magro salario que socialmente se nos asigna.

Ese mundo de autómatas, sin criterios propios ni capacidad de discernir, cuyos juicios son repeticiones de lo leído en la prensa o visto en la televisión, que degastan sus existencias miserables en itinerarios preestablecidos y consumiendo un pseudo arte que contribuye a mantenernos ajenos a la crueldad en que nuestra existencia, que no vida, transcurre, es el sueño fascista de unos pocos. Y la literatura tiene como una de sus funciones sacudirnos de ese alelamiento.

Al proponernos mundos posibles, al brindarnos imágenes simbólicas por las que intuimos retazos de nosotros mismos, al reflejar el monstruo en que nos vamos convirtiendo progresivamente, la carencia de sentido de existencias controladas a través de los medios de comunicación y otros recursos por quienes nos conciben sólo como mano de obra y consumidores pasivos, jugando un juego que no es nuestro ni tiene forma alguna de beneficiarnos, al facilitarnos medios para pensar y discernir, la literatura nos remece, nos despierta, nos ayuda a darnos cuenta de nuestra realidad.

No se trata en modo alguno del enfoque sartreano, devenido subordinación al totalitarismo, de *literatura comprometida* ni de la instrumentalización del arte para fines políticos o ideológicos. Es que toda literatura verdadera propone un mundo ficticio contra el cual, por contraste, podemos ver el fáctico y nos predispone a la comparación y a la reflexión. Nos adiestra en el arte de pensar.

En toda literatura hay ideas implícitas, hay conceptos implícitos, hay una visión del mundo que puede reforzar, completar, ampliar, desafiar o contradecir la propia. Toda literatura es, en esencia, un medio de sacudir la conciencia propia y provocar la reflexión. Expande nuestra percepción, amplía nuestra mundo.

Fernando Sorrentino, narrador argentino de talento y maestría probados, con una amplia bibliografía, traducciones y ediciones internacionales, es uno de esos amigos que este medio me ha granjeado.

Le solicité apoyo y me respondió presto. Seleccionó 20 cuentos en una antología personal de sus diversos libros, incluyendo su primer cuento publicado que da nombre a este libro digital, y me los remitió para divulgarlos por esta vía.

Que un laureado escritor argentino de amplio reconocimiento y un modesto escritor y editor digital caribeño se contacten, colaboren y produzcan para su difusión gratuita un libro de la calidad del que ahora ponemos en tus manos (o más precisamente en la pantalla de tu ordenador), habla de la calidad humana e intelectual de Sorrentino, capaz de apreciar este esfuerzo humilde de rendir homenaje a la obra y la persona de cada escritor que publicamos, compartiendo una muestra de su talento para ganarle nuevos lectores y mayor reconocimiento y de la versatilidad de este medio que es la Internet.

Al valorar esta iniciativa de difusión literaria y apoyarla con su selección de cuentos, Fernando Sorrentino da un espaldarazo que agradecemos y apreciamos en toda su importancia, a estas colecciones digitales que van llegando, vía el trabajo voluntario de nuestros amigos que reenvían y comparten los libros en sus países de residencia, a más lugares y personas que los que normalmente puede llegar un escritor con ediciones impresas.

Muchos autores languidecen en sus países, desconocidos por sus propias comunidades, sin que sus obras obtengan el reconocimiento y el aprecio que merecen. Esta pequeña iniciativa de edición digital espera servir para que sus textos llegue a una población mayor, que trasciendan fronteras. Y el apoyo de autores como Fernando Sorrentino nos anima con mayor fuerza a perseguir esa visión.

Saludos

Sobre los cuentos elegidos

En fecha tan lejana como julio de 1969, y en lugar tan íntimo como la ciudad de Buenos Aires, publiqué por primera vez un cuento, "Cosas de vieja", en la revista *Nuestros Hijos*.

Diría que, desde entonces, editoriales, periódicos y revistas han sido muy generosos conmigo, pues, aunque no podría tomarme el trabajo de contarlos, sé que, hasta fines del año 2009, llevo publicados más de un centenar de cuentos. Para establecer la cifra exacta no sería suficiente cotejar los índices de los libros, pues aún quedan muchos textos que sólo existen en diarios y revistas.

De ellos, he elegido estos veinte, con el criterio de que sus extensiones correspondan a las de cuentos medianos. A modo de mapa del largo camino recorrido, están ordenados cronológicamente, de acuerdo con la fecha de su primera publicación, en el medio que fuera (periódico, revista o libro). Todos ellos han sido recogidos en libros de mi autoría, y, al final de cada uno, se consigna el dato bibliográfico.

Sobre lectura y escritura

Siempre he leído y he escrito conducido por el sencillo placer que puedo encontrar en ambas (interrelacionadas) actividades. Salvo en mi adolescencia, nunca he leído por "sentido del deber": superada esa etapa de la vida, he desechado, sin remordimiento alguno, la lectura de libros que, aunque "prestigiosos", me aburrían o me desagradaban.

He trasladado ese mismo principio a mi propia escritura. Cuando la redacción de un relato no fluye con la placidez que yo deseo y percibo, me digo "Esta historia no me era destinada", e inmediatamente la abandono, porque sé que, de publicarla, terminaría transmitiéndole al lector las mismas molestias y los mismos tropiezos que me hostigaron en su elaboración.

Es muy posible que a ese mismo lector le transmita otras incomodidades: en tales casos, la inmediata suspensión de la lectura lo librerá de ellas.

FERNANDO SORRENTINO
Buenos Aires, marzo de 2010

Cosas de vieja

En esos días de lluvia, Mario se empeñaba en que quería comer buñuelos preparados por la abuela. Ella, con halagada sonrisa, consentía sin dificultad, y mandaba a la Coca a limpiar las pelusas debajo de los roperos o a ordenar el cuartito de las cosas inservibles: tal era su sistema para quedarse dueña absoluta de la cocina. En la casa tan grande, tan oscura, tan sola, yo podía elegir entre permanecer mirando cómo las manos venosas de la abuela elaboraban prolija y lentamente los buñuelos (que ella llamaba *biñuelos*), o irme con la Coca a verla acomodar los trastos del cuartito de las cosas inservibles. La Coca lo llamaba *altillo*, pero yo sabía bien, por el *Pequeño Larousse Ilustrado*, que un altillo no podía hallarse en la planta baja, en un rinconcito cuya ventana daba a los límites del jardín, junto a la medianera de ladrillos, un lugarcito muy callado y húmedo donde había una plancha rectangular de hierro oxidado, unos azulejos floreados y una canilla para regar el jardín. Aunque el grifo carecía de llave y, de todos modos, nadie regaba el jardín, y ni siquiera era un jardín: no tenía plantas ni flores de cultivo, pero sí yuyos y enredaderas heterogéneas, bichos bolita, hormigas, charcos, sapos y lauchas.

Creo que yo ya tenía catorce años cuando supe cuál era el aspecto exterior de la casa. Yo casi nunca salía, y, en ese caso, iba y volvía por la misma vereda de la casa, de modo tal que sabía de memoria los edificios de enfrente pero no conocía el que me guardaba desde que nací. Una vez se me ocurrió no hacer otros ángulos que los rectos, sin cruzar en diagonal ninguna calle. Caminé desde la esquina por la acera de enfrente. Por la izquierda superaba verjas de alambre o de hierro y confusas vegetaciones; por la derecha, cada tantos metros, se renovaba un árbol prisionero en un cuadrado de tierra. En primavera y en verano las ramas se juntaban en el cielo, y el sol pasaba apenas, en retacitos, como a través de un inquieto y fresco cedazo. Pero ese día era invierno y era el atardecer. Tan triste todo, con un vientecito desganado, mudo, la calle vacía y esas lucecitas, que salían ya como apagadas de salas de techos altísimos. No sé por qué, me daban como unas ganas de llorar, y en seguida pensé en Mirta, una chica, mayor que yo, que estudiaba en mi colegio. Yo estaba sobre mosaicos azules y blancos —uno blanco y otro azul—, con nueve cuadraditos en sobrerrelieve, y una página sucia de *El Gráfico* iba a volarse a caballo del viento. La pisé a tiempo y, sin inclinarme, leí “Musimessi, figura en Newell’s”. Lo liberé, y el papel salió arrastrándose con un gemido áspero, y fue a encallar en el agua servida. ¡Qué lúgubre, mi casa! Apenas si se veía. Enredaderas mustias y oscuras cubrían la verja negra y oxidada; detrás, palmeras grises, pinos descascarados y el omnipotente gomero ni dejaban asomar la osamenta opaca de nuestra casa, cuyas paredes eran mapas de grietas y manchas. Pero contra el cielo blanco se recortaba el puntiagudo techo a dos aguas, techo de tejas que habían sido rojas y ahora eran violetas o del color del barro.

En la casa había también un altillo, pero como en él dormía la Coca, ya no era altillo sino *dormitorio*; aunque la abuela lo llamaba *el cuarto de la muchacha* (y además decía *tránguay* por tranvía y *botines* por zapatos, y el subte de Primera Junta para ella era siempre *el Anglo*). A mí me gustaba esa piecita con el cielo raso en V invertida y gruesas vigas de madera oscura. Sobre un banquito de cocina señoreaba una radio muy antigua, muy alta, muy poco audible, en la que cada noche ella escuchaba el radioteatro de Radio El Mundo. Usurpaba media habitación un inmenso ropero de caoba, de tres cuerpos, con un espejo ovalado. Al abrir la puerta, sujetos

con chinches, estaban: Gardel, vestido de gaucho celeste; Robert Taylor, de *cowboy*; y Ángel Magaña, de saco y moñito; también una estampita de la Virgen de Luján y otra de Ceferino Namuncurá. De la pared colgaba una fotografía coloreada (el día de su casamiento con Ricardo), donde la Coca casi no era la Coca, con ese peinado tan alto y esos labios tan rojos y tan finitos. Sobre el mármol de la mesita de luz había un frasco de agua de Colonia y una barrita de azufre. Sin embargo, lo mejor del cuarto era una ventanita circular, como si fuera un ojo de buey, que se abría, por mitades, en dos vidrios rosados.

Por eso, cuando se decía que la Coca iba a limpiar el altillo, significaba, en realidad, que iba a ordenar el cuarto de las cosas inservibles. Mucho le agradaba a la abuela que Mario le pidiese buñuelos, no tanto porque le gustara prepararlos, sino más bien porque así recuperaba un poco de la importancia que tuvo en otros años, cuando era ella quien dirigía todas las cosas de la casa, cuando todavía no habían empezado a dejarla a un lado. Claro que, como chocheaba (arteriosclerosis, ochenta y seis años), no era injustificado que tuviese manías, no era extraño que se confundiese y olvidase, no era censurable que a veces mintiera o inventara. El doctor Calvino afirmó que eran cosas de la edad; para ello no existía solución científica y simplemente había que admitir la situación tal cual. Sea como fuere, de todos modos la abuela era adorable y no molestaba a nadie. Pasaba las tardes de otoño e invierno con una pañoleta en las rodillas y una bufanda en los hombros, hamacándose en la enorme mecedora, que, sin embargo, perdida en la interminable sala empapelada de flores lilas y pájaros verdosos, parecía pequeña. Allí, con las manos entrelazadas, pensaba quién sabe en qué, mirando a través de la mesa negra y ovalada, cubierta siempre por una carpeta cruda tejida al crochet. Cuando no, limpiaba todos los objetos metálicos de la casa hasta darles un brillo enceguedor, y ese brillo era como un escándalo entre cosas tan opacas y melancólicas. Yo solía buscarle candelabros de bronce o fruterías de plata, pero Mario me lo prohibió, considerando que así estimulaba el desarrollo de algo que podría denominarse manía. De cualquier manera, ahora que los días eran más templados, a la abuela se le había dado por vagar al atardecer por los rincones inexplorados del jardín, que lo eran casi todos; se sentaba, bien lejos de la casa, en una sillita de paja, hasta que al fin la Coca salía a buscarla y la obligaba a entrar, porque podía ser muy peligroso el rocío del anochecer. Convencerla de que se quedase en la sala era difícil, y cada día pasaba más horas en el jardín, generalmente cerca de la estatua destruida. El doctor Calvino aconsejó que se la dejara hacer su voluntad, pero cuidando de que no tomase frío, debido a la endeblez de sus bronquios.

Era cosa de no creer que, la noche de la tormenta de Santa Rosa, cuando Mario se levantó para asegurar las persianas, la abuela ambulara por el jardín, bajo la lluvia y agitada, tenue planta como era, por el viento helado y furioso. El doctor Calvino diagnosticó pulmonía, y, ahora, a la chochera se agregó la fiebre, y la abuela empezó a delirar con los hombrecitos. ¿Los hombrecitos? Sí, los hombrecitos vestidos de calzón amarillo y chaqueta roja, que se empinaban sobre botas negras y muy altas, que se cubrían la cabeza con un bonete azul de terciopelo. Era inútil que la interrumpieran con la noticia de que Telma había tenido mellizos, o que tía Marcelina le mostrara las sábanas que acababa de bordar. La ciudad de los hombrecitos se llamaba Natania y constaba principalmente de bosques, torres y puentes; la ciudadela del rey y los tres ministerios estaban custodiados por leones alados y por toros con cabeza de águila. “¿Por estatuas de leones y de toros?”. No, por leones y por toros de carne y hueso. El doctor Calvino puso esa cara tan especial que asumen los médicos amigos de la familia, y la casa fue paso obligado de remotos parientes, solidarios en la desdicha que ya llegaba. Cuando la sutil visita de la abuela se acabó del todo, llegaron los de la funeraria con los absurdos ornamentos

con que se recibe a la muerte. La capilla ardiente se erigió en la sala donde la abuela lustraba metales, y las manijas del ataúd brillaban casi como si ella misma las hubiera bruñido. Las dos hermanas casadas y la solterona la rememoraron joven, siempre tan guapa y dispuesta, y tíos escribanos o abogados consumían café y coñac, y calculaban las posibilidades de Balbín-Frondizi frente a las de Perón-Quijano. Toda la noche contemplé rostros sucesivos (y a veces pensaba en Mirta) y, desertando del velorio, me interné en la maraña del jardín, entre rugosas palmeras y campanillas azules que se morían apenas se las arrancaba. Lloré, aunque despacito, de sólo recordarla por allí, con sus anteojos y su abrigo negro.

Mario permitió que la Coca, que estaba separada del Ricardo aquel de la foto coloreada, llevase a vivir consigo a un novio o cosa así, ahora que no estaba la abuela para escandalizarse. Resultó ser un individuo torvo, de poco pelo, malas maneras y ninguna palabra. Durante la primera semana, al volver de no sé dónde, siempre más o menos a la misma hora, pasó las tardes observando por la ventanita circular hacia la casa de enfrente. El sábado mostró poseer un perverso espíritu innovador: empezó a introducir toda clase de modificaciones y, con la venia de Mario, se ensañó en revolucionar todas las cosas, que estaban tan bien como estaban.

Proyectó comenzar con el jardín, nada menos: cortar malezas, sembrar césped, cultivar flores. Y entonces el jardín no sería otra cosa que un jardín, es decir, una cosa lisa y limpia y clara, y no un lugar misterioso y secreto. Yo ya no podría pensar y jugar en el rinconcito formado por la palmera más gruesa, el cerco de ligustros desordenados y la estatua tumbada y rota, cubierta de musgos y líquenes, como diría el manual de *Botánica* de primer año. Alrededor del pedestal de la estatua los yuyos habían crecido hasta ocultarlo por completo, pero debajo —si es que alguien lo podía levantar, ya que era pesadísimo— la tierra era plana y apelmazada en un círculo perfecto, y era en el círculo donde estaban los primeros accesos de comunicación. Hacía mucho tiempo que ese bloque de mármol estaba perdido en el jardín: ELISA Y MARIO, declaraban un corazoncito y una flecha medio borrosos, y Mario hacía más de veinte años que era viudo.

El perro de los vecinos retrasó el plan del novio de la Coca. Ladraba y lloraba día y noche; era un perro estúpido e insoportable y, en efecto, él no pudo soportarlo: en un rasgo muy típico de su manera de resolver los problemas, le arrojó carne envenenada por encima de la medianera. Los vecinos —que también, aunque por otras razones, eran gente desagradable— formularon la denuncia a la policía, y él tuvo que pasarse dos días en la comisaría. Al volver, prefirió remozar el interior de la casa. Ya Mario estaba muy viejo y no influía en absoluto; era un trasto más que, en lugar de ocupar un sitio en el cuartito de las cosas inservibles, lo ocupaba en la biblioteca: con esmerada caligrafía antigua, en un cuaderno escolar copiaba —¿por qué?, ¿para qué?— poesías románticas o altisonantes. Pero las semanas iban pasando, y el sujeto ya terminaba de renovar y pintar toda la casa, unos colores cada vez más claros y luminosos, y en seguida atacaría el jardín. Empezó a limpiarlo avanzando en un círculo cuyo centro era la casa. Cierto que faltaban muchos metros hasta la estatua, y que aún me quedaba algún tiempo para conversar y enterarme de otros detalles. Mientras tanto, él arrancó las primeras malezas, eliminó las latas y las piedras que se habían acumulado a través de más de veinticinco años de desidia, mató infinidad de sapos inocentes, y trazó así la primera vuelta del círculo. Por suerte, día a día el avance se hacía más lento, pues las nuevas circunferencias eran cada vez mayores. En el colegio yo me hallaba nerviosísimo pensando que ya estaría llegando al pino Julio (mirándolo desde un ángulo muy preciso, los nudos rezaban JULIO), y, en efecto, había llegado: la tierra ya estaba perfectamente desbrozada y alisada a su alrededor. Ellos ya habían comenzado una ordenada migración y, aunque me debían el aviso, nunca consintieron en

decirme a dónde irían a instalarse. Para peor de males, el domingo se privó de su habitual tertulia y partida de billar con sus amigos, esos tipejos del café, seres de pucho en los labios, y permaneció en el jardín tomando mate con la Coca y leyendo las mentiras del diario, de modo que nada pude adelantar. Al otro día me esperaba una prueba escrita de zoología, y yo no podía concentrarme, se me iban los ojos por la ventana. No estaba de humor para la ameba y el paramecio; no estaba para pensar en esas estupideces, teniendo la certeza de que el lunes llegaría inevitablemente al pedestal. A las dos de la mañana fui a despedirme, y quedé tan nervioso que ya no pude pegar un ojo. De zoología no me acordaba nada; traté de copiarme y la profesora me sorprendió y me quitó la hoja. Por fin, entonces, en el banco del colegio, pude quedar cómodo y desocupado para poder recordar una vez más a los hombrecitos vestidos de calzón amarillo y chaqueta roja que se empinaban sobre botas negras y muy altas, que se cubrían la cabeza con un bonete azul de terciopelo.

[1969]

[De *Imperios y servidumbres*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1972.]

Mi amigo Lucas

Tengo un amigo todo lo dulce y tímido que puede pedirse. Se llama Lucas, usa lentes sin armazón y anda por los cuarenta años. Es de reducida estatura, es delgaducho, tiene un bigotito ralo y una calva que reluce.

Para no molestar a nadie, camina siempre de perfil. En vez de pedir permiso, prefiere deslizarse apenas por un costado. Los perros y los gatos callejeros le infunden terror, y, para evitarlos, se cruza a cada instante de una vereda a la otra.

Habla con una vocecilla sutil, casi transparente de tan inaudible. Jamás ha interrumpido a nadie, pero no logra emitir más de dos palabras sin que lo interrumpan. Y se siente dichoso de haber podido pronunciar esas dos palabras.

Hace años que mi amigo Lucas está casado: con una mujer delgada, colérica, nerviosa; tiene voz aguda hasta lo insufrible, fuertes pulmones, nariz afilada y lengua de víbora; su temperamento es indomable, y su vocación, domadora.

Lucas —me gustaría saber cómo— se ha continuado en un niño. La madre lo bautizó Juan Facundo: es alto, rubio, flequilludo, atlético, inteligente, suspicaz, irónico y vigoroso. Él y su madre le asignan a Lucas un lugar nulo en el universo y, por ende, desoyen sus escasas e imperceptibles opiniones.

Lucas es el más antiguo y el menos importante de los empleados de una lúgubre compañía importadora de tejidos. Es una casa muy oscura, con pisos de madera negra, ubicada en la calle Alsina. El dueño se llama don Aqueróntido: hombre de bigotes feroces, de pelo hirsuto, de voz atronadora, violento, avaro. Mi amigo Lucas se presenta vestido de negro, con un traje muy viejo, brillante de tanto uso. Sólo posee una camisa, con anacrónico cuello de plástico. Y una sola corbata: tan deshilachada, que parece un cordón de zapatos. Incapaz de resistir la mirada de don Aqueróntido, Lucas no se atreve a trabajar sin saco y se coloca un par de sobremangas grises para preservarlo. Su salario es irrisoriamente bajo: no obstante, Lucas permanece todos los días trabajando tres o cuatro horas de más, pues la tarea que le ha asignado don Aqueróntido es tan desmesurada, que no alcanzaría a realizarse en el horario normal.

Justamente ahora —cuando don Aqueróntido acaba una vez más de rebajarle el sueldo— la mujer ha decidido que Juan Facundo no cumpla sus estudios secundarios en un colegio estatal y gratuito. Ha preferido inscribirlo en un instituto muy costoso del barrio de Belgrano. Ante esta erogación, Lucas ha dejado de comprar las *Selecciones del Reader's Digest*, que constituían su lectura predilecta (en el último artículo que leyó una psicóloga exhortaba al marido a autorreprimir la propia personalidad avasallante para no entorpecer la realización personal de su esposa y sus hijos).

• • •

Pero, apenas sube a un colectivo, Lucas suele proceder así:

Pide el boleto y empieza lentamente a buscar el dinero, manteniendo al chofer con la mano extendida y en un estado de incertidumbre. Lucas no se apresura en absoluto: es posible que la impaciencia del conductor le cause placer. Luego paga con la mayor cantidad posible de monedas de escaso valor, entregándolas de a poco, en cantidades distintas y a intervalos irregulares. Esto perturba al chofer, pues, además de estar atento al tránsito, a los semáforos, a los pasajeros que suben y bajan, y al manejo del vehículo, debe simultáneamente efectuar cálculos aritméticos. Lucas agrava sus problemas incluyendo en el pago una vieja moneda

paraguaya que conserva con tal propósito y que le es invariablemente devuelta en cada ocasión. Así, suelen cometerse errores en las cuentas y, entonces, entablada la discusión, Lucas defiende sus derechos con razonamientos contradictorios y absurdos, de tal modo que nadie sabe qué argumenta en realidad. El colectivo suele terminar, en tácita rendición, por arrojar las monedas a la calle —tal vez para no arrojar a Lucas o arrojarse él mismo—.

Cuando llega el invierno, Lucas viaja con la ventanilla abierta de par en par. El primer perjudicado es él: ha contraído una tos crónica que a menudo le hace pasar las noches en vela. Durante el verano, cierra herméticamente la ventanilla y deja que el sol pegue en el vidrio y multiplique su calor: de esta manera, más de una vez ha sufrido quemaduras de primer grado.

Lucas tiene prohibido el tabaco y, en realidad, fumar le resulta insoportable. Pero en el colectivo enciende un cigarro gordo, barato y de espantoso olor que produce ahogos y toses. Cuando baja, lo apaga y lo guarda para el próximo viaje.

Lucas es una personita sedentaria y escuálida: jamás le interesaron los deportes. Sin embargo, los sábados a la noche sintoniza su radio portátil, dándole el máximo volumen, para escuchar el boxeo. El domingo lo dedica al fútbol, y tortura a los demás viajeros con estruendosas trasmisiones.

El asiento del fondo es para cinco personas: Lucas, a pesar de su pequeño tamaño, se ubica de modo que sólo quepan cuatro y aun tres. Si hay cuatro sentados y Lucas está de pie, exige permiso con tono de indignación y de reproche, y se sienta con las manos en los bolsillos del pantalón, de manera tal que sus codos quedan incrustados en las costillas de sus aláteres.

Cuando viaja de pie, lo hace con el saco desabotonado, procurando que el borde inferior pegue en el rostro o en los ojos del que está sentado.

Si alguien se halla leyendo, pronto se convierte en presa de Lucas: para hacerle sombra coloca la cabeza bajo la lamparilla. A intervalos, la retira, como por azar; el lector devora con ansiedad una o dos palabras, y allí, incansable, vuelve Lucas al ataque.

Mi amigo Lucas conoce la hora en que el colectivo se halla más atestado. Antes de subir, ingiere un emparedado de salame y roquefort, y bebe un vaso de vino tinto ordinario. En seguida, con los restos del pan mascado y del fiambre y el queso entre los dientes, y con la boca bien abierta, recorre el vehículo pidiendo enérgicamente permiso.

Si se acomoda en el primer asiento, no lo cede a nadie. Pero, si se halla en los últimos y sube un anciano enclenque o una mujer con un bebé en brazos, Lucas —sin perder un segundo— se levanta con celeridad y los llama a grandes voces, ofreciéndoles su lugar. Ya de pie, expone un comentario recriminatorio contra los que permanecieron sentados. Su elocuencia es abrumadora: varios pasajeros, mortalmente avergonzados, descienden siempre en la siguiente esquina. Al instante, Lucas ocupa el mejor de esos asientos libres.

• • •

Mi amigo Lucas se apea de muy buen humor. Camina hacia su casa con timidez y por el cordón de la vereda. Como carece de llave, tiene que tocar el timbre. Si en la casa hay alguien, rara vez se niegan a abrirle. En cambio, si su mujer, su hijo o don Aqueróntido no se encuentran, Lucas se sienta en el umbral a esperar que regresen.

[1969]

[De *La regresión zoológica*, Buenos Aires, Editores Dos, 1969.]

El espíritu de emulación

Es bastante intenso el espíritu de emulación que existe entre los habitantes del edificio de la calle Paraguay en que vivo.

Es cierto que durante mucho tiempo todos ellos se limitaron a rivalizar en perros, gatos, canarios o loros. El más exótico de ellos nunca fue más allá de las ardillitas o de una tortuga. Yo mismo tenía un hermoso perro de policía, que era un poco más chico que el departamento y se llamaba Josecito. Pero, además de Josecito —y esto se ignoraba—, vivía con mi mujer y conmigo una bella araña de la especie *Lycosa pampeana*.

Una mañana, a las nueve, cuando le estaba dando de comer a mi mascota, el vecino del 7° C —a quien ni siquiera había visto nunca— vino, no sé por qué confusa razón, a pedirme el diario por un instante. Después, sin atinar a irse, se quedó un buen rato con el periódico en la mano. Contemplaba fascinado a Gertrudis, y en su mirada había algo que me hizo estremecer: era el espíritu de emulación.

Al día siguiente me llamó para mostrarme el escorpión que acababa de comprar. En el pasillo, la mucama de los del 7° D sorprendió nuestro diálogo sobre la vida, los hábitos y la alimentación de arañas, alacranes y garrapatas. Esa misma tarde sus patronos adquirieron un cangrejo.

Luego, durante una semana, no hubo novedad alguna. Hasta una noche en que coincidí en el ascensor con una de las vecinas del tercer piso: una joven lánguida, rubia y de mirada perdida. Llevaba un gran bolso amarillo cuyo cierre relámpago estaba parcialmente fallado: por una de las roturas se asomaba cada tanto la cabecita de un lagarto overo.

Al mediodía siguiente, cuando regresaba del almacén, por poco no se me caen las bolsas de la mano al toparme a boca de jarro con el oso hormiguero que bajaban de un camión con destino a la portería. Uno de los tantos mirones que se habían congregado murmuró —en voz lo suficientemente alta para ser oída— que un oso hormiguero no era, en realidad, un *verdadero* oso. La mujer del abogado tuvo un sobresalto y corrió, trémula, a refugiarse en su departamento: sólo la vi reaparecer unos días más tarde cuando, con desdén y con la faz radiante, salió a firmar el recibo a los fleteros que acababan de traerle el oso pardo americano.

La situación ya se me hacía insostenible. Los vecinos me negaron el saludo, el carnicero ya no quiso fiarme, todos los días recibía anónimos insultantes. Al fin, cuando mi mujer me amenazó con la separación, comprendí que no podría sobrellevar un solo día más una insignificante *Lycosa pampeana*. Desarrollé entonces una actividad sin precedentes. Pedí dinero prestado a varios amigos, hice economías indescriptibles, dejé de fumar... Así pude comprar el leopardo más maravilloso que pueda concebirse. De inmediato, el del 7° C, que no me perdía pisada, pretendió abrumarme con un jaguar. Y, aunque parezca ilógico, lo consiguió.

Lo que más me lastima es tratar con gente que carece de sensibilidad estética, gente que no percibe la cualidad, gente meramente cuantitativa. No hubo un solo vecino que se inclinase ante la superior belleza de mi leopardo; el mayor tamaño del jaguar les había cegado el entendimiento. En seguida, todos los vecinos, azuzados por el aire jactancioso del propietario

del jaguar, se dieron a la tarea de renovar sus animales. Yo debí reconocer que mi humilde leopardo ya no me proporcionaba el estatus de otrora.

Ante sigilosas conversaciones que mi mujer sostenía por teléfono con un caballero anónimo, advertí que la disyuntiva era de hierro. Sin ningún remordimiento, vendí los muebles, la heladera, el lavarropas, la enceradora. Hasta vendí el televisor. Vendí, en fin, todo lo que se podía vender y compré una descomunal boa anaconda.

Es dura la vida del pobre: sólo durante tres días fui el héroe del edificio.

Mi anaconda rebasó todos los diques, destruyó toda medida, echó por tierra las convenciones más respetables. En todos los departamentos fueron multiplicándose leones, tigres, gorilas, cocodrilos... Algunos hasta tenían panteras negras, esas panteras que ni siquiera posee el Jardín Zoológico. La casa entera resonaba en rugidos, aullidos, parloteos. Pasábamos las noches en vela, resultaba imposible dormir. Los olores entreverados de felinos, cuadrumanos, reptiles y rumiantes tornaban irrespirable la atmósfera. Grandes camiones traían toneladas de carne, de pescado, de vegetales. La vida en el edificio de la calle Paraguay se hizo un poco peligrosa.

Fue una experiencia inquietante la que tuve cuando volví, después de tanto tiempo, a compartir el ascensor con la joven y lánguida vecina del tercer piso, que ahora sacaba a su tigre de Bengala a dar una vuelta a la manzana para hacer pis. Recordé el lagarto que había asomado la cabecita por la abertura del cierre relámpago. Me enternecí. ¡Qué lejos habían quedado aquellos primeros, difíciles y quijotescos tiempos de los escorpiones y de los cangrejos!

Finalmente llegó un momento en que no se pudo confiar en nadie. El portero, ante la tensa mirada de varios copropietarios, lavó en la vereda con agua y jabón a su rinoceronte de dos cuernos, y luego —como si allí no hubiera pasado nada— lo hizo penetrar en su departamento. Esto era más de lo que estaba acostumbrado a soportar el del 5° A: unas horas más tarde subió triunfalmente las escaleras llevando de la brida a su hipopótamo.

El edificio se halla ahora inundado y semidestruido. Me encuentro redactando este informe en la azotea, en condiciones desfavorables. Cada tanto me sobresaltan los plañideros barritos del elefante que vive con los del 7° A. Escribo con el reloj a la vista, pues, a intervalos de ocho minutos, debo guarecerme entre las ruinas de la escalera para que no estropee estas páginas el chorro de vapor que lanza la ballena azul del 7° C. Y escribo con cierta inquietud, estando, como estoy, bajo la suplicante mirada de la jirafa del 7° D, que, asomando la cabeza por sobre la tapia, no cesa ni por un segundo de pedirme galletitas.

[1972]

[De *Imperios y servidumbres*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1972.]

En espera de una definición

Yo estoy dominado por un mosquito. En cuanto se le antoje, me matará. Por suerte, hasta ahora no ha abusado de su poder: ejerce su autoridad con moderación, sin arbitrariedad, en una forma —diríamos— constitucional. Pero, en cualquier caso, debe sobreentenderse que mi obediencia no emana de un reconocimiento de sus méritos o virtudes, sino del temor que me infunde.

Si él lo considerara conveniente, me mataría, y su crimen —o ejecución— quedaría impune. Aun en el caso de que las autoridades judiciales pudiesen establecer fehacientemente que él es el homicida, no podrían castigarlo: no sólo por el hecho secundario de que esa figura delictiva no está prevista por el código penal, sino también porque él no permitiría que lo hicieran. Por fortuna, tengo suficientes elementos de juicio para suponer que —si yo no le doy motivo— ha desechado para siempre la idea de ajusticiarme.

Él se halla sobre la pared, cerca del vértice de un cuadro pintado al óleo que representa un paisaje imposible donde dos pastoras, al parecer españolas, con sendos cayados, conversan sobre asuntos desconocidos, rodeadas de dóciles ovejas, el recto lomo de una de las cuales coincide horriblemente con la línea del horizonte. La topografía es abundante y multicolor: hay una llanura verde, hay dos montañas violetas coronadas de blanco y hay un río azul que desemboca en un lago grisáceo. Nada entiendo de artes plásticas, pero siempre me ha parecido que ese cuadro carece de todo valor estético. Sin embargo, se diría que al mosquito no le interesan los valores estéticos —y, tal vez, ninguna otra clase de valores—. Por lo menos, nunca ha manifestado aplauso ni reprobación.

Más bien tiende a ocuparse de otros menesteres. Durante la mañana le agrada recorrer la casa, quizá sin un fin determinado. Pero el hecho es que, desde el comedor, donde ha establecido su sede gubernamental, se dirige en primer término hacia la cocina, donde parece —pero, sin duda, es una mera imaginación mía— interesarse en el brillo de una cacerolita de mango negro y alargado. A veces he pensado en por qué le llamará tanto la atención un objeto del todo insípido; después razoné que él, al fin y al cabo, no es más que un mosquito. En la cocina es donde más tiempo permanece. Luego recorre el vestíbulo, el dormitorio y la otra piecita, sin detenerse de manera especial en ningún elemento. Creo que su fin es menos controlar el buen funcionamiento de la casa que ratificar la autoridad sobre sus dominios.

Al mediodía —para ser más exacto, a las doce y media— almuerza. Su dieta no es variada. Todos los días come una rodaja de morcilla vasca, que yo le sirvo en un platito de porcelana (él no admitiría otro). Aún recuerdo el día en que rechazó una tajada de morcilla criolla que yo, en mi obsecuencia, le había llevado para ganar su favor: tuve que bajar presuroso hasta la carnicería y comprarle su manjar preferido y excluyente. Una vez que he dejado el plato sobre la mesa, debo retirarme en seguida, pues no quiere que haya nadie presente mientras come. No obstante, también yo tengo alguna dosis de astucia, y, en ciertas ocasiones —cuando no tengo otra cosa más urgente para hacer—, lo espío a través del ojo de la cerradura. Lo cierto es que ésta es una acción bastante tonta: no hay nada notable en lo que veo. Apenas el mosquito tiene la seguridad de que yo he abandonado el comedor, desciende, con lentitud apropiada a su investidura, hasta el plato de porcelana. Luego clava su trompita en la morcilla y sorbe con

calma y avidez la sangre (despreciando, paradójicamente, los trozos de nuez, que son los que diferencian la morcilla vasca de la criolla): en esta acción no hay nada que lo distinga del resto de los mosquitos del mundo. Su almuerzo dura, por lo general, entre dos y tres minutos.

(En realidad, he mentado al decir que lo espío cuando no tengo otra cosa más urgente para hacer: lo cierto es que lo espío todos los días. Es fascinante penetrar en la intimidad de los poderosos.)

Una vez que ha satisfecho su apetito, lo invade una suerte de modorra y pesadez, y, en apariencia, ya no puede regresar a su residencia vecina al cuadro de las ovejas. Prefiere dormir entonces una especie de siesta, sobre el zócalo, en un preciso lugar en que la pintura está algo descascarada. Se despierta a eso de las cinco de la tarde, y ya no vuelve a recorrer la casa: se ubica de nuevo junto al cuadro y permanece allí hasta la hora de la cena.

A propósito de estos detalles, supuse que el conocer con tanta exactitud sus hábitos de vida me proporcionaba alguna ventaja para deshacerme de él. Lo intenté una sola vez: tan mal me fue, que no osé una segunda. Los hechos —no me avergüenza recordarlos— se produjeron de la siguiente manera:

En esa ocasión me pareció que su almuerzo había durado más de lo habitual y que el mosquito estaba más abotagado que de costumbre. Entonces me descalcé y, llevando como arma una alpargata, me acerqué, con el alma en un hilo, en el mayor sigilo posible, hasta hallarme junto al zócalo en que él dormía o simulaba dormir. Por un instante la soberbia me cegó y creí que podría estrellarlo fácilmente con la alpargata contra la madera del zócalo. Pero, en el preciso segundo en que ya le asestaba el golpe fatal, remontó vuelo con rapidez y se lanzó hacia mi rostro. Inicié entonces, gritando de terror, enloquecido, una fuga despavorida por toda la casa. ¡Con cuánta velocidad volaba él, cómo se mimetizaba contra los fondos oscuros, qué silenciosa era su persecución, cuántos obstáculos me impedían desplazarme con la celeridad que lo peligroso del caso requería! Procuré hacer girar la llave en la cerradura para abrir la puerta y huir para siempre de mi casa; pero esta operación resultó imposible. El mosquito no me daba tiempo, la llave se me trababa, mis dedos estaban agarrotados. Corrí, corrí por toda la casa, corrí sin poder interponer una puerta cerrada entre él y yo, corrí tropezando con muebles, derribando sillas, rompiendo jarrones y cristales, desgarrándome la ropa, hiriéndome las rodillas y los pies descalzos. Corrí, corrí, corrí, hasta que, extenuado de cansancio y terror, caí de rodillas.

—¡Perdón! ¡Perdón! —grité con las manos entrelazadas y extendidas en expresión suplicante—. ¡Lo juro, lo juro por lo más sagrado! ¡Juro no intentarlo más!

El mosquito se detuvo y comenzó a girar en breves círculos, mientras yo, entre lágrimas, repetía aquellas y otras expresiones semejantes. No sé si me escuchaba. Parecía estar meditando en qué haría conmigo. Tenía que tomar una decisión importante, para la cual, sin duda, necesitaba la reflexión que sólo facilita el silencio; y yo, en vez de permanecer callado, seguía gimiendo, anhelante, jadeando, con las ropas empapadas de transpiración y llegando, con todo, a observar que las venas de mis manos estaban hinchadas y azules, casi violetas, casi negras. Él pensaba, reflexionaba, cavilaba; era evidente que no se precipitaría a adoptar una decisión de la que luego pudiera arrepentirse. Revoloteaba y revoloteaba, cada vez con más lentitud, como si fuera a detenerse, pero lo exasperante era que no se detenía. Más de media hora duró esta situación, y yo, mientras tanto (con el rostro desencajado, los ojos llenos de lágrimas y temblando de pies a cabeza, esperaba su veredicto y su sentencia —que serían simultáneos—), observaba por la ventana las vagas figuras de los albañiles que trabajaban en la obra en construcción de la vereda de enfrente y pensaba que ellos estaban en un mundo de sol, de aire,

de baldes y ladrillos límpidos, un mundo donde no tenía lugar un mosquito siniestro y poderoso que ahora decidiría mi vida o mi muerte...

Y, por fin, el mosquito fue misericordioso: con indecible alivio vi cómo se dirigía parsimoniosamente hacia su zócalo, sin vanidad alguna, pero seguro ya de que yo no me atrevería nunca más a molestarlo.

Después de este episodio, comprendí que debía resignarme a mi suerte. Al fin y al cabo, poco es lo que exige de mí: sus dos tajadas diarias de morcilla y el platito de porcelana. Tengo, sin embargo, un escrúpulo, uno solo: me subleva, me hiere, me humilla estar dominado por un ser tan pequeño, un ser que apenas pesa unos pocos miligramos, cuando mi peso es de casi ochenta kilos. Al mismo tiempo, no me siento en absoluto disminuido por estar bajo las órdenes de un ente irracional —un ente que tiene, literalmente, cerebro de mosquito—. Quizás esta resignación se deba a que muchas veces fui subordinado de gente que no tenía mayor inteligencia que un gato, y, sin duda, mucho menos belleza.

Pero, así como tengo un escrúpulo, tengo también una esperanza. Sé que la vida de un mosquito no dura sino unos pocos meses: por eso, cada mañana echo una furtiva mirada al calendario, esperando el día en que pueda marcar con un lápiz verde que tengo oculto la fecha en que el mosquito muera. Sin embargo, por otra parte, mañana se van a cumplir veinte años desde el día en que fundó su imperio. Esto, aparte de contradecir las leyes naturales, me sumerge en una suerte de alucinación: el pensamiento de que el mosquito es inmortal.

De ser falsa esta idea, caben, a su vez, dos posibilidades:

La primera es que ese mosquito no haya sido siempre el mismo, y que, durante la noche, cuando yo estoy durmiendo, se produzca el relevo del mosquito moribundo por otro más joven y fuerte. Me ha llevado a esta suposición el haber encontrado una mañana, al pie de la mesa del comedor, el cadáver de un mosquito. Es cierto que ésta no es una prueba decisiva: no tengo ninguna seguridad de que ese mosquito muerto sea el que me tenía dominado; acaso fuera un mosquito común y silvestre, de esos que abaten la palmeta y el insecticida.

La segunda posibilidad excluye a la primera. El poderoso podría ser el mosquito muerto, y el que se halla junto al cuadro de las ovejas, un mosquito usurpador, sin poder ninguno, que basa su autoridad en una cuestión de investidura o similitud. Pero, como este argumento no explica los veinte años de dominio, cabría suponer que los mosquitos usurpadores son muchos y efectúan disciplinadamente el relevo. De todos modos, sea como fuere, no osaré asegurarme de ello: podría serme fatal.

Mientras tanto, como nada puedo hacer, pasan los días, los meses, los años. Yo envejezco y me marchito consumido en mi propia angustia y, siempre dominado por un mosquito, continúo en espera de una definición.

[1972]

[De *Imperios y servidumbres*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1972.]

Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con un paraguas en la cabeza

Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con un paraguas en la cabeza. Justamente hoy se cumplen cinco años desde el día en que empezó a pegarme con el paraguas en la cabeza. En los primeros tiempos no podía soportarlo; ahora estoy habituado.

No sé cómo se llama. Sé que es un hombre común, de traje gris, algo canoso, con un rostro vago. Lo conocí hace cinco años, en una mañana calurosa. Yo estaba leyendo el diario, a la sombra de un árbol, sentado en un banco del bosque de Palermo. De pronto sentí que algo me tocaba la cabeza. Era este mismo hombre que ahora, mientras estoy escribiendo, continúa mecánica e indiferentemente pegándome paraguazos.

En aquella oportunidad me di vuelta lleno de indignación: él siguió aplicándome golpes. Le pregunté si estaba loco: ni siquiera pareció oírme. Entonces lo amenacé con llamar a un vigilante: imperturbable y sereno, continuó con su tarea. Después de unos instantes de indecisión, y viendo que no desistía de su actitud, me puse de pie y le di un puñetazo en el rostro. El hombre, exhalando un tenue quejido, cayó al suelo. En seguida, y haciendo, al parecer, un gran esfuerzo, se levantó y volvió silenciosamente a pegarme con el paraguas en la cabeza. La nariz le sangraba, y en aquel momento tuve lástima de ese hombre y sentí remordimientos por haberlo golpeado de esa manera. Porque, en realidad, el hombre no me pegaba lo que se llama paraguazos; más bien me aplicaba unos leves golpes, por completo indoloros. Claro está que esos golpes son infinitamente molestos. Todos sabemos que, cuando una mosca se nos posa en la frente, no sentimos dolor alguno: sentimos fastidio. Pues bien, aquel paraguas era una gigantesca mosca que, a intervalos regulares, se posaba, una y otra vez, en mi cabeza.

Convencido de que me hallaba ante un loco, quise alejarme. Pero el hombre me siguió en silencio, sin dejar de pegarme. Entonces empecé a correr (aquí debo puntualizar que hay pocas personas tan veloces como yo). Él salió en mi persecución, tratando en vano de asestarme algún golpe. Y el hombre jadeaba, jadeaba, jadeaba y resoplaba tanto, que pensé que, si seguía obligándolo a correr así, mi torturador caería muerto allí mismo.

Por eso detuve mi carrera y retomé la marcha. Lo miré. En su rostro no había gratitud ni reproche. Sólo me pegaba con el paraguas en la cabeza. Pensé en presentarme en la comisaría, decir: "Señor oficial, este hombre me está pegando con un paraguas en la cabeza". Sería un caso sin precedentes. El oficial me miraría con suspicacia, me pediría documentos, comenzaría a formularme preguntas embarazosas, tal vez terminaría por detenerme.

Me pareció mejor volver a casa. Tomé el colectivo 67. Él, sin dejar de golpearme, subió detrás de mí. Me senté en el primer asiento. Él se ubicó, de pie, a mi lado: con la mano izquierda se tomaba del pasamanos; con la derecha blandía implacablemente el paraguas. Los pasajeros empezaron por cambiar tímidas sonrisas. El conductor se puso a observarnos por el espejo. Poco a poco fue ganando al pasaje una gran carcajada, una carcajada estruendosa, interminable. Yo,

de la vergüenza, estaba hecho un fuego. Mi perseguidor, más allá de las risas, siguió con sus golpes.

Bajé —bajamos— en el puente de Pacífico. Íbamos por la avenida Santa Fe. Todos se daban vuelta estúpidamente para mirarnos. Pensé en decirles: “¿Qué miran, imbéciles? ¿Nunca vieron a un hombre que le pegue a otro con un paraguas en la cabeza?”. Pero también pensé que nunca habrían visto tal espectáculo. Cinco o seis chicos empezaron a seguirnos, gritando como energúmenos.

Pero yo tenía un plan. Ya en mi casa, quise cerrarle bruscamente la puerta en las narices. No pude: él, con mano firme, se anticipó, agarró el picaporte, forcejeó un instante y entró conmigo.

Desde entonces, continúa golpeándome con el paraguas en la cabeza. Que yo sepa, jamás durmió ni comió nada. Simplemente se limita a pegarme. Me acompaña en todos mis actos, aun en los más íntimos. Recuerdo que, al principio, los golpes me impedían conciliar el sueño; ahora creo que, sin ellos, me sería imposible dormir.

Sin embargo, nuestras relaciones no siempre han sido buenas. Muchas veces le he pedido, en todos los tonos posibles, que me explicara su proceder. Fue inútil: calladamente seguía golpeándome con el paraguas en la cabeza. En muchas ocasiones le he propinado puñetazos, patadas y —Dios me perdone— hasta paraguazos. Él aceptaba los golpes con mansedumbre, los aceptaba como una parte más de su tarea. Y este hecho es justamente lo más alucinante de su personalidad: esa suerte de tranquila convicción en su trabajo, esa carencia de odio. En fin, esa certeza de estar cumpliendo con una misión secreta y superior.

Pese a su falta de necesidades fisiológicas, sé que, cuando lo golpeo, siente dolor, sé que es débil, sé que es mortal. Sé también que un tiro me libraría de él. Lo que ignoro es si el tiro debe matarlo a él o matarme a mí. Tampoco sé si, cuando los dos estemos muertos, no seguirá golpeándome con el paraguas en la cabeza. De todos modos, este razonamiento es inútil: reconozco que no me atrevería a matarlo ni a matarme.

Por otra parte, en los últimos tiempos he comprendido que no podría vivir sin sus golpes. Ahora, cada vez con mayor frecuencia, me hostiga cierto presentimiento. Una nueva angustia me corroe el pecho: la angustia de pensar que, acaso cuando más lo necesite, este hombre se irá y yo ya no sentiré esos suaves paraguazos que me hacían dormir tan profundamente.

[1972]

[De *Imperios y servidumbres*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1972.]

Por culpa del doctor Moreau

1

Todo llega en esta vida: también llegó el momento en que Marina me dijo:
—Quiero que conozcas a mis padres.

2

De esto hará una década: sucedió una húmeda tarde de verano, cerca de la estación Acassuso, a la sombra de unos eucaliptos mecidos por un viento que traía el olor de distantes lluvias. Sin embargo, hoy no puedo recordar el rostro de Marina.

Sé, sin duda alguna, que era hermosa: es cierto que yo estaba enamorado de ella. Pero insisto: era hermosa; no cabe discusión sobre este punto. ¿Qué más, qué más puedo recuperar de Marina? Era alta, era morena, era risueña, era irresponsable, era simple, ignorante e infinitamente querible. ¿Me recordará ahora con tanta pobreza como yo a ella? ¡Y pensar cuántas veces nos dijimos que estábamos hechos el uno para la otra!

3

Andábamos alrededor de los veinticinco años. En aquella época todo me salía bien. No conocía la desdicha y, si la había conocido alguna vez, ya estaba olvidada. Tenía una ingenua visión optimista del universo. Confiaba en la honestidad de los gobiernos, en los ascensos que obtendría en mi empleo, en la finalización de mis estudios, en la dignidad de los hombres. Vivía en el mejor de los mundos posibles.

Sin que los entorpecieran sino ligeros y previsibles obstáculos, todos mis proyectos se encarrilaban por el curso que yo les había asignado. Mi proyecto era casarme con Marina en un plazo no mayor de un año. Y no tenía el más pequeño motivo para dudar de que, en efecto, antes de un año me casaría con Marina.

Y, como todo llega en esta vida, también llegó el momento en que Marina me dijo:
—Quiero que conozcas a mis padres.

4

La señora Stella Maris, la madre, constituía una versión madura de Marina (que, en realidad, se llamaba, cacofónicamente, Marina Ondina). Calculé que así sería Marina dentro de dos décadas, cuando fuéramos, a nuestro turno, padres de una muchacha, que llevaría nombres de rima menos intensa: tal fue el objetivo de largo plazo que me formulé al saludarla. Queda entendido, pues, que la señora Stella Maris era una alta, morena, risueña y elegante dama de unos cuarenta y cinco años.

Pero el padre de Marina resultó el hombre más horrible que he logrado conocer. Se conformaba en una estatura reducida. Esto no es grave. Nadie debe inferir que era un enano: no era sino una persona de talla breve. Lo inadmisible era que la cabeza sola le usurpaba más de la mitad de su altura. ¡Y qué cabeza, Dios mío! El primer rasgo que me atrajo (o, más bien, me repelió) fue su color, un color impropio de una piel. Parecía un tornasol entre rosado y negro, con todos los matices intermedios, tan sensible a las luces, que me obligaba a parpadear cuando me encandilaba con sus resplandores. Al mismo tiempo, se advertía que esa piel era húmeda y era lícito suponerla —aunque no la toqué— viscosa. Cabello no tenía y barba tampoco, y era evidente que no los había tenido nunca: hasta tal punto la simple observación demostraba que ningún pelo podía germinar en aquella cabeza. La parte superior amenazaba con ser una esfera cabal, pero se frustraba, un poco más abajo, en un hemisferio perfecto, pues, a partir de lo que sería la línea del ecuador (más o menos a la altura de las inexistentes orejas), la cabeza se transformaba en una columna cilíndrica, hasta perderse, sin admitir la transición de un cuello, entre los pliegues de una especie de túnica amarilla, de tela de toalla, que lo cubría hasta los pies sin que pudiera encontrarse el ensanchamiento correspondiente a los hombros. Es decir, el padre de Marina conservaba el mismo diámetro desde la cúspide hasta los cimientos. Era un monolito con la cumbre redondeada, al que alguien hubiera envuelto hasta la mitad con un toallón amarillo. Unos pocos centímetros por sobre la toga se hallaba la boca, o sea una hendidura móvil y desdentada, flexible y córnea a la vez, que se contraía hasta desaparecer o se dilataba tanto, que, extendiéndose sus comisuras hasta la nuca, transmitía la sensación de que el señor Octavio fuera un degollado cuya cabeza, descansando sobre una mínima base no alcanzada por un verdugo negligente, podría venirse estrepitosamente al suelo con que sólo la más famélica de las moscas se posara sobre ella. Carecía de orejas y de nariz: esos lugares se mostraban tan lisos y pulidos como la calva; nada, ni una cicatriz, ni una arruga, ni una marquita. Los ojos eran dos: descomunales, redondos, sanguinolentos, sin cejas, sin pestañas, sin blancos, sin pupilas, sin movimiento, sin expresión.

5

—Octavio está a régimen —aclaró la señora Stella Maris al advertir que yo miraba la fuente destinada a su marido.

La señora Stella Maris, Marina y yo comíamos alimentos —digamos— corrientes. La fuente del señor Octavio, en cambio, se nos mostraba como una suerte de antología de la fauna marítima. El brusco hedor de pescadería prorrumpió en mis narices hasta lo profundo, hasta los ojos, haciéndome lagrimear. Como mi futuro suegro tenía las manos envueltas en las mangas de la túnica, que terminaban en un nudo, manejaba los cubiertos como lo haría una persona que no se hubiera quitado los guantes. Fuente tras fuente de peces, moluscos y crustáceos sin cocinar eran agotadas rápida y vorazmente por el señor Octavio. A ojo calculé que había ingerido no menos de cinco kilos de aquellos animalejos multicolores. Creí distinguir calamares, camarones, ostras, cangrejos, caracoles, medusas, mejillones, almejas, estrellas y erizos de mar, corales, esponjas, peces irreconocibles...

—Octavio está a régimen —ratificó la señora Stella Maris hacia el final de la comida—. ¿Vamos al living para tomar el café?

Le cedí el paso al señor Octavio y observé su modo de caminar. Lo hacía irregularmente, ora dando un paso muy veloz, ora otro lentísimo, sin que hubiera, por otra parte, esa alternancia de uno a uno que podría indicar una cojera corriente. Su andar recordaba el de un automóvil cuyas ruedas fueran: una, triangular; otra, oblonga; otra, redonda, y la cuarta, ovalada. Ya dije que la toga amarilla lo cubría por completo, con excepción de la cabeza. El ruedo era generoso y se arrastraba por el suelo a manera de vestido de novia.

La señora Stella Maris depositó una bandeja con pocillos de café sobre una labrada mesita octogonal, flanqueada por dos sillones. En uno nos sentamos Marina y yo; frente a nosotros, mesa por medio, el señor Octavio y su esposa. Pude entonces observar otro detalle, que, durante la cena, me había pasado inadvertido. Cuando el señor Octavio hablaba, en la sección del cilindro cubierta por la túnica se producían unos movimientos reflejos, como si invisibles brazos acompañasen con ademanes las partes más salientes del discurso. Daba la idea de que el cuerpo del señor Octavio se hallase en ebullición: tan violentas y frecuentes eran las burbujas amarillas que formaba la toga.

El señor Octavio era locuaz, con una irrefrenable tendencia a monopolizar la conversación. Hablaba y hablaba y hablaba. Yo ni lo oía. Pensaba: “¿Pero es posible que este hombre monstruoso haya engendrado a Marina, a mi encantadora, bella y angelical Marina?”. De repente, pensé que, en su juventud, la señora Stella Maris habíale sido infiel a su marido y que Marina era fruto de esos amores ilícitos. En seguida, llevado de este pensamiento, me encontré lanzándole a la señora Stella Maris cómplices miradas de solidaridad —por suerte, no las advirtió—, como dándole a entender que yo había descubierto su secreto, pero que no la delataría. Al contrario, al contrario: aprobaba sin reservas su hazaña, aprobaba todo, menos que ese gárrulo vestiglo parlante fuera el padre de mi Marina.

Una pregunta dirigida a mí me volvió a la realidad. La conversación había decaído en el tema de las enfermedades. La señora Stella Maris se lanzó con entusiasmo a desarrollar este asunto, en el que se sentía cómoda.

—Estás como el pez en el agua —acotó el señor Octavio.

Ella sonrió con orgullo y siguió adelante. Tenía, en este aspecto, un magnífico currículum: operaciones, fracturas, infartos, afecciones hepáticas, trastornos nerviosos... Yo, como soy tímido, había guardado hasta entonces un silencio excesivo. Marina me instó con una mirada a intervenir en la plática. Con humildad, aduje ciertos accesos de asma que me hostigaban de tanto en tanto.

—Para el asma —dijo el señor Octavio, con su voz llena de burbujas—, nada mejor que el mar. El mar es mucho mejor que cualquiera de esas porquerías que recetan los médicos, salvo, por supuesto, el aceite de hígado de bacalao.

—Por favor, Octavio —le reconvino su esposa—, no digas eso, que una vez en Mar del Plata me agarré un resfrío que me duró como dos meses.

—¿Ves? —sentenció el señor Octavio—. El pez por la boca muere. Recordá que ese famoso resfrío lo pescaste aquí, a pocos kilómetros de Buenos Aires, cuando *íbamos* hacia Mar del Plata, no *en* Mar del Plata. No hay como el mar para la salud.

—Claro, claro —dijeron, dijimos, profusamente—; el clima marítimo, el yodo, la arena...

—Nada mejor que el mar —repitió el señor Octavio, con un tono de autoridad irrefutable—. Ocho días en el mar y ¡adiós asma! Si te he visto, no me acuerdo.

—Sí, papá, sí —concedió Marina—. A vos te gusta el mar porque sos de Acuario, pero hay gente que no congenia con... Yo, por ejemplo, aunque soy de Piscis...

—Y —dijo la señora Stella Maris— yo soy de Cáncer, y tampoco me gusta demasiado el mar...

—A mí —confesó Marina— el mar me pone nerviosa.

—Al contrario —repuso el señor Octavio—. Todo es cuestión de adaptar el organismo. Una vez que te acostumbras, vas a ver cómo el mar te calma los nervios.

—Hablando de nervios —interrumpió la señora Stella Maris—, el susto que nos pegamos en el avión, cuando veníamos de Río de Janeiro...

—Yo te lo había advertido —el principio rector de la conducta del señor Octavio era el de oponerse a cuanto allí se dijera—. Te dije: viajá en barco. El barco es seguro, es cómodo, es barato, se siente el olor del mar, se ven los peces... Aunque el avión tarde mucho menos, no se lo puede comparar.

La energía con que pronunció estas palabras causó cierta impresión, por lo que sobrevinieron unos instantes de silencio. Yo no me sentía capaz de reanudar la conversación. En realidad, no me sentía capaz de nada. El aspecto monstruoso del señor Octavio —aunque atenuado por cierta paradójica simpatía que emanaba de sus imperativas opiniones—, su voz acuosa, el olor de su dieta marítima eran fuertes argumentos que me impelían a retirarme. Sentía la transpiración en la frente y el ahogo en el cuello de la camisa; mis piernas, sin que las pudiera gobernar, se mecían incesantemente. Estaba desasosegado y hasta diría que enfermo. Sólo quería irme a casa. Una inquietante sensación proveniente de mi estómago me hacía vacilar entre el vómito y la diarrea nerviosa.

Pero aquel terceto verborágico era incontenible. La señora Stella Maris y Marina, aunque siempre encontraban la inapelable refutación del señor Octavio, no parecían fastidiadas. Se veía que ése era el modo habitual en que transcurrían sus charlas: el señor Octavio, digno y calmo, destruía todos los argumentos de su esposa y de su hija; ellas admitían esta situación con naturalidad.

De nuevo advertí que se requería mi opinión. El debate giraba en torno de cuál sería el mejor lugar para que Marina y yo pasáramos nuestra luna de miel. Marina sugería débil y simultáneamente el campo, las sierras de Córdoba, las provincias del norte; el señor Octavio patrocinaba con tenacidad a Mar del Plata.

—Es más sano —dijo—, más natural. Hay mar, hay sal, hay yodo, hay arena, hay caracoles... No hay nada mejor que el mar...

Yo estaba desfalleciente. Creí entender que Marina argumentaba en favor de un lugar tranquilo, con pocos turistas...

—¿Querés un lugar tranquilo? —el señor Octavio era invencible—. Ahí tenés San Clemente, Santa Clara del Mar, Santa Teresita... ¡Lugares tranquilos hay a patadas en la costa atlántica!

Haciendo un gran esfuerzo, me puse de pie y anuncié tenuemente que me retiraría.

—¿Tan temprano? —preguntó el señor Octavio, mirando el reloj—. Faltan todavía ocho minutos para la medianoche.

La recriminación que emanaba de estas palabras volvió a arrojarme en el sofá. ¡Qué personalidad poderosa tenía aquel hombre tan horrible!

Con pálida alegría, contemplé la posibilidad de que una botella de whisky, recién llegada en brazos de la señora Stella Maris, me reanimara en parte. De un solo trago vacié mi vaso.

—En mis tiempos —decía el señor Octavio—, cuando yo era joven, íbamos a bailar por los cafetines del puerto de Bahía Blanca...

Me distraje un instante tratando de imaginar al señor Octavio como bailarín.

—...a veces bailábamos toda la noche, hasta el amanecer. En cambio, la muchachada de ahora, a las ocho de la noche ya está en la camita, con su frazadita y su bolsita de agüita calentita... ¡Ja, ja, ja! Si parecen nenitos del jardín de infantiles...

El soliloquio del señor Octavio, agravado en su fase final por esa serie de diminutivos injuriosos, había adquirido los inconfundibles tintes de un ataque personal. Me puse de pie, resuelto a retirarme de viva fuerza, si fuese necesario. Por fortuna, no fue menester apelar a la violencia. El señor Octavio recobró sus maneras afables y, después de tenderme la anudada manga de su toalla amarilla, dijo, con el aire comfortable de quien se apresta a rubricar una jornada perfecta:

—Bueno... —y, a través de la tela, se restregó las manos—, ahora a la cama, con un buen libro...

Asentí con amplitud. Quería salir de aquella casa. De permanecer allí un segundo más, creo que hubiera caído desmayado.

—Te acompaño hasta la vereda —dijo Marina.

6

Entre la casa y la vereda estaba el jardín: me golpeó como una bendición la fragancia vegetal de pinos y abetos. Respiré con hondura, procurando que el aire puro expulsara los últimos vestigios de la hediondez de pescadería. Me pareció resucitar: al instante se evaporaron las sensaciones estomacales que me habían hostigado.

—¿Viste, pobre papá? —dijo Marina.

—Sí —contesté vagamente, sin saber qué agregar.

—Él está mucho mejor —continuó Marina, tomándome de la cintura, como quien se apresta a hacer una confidencia—. Hasta hace un año no lo podíamos sacar de la pileta. Día y noche en la pileta. Ahora, por lo menos, come en la mesa y duerme en la cama. Ya es un progreso, ¿no?

Dijo tantas cosas y yo sólo reparé en una, la menos importante:

—¿Tienen pileta de natación en la casa?

—Claro, ¿nunca te lo dije? En el jardín del fondo. Ahora no te la puedo mostrar porque la está usando papá. Todas las noches se da un chapuzón, antes de acostarse. Así digiere mejor.

Formulé una pregunta imbécil:

—¿No se le corta la digestión?

—Al contrario: necesita agua salada. Eso sí, cuando está en el agua, se pone muy agresivo y no reconoce a nadie. Ni a nosotras nos reconoce. Cuando vuelve a tierra, ya viste qué bueno y simpático es...

Abrumado, sin saber qué hacer, miré el reloj. Marina esperaba algo de mí.

—¿Y los vecinos? —pregunté—. ¿No se quejan?

—¿Por qué se van a quejar? Ruido no hay ninguno. Papá más silencioso no puede ser. Ni siquiera se zambulle. Llega al borde de la pileta y se deja resbalar así: shhhh...

Su mano se deslizó flojamente por mi rostro. Asustado, di un salto hacia atrás. Marina quiso reconfortarme con una anécdota jocosa:

—Una noche estaba semisumergido, junto al borde de la pileta. El perrito del vecino del fondo pasó el cerco de ligustrina y se acercó a olerlo. Entonces papá sacó algunos de sus brazos y... ¡shak!

Y, con una sonrisa juguetona, Marina simuló estrangularme. Ni siquiera me rozó: sólo dio un paso adelante e hizo la mímica de extender los brazos hacia mí. En esta demostración, sus miembros parecían haber adquirido singular plasticidad y fuerza. Si antes yo había dado un salto hacia atrás, ahora volé literalmente unos tres metros. Marina se echó a reír, divertida con mi desproporcionada reacción. Marina reía, reía, reía. Me pareció que su boca se dilataba hasta la nuca, que la cabeza se hacía redonda y se agrandaba, que desaparecían la nariz y las orejas, que perdía su soberbio cabello prieto, que su piel se tornasolaba en negro y en rosado... Para no caer, me apoyé en un árbol.

—¡Che! ¿Qué te pasa? —Marina me sacudió del brazo y yo volví en mis cabales.

Allí estaba la misma adorable Marina de siempre. La Marina alta, morena, risueña, irresponsable, simple, ignorante e infinitamente querible.

—No es nada —dije, resoplando—. Me siento un poco mal.

Para concluir de reanimarme, Marina dijo:

—¿Querés venir a nadar, mañana a la mañana? Total, es domingo. Te traés la malla y listo.

Prometí concurrir, a eso de las diez. Me despedí de Marina como siempre: con un beso.

—Hasta mañana —dije.

7

Pero no volví.

Con súbita lucidez, antes de que el tren llegase a La Lucila, supe todo lo que debía hacer. En los siguientes quince días fui un torbellino de actividad febril y arreglé casi todos mis asuntos pendientes. No atendí el teléfono y logré cambiar de domicilio y de empleo. Como suelen decir las crónicas policiales, dejé de presentarme en los lugares que solía frecuentar. Al cabo de un tiempo, conseguí radicarme de manera definitiva en Santa Rosa, provincia de La Pampa: la ciudad goza de un clima muy seco y está ubicada equidistantemente lejos, tanto del océano Atlántico como del Pacífico.

[1972]

[De *Imperios y servidumbres*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1972.]

Nuevas leyes inmobiliarias

Nuestra luna de miel transcurrió en Bariloche. Al atardecer de un sábado volvimos a Buenos Aires, deseosos de estrenar nuestro departamento de dos ambientes.

En el dormitorio encontramos una jaula.

Idéntica, en escala mayor, a las jaulas para loros. Tenía una base circular, de unos tres metros de diámetro, y rejas verticales: a modo de meridianos, se iban uniendo hacia arriba, hasta culminar en una cúpula puntiaguda, que rozaba el cielo raso.

Para hacerle lugar a la jaula en el dormitorio, habían llevado la cama y las mesitas de luz al comedor, y habían comprimido la mesa y las cuatro sillas contra una pared. Obstruidas por la cama, sería difícil abrir las puertas de los armarios. Muebles, pisos y paredes mostraban rayaduras y golpes.

En la jaula había un hombre pálido, de cabellos rojizos. Daba la impresión de extrema pulcritud y también de algo anacrónico. Vestía traje cruzado, negro, con finas rayas grises; blanca camisa almidonada; corbata oscura; zapatos negros, muy lustrados; sobre las rodillas sostenía un sombrero gris, tan limpio, tan antiguo y tan nuevo como el resto de su persona. Esos elementos de otras épocas que parecían recién fabricados me inspiraron una idea molesta de utilería, de disfraz, de reconstrucción arqueológica.

Todo esto lo fuimos viendo más tarde. Al principio, Susana y yo experimentamos una conmoción. El hombre aguardó que nos calmáramos y dijo, con tono monocorde:

—No los esperaba hoy. Según mis informes —consultó una libreta—, ustedes deberían haber regresado mañana por la noche. El cronograma es bien claro: “viernes 12, instalación del tutelado; sábado 13, jornada de adaptación física y psicológica; domingo 14, arribo de los tutores”. Y hoy, si no me equivoco, es sábado 13.

—Es cierto —respondí—; adelantamos un día la fecha de regreso. Resulta desagradable volver pocas horas antes de reintegrarse al trabajo.

—Más desagradable resulta recibir gente antes de lo previsto. Al señor Rocchi le van a disgustar estas informalidades que, por otra parte, perturban mis proyectos para esta noche.

—¿El señor Rocchi? ¿El propietario de la empresa inmobiliaria?

—¿Quién, si no? Él en persona se ha encargado de efectuar las gestiones necesarias. Y no son trámites placenteros ni rápidos. Pero el señor Rocchi sostiene la idea de que todos los ciudadanos deben extremar su celo para cumplir y hacer cumplir las leyes.

Decidí poner las cosas en su lugar:

—¿Leyes? ¿Qué leyes son ésas? ¿Y desde cuándo el tal Rocchi, un mero comerciante, tiene poder para hacer cumplir las leyes?

El hombre continuó, siempre monótono:

—Usted es una persona que aún no conoce la vida. Además, su casamiento le ha impedido interiorizarse de ciertos cambios introducidos en la legislación inmobiliaria. Por ejemplo, el señor Rocchi es ahora un magistrado. Y también usted es, dentro de ciertos límites, un magistrado.

—¿Yo, un magistrado? —ensayé una risita incrédula.

—No tanto: más bien una especie de auxiliar de los magistrados.

—¿Un auxiliar del señor Rocchi, entonces?

—Sería imprudente adelantarme a la decisión de las autoridades. Sin embargo —bajó la voz—, puede tomar esta información como una estricta confidencia.

—¿Y por qué me hace usted una confidencia?

—Mi regla de oro, señor, es *Saber convivir*. Puesto que pasaremos bastante tiempo bajo un mismo techo...

—¡Bastante tiempo bajo un mismo techo!

—Así es, señor. Yo soy mayor que usted: treinta años, o aún más. He progresado muy poco; me encuentro en el grado más bajo del escalafón carcelario: sólo soy un recluso. En cambio, usted es aún un hombre libre y ya logró el primer honor en la carrera carcelaria: el grado de auxiliar.

Entonces estalló Susana:

—¡Jamás en mi vida he oído tantas estupideces juntas! El problema básico es: ¿qué demonios está haciendo este hombre con su horrible jaula en nuestro dormitorio? Y además: ¿quiénes y por qué han llevado la cama y las mesitas al comedor, y quién pagará los daños que les produjo la mudanza?

—Mi joven señora, no puedo aplaudir el tono, un tanto áspero, de su inquietud. Hay cuestiones de orden práctico. El traslado de la cama fue imprescindible porque, de lo contrario, no se habría podido ubicar la celda en forma reglamentaria. ¿Quién pagará los daños?: las autoridades proyectan crear un equipo de obreros de diversas especialidades que, por una suma módica, volverán a dejar sus muebles y paredes en óptimo estado. Pero antes usted preguntó qué *demonios* hago yo con mi *horrible* jaula en su dormitorio. A mi vez, yo le pregunto: ¿cree usted que yo estoy aquí por mi propia voluntad?, ¿piensa que me agrada ser un presidiario?

—Es que a mí no me interesa si usted está preso por su voluntad o por la ajena. Lo que no puedo soportar es su jaula en nuestro dormitorio.

—No es una jaula: este término carga la desagradable connotación de animales en cautiverio, idea opuesta al espíritu humanitario que guía a nuestras autoridades. Tampoco celda ni calabozo. Su nombre técnico es "receptáculo reinsercional".

Esta rectificación irritó aún más a Susana:

—¿Por qué en nuestro dormitorio? ¿Por qué en nuestro dormitorio? ¿Por qué en nuestro dormitorio? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué...?

—Los diputados y senadores argentinos son personas inteligentes, cultas, laboriosas, honestas, austeras y altruistas. Merced a estas virtudes, han promulgado nuevas leyes, cuyo conjunto se conoce con el nombre de Régimen de Reinserción Social y que...

—¿Quiere hacerme creer —lo interrumpí— que usted está en nuestro dormitorio debido a esas nuevas leyes?

Colocó el sombrero sobre el índice izquierdo y, tomándolo del ala con la mano derecha, lo hizo girar, mientras meneaba la cabeza:

—Yo sólo soy un recluso. Dentro del sistema carcelario cumplo la función más humilde. Ustedes dos gozan del grado inmediatamente superior al mío. Deberían dominar el tema mejor que yo. Pero, en la práctica, nunca sucede así, ya que yo hace muchos años que pertenezco al sistema, mientras que ustedes acaban de ser admitidos en él. Deberían sentir una inmensa alegría por esa admisión, pero no la sienten: tal fenómeno, aunque dista de ser mayoritario,

suele presentarse siempre. Cuando conozcan la letra de las nuevas leyes, sentirán no sólo alegría sino también orgullo.

Susana tenía los puños crispados.

—Si me permiten —añadió el hombre—, yo podría dar algunos datos sobre el Régimen de Reinserción Social...

—Estoy ansioso por oírlo —su lentitud me resultaba insoportable.

—Las autoridades, tras estudiar el antiguo sistema carcelario, comprobaron que no respondía a las necesidades de la sociedad moderna. Por lo tanto, no vacilaron en reemplazarlo por otro sustentado en ideas solidarias. ¿Me explico...?

—Sí, sí, adelante —sacudí la mano con impaciencia.

—El Régimen de Reinserción Social se basa en dos principios interrelacionados: A y B. Mediante A, *se procura la progresiva reinserción del presidiario en la sociedad*; mediante B, *se reemplaza el antiguo sistema de unidades carcelarias colectivas por otro de unidades carcelarias individuales*. Las empresas inmobiliarias distribuyen los presidiarios en las viviendas a estrenar y, gracias a esta medida, las antiguas cárceles son demolidas para dar lugar a plazas y parques.

—Pero, ¿por qué en las viviendas a estrenar?

—Las viviendas viejas no siempre guardan condiciones estéticas gratas y pueden influir de modo negativo en la psiquis del presidiario. En cambio, un ámbito de prisión moderno influye de modo muy beneficioso en su reinserción en la sociedad. Además, custodiar un recluso tiene que causar enorme júbilo en los nuevos dueños de casa: es como si...

—¿De manera que Susana y yo somos sus guardianes, y usted, nuestro presidiario?

Decepcionado, volvió a menear la cabeza:

—Las autoridades no utilizan los términos *guardianes* y *presidarios*. Emplean *tutores* y *tutelados*, vocablos que se adecuan al principio A del sistema: *la progresiva reinserción del presidiario en la sociedad*. ¿No lo cree usted así?

—Pero veo que tanto las autoridades como usted sí utilizan la palabra *presidiario*.

—Sólo a modo de metáfora poética, para que los tutores comprendan sus obligaciones.

—¿Obligaciones...?

—Digamos *tareas*. Son escasas y sencillas. Sólo deben proveerme, en cantidad y calidad adecuadas, de comida, ropa, asistencia médica y psicológica, ejercicios gimnásticos, elementos de higiene, etcétera... En suma, las cosas materiales a que se hace acreedor un ser humano en cuanto tal. También se prevé la rehabilitación espiritual del tutelado mediante el esparcimiento y la información: me corresponden diarios, revistas, libros, televisor, equipo de audio... Dos noches por semana, martes y jueves, me visitan amigos de cierta edad: señores aficionados a los naipes y a los dados, y a quienes se debe agasajar con entremeses y bebidas.

—¿Cuántas personas serían?

—Nunca más de ocho o diez. Asimismo, no he abandonado mis prácticas sexuales: los sábados por la noche recibo a la señorita Cuqui, una muchacha bella, encantadora y culta. Una joven de tantos méritos no podría enamorarse de mí, de modo que ustedes deberán retribuir sus favores. Desconozco la tarifa, pues odio ocuparme de algo tan ruin como el dinero. Más bien me place el arte, y tres veces por semana (lunes, miércoles y viernes) tomo lecciones de batería con un chico rockero, devoto de la música delicada y cuyos honorarios no son muy altos.

—Pero —preguntó Susana— ¿cómo podríamos hacernos cargo de tantos gastos?

—Yo nunca he sido un hombre de suerte —volvió a menear la cabeza—. Otros colegas fueron alojados en hogares de sólida posición económica... En fin, la vida suele ser injusta... Yo les aconsejaría describir el problema en una carta-documento; a ella debe adjuntarse una foja adicional, en original y cuatro copias, en papel sellado, firmada por un contador público y un escribano; en esta foja constará el detalle pecuniario de ingresos y erogaciones, de manera que los tutores puedan probar la existencia de un déficit considerable. Las autoridades se desviven por resolver los problemas causados por los tutores, y hasta es posible que los honren con una *beca de tutor*.

Calló, dando a entender que se había excedido en revelar esta ventaja. Tuve que preguntar:

—¿En qué consiste la beca de tutor?

—Implica un derecho y un deber. En cuanto al primero, las autoridades intentarán conseguirles sendos empleos nocturnos: por ejemplo, el caballero podrá formar parte del personal de mastranza de alguna estación ferroviaria del conurbano bonaerense; respecto de la señora, no creo que la señorita Cuqui se niegue a iniciarla en los misterios de su apostolado. A cambio de estos privilegios, ustedes deberán asistir a los Cursos Holísticos de Perfeccionamiento para Tutores: sus aranceles son bastante reducidos y se dictan en la ciudad de Luján.

—¡En Luján! —dije estúpidamente—. ¡Tan lejos...!

—No tienen obligación de solicitar la beca —repuso, y agregó, bostezando—: Ya es casi la hora de la cena. No tengo preferencias especiales: acepto cualquier comida, a condición de que sea abundante, variada, con los condimentos apropiados y acompañada de vino tinto de excelente calidad.

Susana corrió a la cocina.

—Siempre me baño antes de cenar. Ésta es la llave de la celda.

Me la entregó a través de los barrotes. Abrí la puerta y el hombre salió. En la mano llevaba un pequeño bolso deportivo, que contrastaba con la severidad de sus ropas. Y de este mismo anacronismo brotaba ahora una paradójica sensación de salud, de fuerza, de bienestar.

—No es necesario que usted conserve la llave en su poder. La tengo conmigo para entrar y salir, pues soy enemigo de causar la menor molestia a nadie. ¡Señora! —gritó—. ¡Me sube un poco el calefón, por favor! Y usted —me dijo— alcánceme un toallón limpio y, para mañana, no se olvide de comprarme un frasco grande de champú especial para cabellos teñidos.

Obedecí. Se colgó el toallón en el cuello; abandonamos el dormitorio, llegamos frente al cuarto de baño.

—Me atrevo a recordarle que hoy, sábado, es el día en que viene la señorita Cuqui. Pudorosa como es, le resultaría chocante encontrarse con gente extraña. Así que, por favor, a las veintitrés y treinta, usted y su esposa tendrán la amabilidad de retirarse.

Apoyó la mano en el picaporte:

—Voy a utilizar la cama matrimonial: ha escapado a la perspicacia de las autoridades la notoria incomodidad de la cucheta reglamentaria. Ah..., sábanas sin usar, se lo ruego.

—Este... ¿Y cuánto demorará... todo eso?

—Pueden volver a las tres y media o cuatro de la mañana. Toque el timbre *una sola vez*; si no recibe respuesta, *no insista*: la señorita Cuqui es muy enérgica y, cuando concluye su labor, suelo sumirme en un sueño tan merecido como profundo. En tal caso, dése una vueltita mañana a las diez en punto: antes de esa hora, no, pues aún estaré entregado al reposo; y, después de las diez, tampoco, ya que acostumbro tomar mi desayuno a las diez y cuarto.

Entró en el cuarto de baño. Atiné a preguntarle:

—¿A cuánto tiempo ha sido condenado?

—A cadena perpetua —contestó, y sus palabras me llegaron apagadas por el ruido de la ducha.

A la memoria de mi idolatrado K.

[1976]

[De *El mejor de los mundos posibles*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1976.]

Un libro esclarecedor

Ludwig Boitus: *Stelzvögel, Gotinga, 1972*

En el escueto prólogo de esta obra, el profesor Franz Klamm nos informa que el doctor Ludwig Boitus viajó desde Gotinga hasta Huayllén-Naquén con el exclusivo propósito de estudiar *in situ* el poder de atracción asimilatoria de esas aves zancudas conocidas popularmente como *calegüinas*, nombre, por otra parte, casi unánimemente aceptado en la bibliografía especializada en español.

Esta obra viene a llenar un sensible vacío sobre el tema. Antes de las exhaustivas investigaciones —cuya exposición ocupa casi un tercio del volumen— del doctor Boitus, poco era lo que, a ciencia cierta, se sabía sobre las calegüinas. En efecto, salvo los fragmentarios y asistemáticos —y, a menudo, plagados de afirmaciones antojadizas o difícilmente comprobables— estudios de Bulovic, de Balbón, de Laurencena y otros, se carecía, hasta la fecha, de una fidedigna base científica que permitiera indagaciones más profundas.

En el presente trabajo, el doctor Boitus parte de la premisa —quizá discutible— de que el carácter predominante de las calegüinas lo constituye una personalidad poderosísima (entendiéndose *personalidad* en el sentido en que emplean el vocablo Fox y su escuela): hasta tal punto poderosa, que, por simple acción de presencia, las calegüinas provocan una asimilación bastante profunda de los demás seres vivientes a su propia condición.

Las calegüinas se encuentran exclusivamente en la laguna de Huayllén-Naquén. Su número es muy elevado y acaso supere el millón de ejemplares, pues su caza está prohibida y, por otra parte, su carne no es comestible y sus plumas carecen de valor industrial. Como es corriente en las zancudas, se alimentan de peces, batracios y larvas de mosquitos y otros insectos. Aunque de alas bien desarrolladas, rara vez vuelan y, aun en esos casos, sin exceder jamás los límites de la laguna. Son algo más grandes que las cigüeñas, pero, a diferencia de éstas, no tienen hábitos migratorios. El lomo y las alas son negros, tirando a azules; la cabeza, el pecho y el vientre, de un blanco amarillento; las patas, de un amarillo pálido. Su *habitat*, la laguna de Huayllén-Naquén, es de poca profundidad, pero muy extensa. Como —pese a las reiteradas solicitudes en ese sentido— aún no hay puentes que la crucen, los lugareños se ven obligados a hacer un gran rodeo para poder salvarla, lo cual ha provocado, además de las continuas quejas del único periódico local, que las comunicaciones entre una y otra margen de la laguna sean poco frecuentes. Es cierto que, en apariencia, podrían, con mayor rapidez y facilidad, atravesar la laguna mediante el simple empleo de zancos, y aun sin éstos, ya que, en su zona más profunda, el agua no supera el nivel de la cintura de un hombre de mediana estatura. Pero como —aunque sólo sea de un modo acaso intuitivo— los lugareños conocen el poder de atracción asimilatoria de las calegüinas, lo cierto es que prefieren no intentar el cruce y optan, como se ha dicho, por rodear la laguna, que, por otra parte, está circunvalada por un excelente camino asfaltado. Aquella circunstancia, sin embargo, no impide, y hasta puede ser que favorezca —y eso puede justificarse, en virtud de los pocos recursos de subsistencia ofrecidos por la región— que el alquiler de zancos a los turistas sea el negocio más lucrativo de Huayllén-Naquén. La falta de una competencia seria y la carencia de normas oficiales al respecto han hecho que la tarifa del alquiler de los zancos sea, por cierto, muy elevada, aunque, sin duda, esta exorbitancia es la

única manera que tienen los comerciantes para resarcirse de su inevitable pérdida. Hay, sí, una ley provincial, cuyos alcances, bastante limitados, exigen que, en los comercios donde se alquilan zancos, haya, bien visible y con gruesos caracteres, un cartel con la advertencia de que su empleo podría provocar alteraciones psicosomáticas de cierta gravedad en los usuarios. Los turistas suelen, por regla general, descreer de tal advertencia y hasta se ríen de ella, si bien no puede asegurarse que todos realmente la lean, aun cuando es innegable que los comerciantes cumplen puntillosamente con la exigencia de exhibir el cartel en sitio bien evidente, y se sabe que las autoridades son inflexibles en este aspecto, no obstante ser las inspecciones muy poco frecuentes y, aun en esos casos, precedidas por un aviso, aunque éste suele llegar pocos minutos antes que el inspector, quien, sin embargo, cumple a conciencia su labor, si bien no se conocen casos de que haya sido sancionado algún comerciante. Ya en posesión de sus zancos, los turistas, solos, en parejas, o en alegres y gárrulos grupos de tres, cinco o diez personas, se internan en la laguna de Huayllén-Naquén, con el propósito de alcanzar la población de la orilla opuesta, donde pueden adquirir, a precios reducidísimos, exquisitos pescados en conserva, cuya venta constituye la principal fuente de vida de los habitantes de ese lado de la ribera. Durante los primeros doscientos o trescientos metros, los turistas avanzan jubilosos, ensayando continuas bromas y espantando con sus gritos y risas a las caleguinas, que, como todas las aves zancudas, son en extremo asustadizas. Pero, en la misma medida en que se internan más y más en la laguna, sus manifestaciones de alegría y exultación van haciéndose más tenues, al tiempo, también, que aumenta la densidad de caleguinas por metro cuadrado. Son ahora tantas y tantas, que sólo con gran dificultad pueden los turistas abrirse paso entre ellas. Por otra parte, parecería como si, amparadas en su gran número, hubieran perdido todo temor, aunque quizá la causa de su quietud debiera buscarse en la imposibilidad material de moverse. Sea por lo que fuere, lo cierto es que ya los gritos no son suficientes para hacer que se aparten, de modo que es menester recurrir a palos o manotazos y, aun en ese caso, es muy escasa la distancia que ceden las caleguinas. Ése es generalmente el momento en que los turistas callan: ya no hay bromas ni risas. Entonces —y sólo entonces— perciben un pesado murmullo que cubre la laguna toda y que proviene de millares de gargantas de millares de caleguinas. Ese murmullo no es demasiado diferente —en cuanto al timbre— del que suelen emitir las palomas, sólo que su intensidad es mucho mayor. De manera que penetra en los oídos y en el cerebro de los turistas tan profundamente, que llega casi a formar parte de ellos, hasta el punto de que, poco a poco, también los turistas comienzan a emitir el mismo sonido: al principio, de modo por cierto bastante imperfecto, pero luego ya es imposible distinguir entre la emisión de los humanos y la de las caleguinas. Casi simultáneamente, los turistas suelen advertir, con cierta íntima sensación de asfixia, que, hasta donde alcanza la mirada, todo son caleguinas: ya no pueden distinguir la tierra firme y ni siquiera el agua de la laguna. Delante y detrás, a derecha e izquierda, ven un reiterado y monótono desierto, en blanco y en negro, de alas, picos, patas y plumas. A veces, sobre todo cuando el grupo de turistas es numeroso, suele haber uno de ellos, más lúcido o menos afiebrado, que intuye la conveniencia de regresar, desistiendo del proyecto de adquirir a precios reducidos los exquisitos pescados en conserva que se venden en la orilla opuesta. La orilla opuesta: pero, ¿cuál es la orilla opuesta? ¿Cómo regresar, si ya han perdido toda noción sobre desde dónde vienen y hacia dónde van? ¿Cómo regresar, en efecto, si ya no hay puntos de referencia, si todo, en negro y en blanco, es un reiterado y monótono desierto de alas, picos, patas y plumas? Y ojos: dos millones de ojos que parpadean sin expresión alguna. No obstante la evidencia de que ya no es posible regresar, aquel turista más lúcido o menos afiebrado se dirige

a sus compañeros, patéticamente les dice: "¡Amigos! ¡Volvámonos por donde vinimos!". Pero sus compañeros no entienden sus estridentes graznidos, tan distintos del apacible murmullo anterior. Y, pese a que también ellos contestan con graznidos, aún tienen conciencia de que todavía son hombres. Ahora el miedo los ha ganado, ya no pueden razonar con claridad y quieren hablar todos simultáneamente. El coro de graznidos es ininteligible, no logran entenderse y, aunque quieren, no pueden decirse unos a otros que todos son ya caleguinas. El resto de las caleguinas, las antiguas de la comunidad, que hasta entonces habían guardado el silencio indiferente del espectador que conoce la trama, rompen todas juntas, también ellas, a graznar agudamente, con todas sus fuerzas. Es un graznido general, una explosión de triunfo, de conquista, que, partiendo de ese estrecho primer círculo, se extiende rápida y tormentosamente a lo largo y a lo ancho de toda la laguna de Huayllén-Naquén, hasta rebasar sus límites e irrumpir en las más alejadas casas de la población. Los lugareños se tapan los oídos con los dedos y sonrían. Por suerte, la algarabía no dura más de cinco minutos, y sólo cuando cesa del todo, los comerciantes del lugar se ponen a fabricar tantos pares de nuevos zancos como turistas se internaron en la laguna.

[1976]

[De *El mejor de los mundos posibles*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1976.]

Un drama de nuestro tiempo

A eso de las once empezó el episodio. Yo estaba sentado en el balcón, tomando mate y relejendo, después de quince o veinte años, las encantadoras aventuras de *Las minas del rey Salomón*: sin embargo —noté con tristeza—, cuando era chico me habían gustado muchísimo más.

En un momento dado, supe que alguien me estaba mirando.

Alcé la vista. En uno de los balcones del edificio de enfrente, y a la misma altura que la de mi departamento, sorprendí la presencia de una muchacha. Levanté la mano y le mandé un saludo. Ella me dijo *chau* con el brazo y abandonó el balcón.

Interesado en las posibles derivaciones, traté disimuladamente —sin duda, ella me estaría espionando por las rendijas de la persiana— de entrever el interior de su departamento. No vi nada: como en los ojos me daba el sol, puertas y ventanas se me aparecían como meros rectángulos negros.

“Ésta no sale más”, me dije, y volví a la lectura. No habría leído diez líneas, cuando volvió a aparecer. Acaso su ropa registraba cambios.

Empecé a prodigarme en gestos y ademanes infructuosos. La muchacha, ahora sentada en una reposera, leía —o fingía leer— una revista. “Es un ardid”, pensé; “no puede ser que no me vea, y ahora se ha puesto en exposición”. Yo no podía distinguirle bien los rasgos, pero sí el cuerpo: alto y delgado. Y el pelo, que, lacio y oscuro, le caía a plomo sobre los hombros. En conjunto, me pareció una hermosa muchacha, de unos veinticuatro o veinticinco años. “¿Quién será?”, me pregunté. “A lo mejor tantas veces me la habré encontrado en la panadería...”.

Tuve una idea feliz. Abandoné el balcón, fui al dormitorio, la espí a través de la persiana: con toda inocencia, ella miraba hacia mi casa. Entonces salí corriendo y, ¡oh, hados propicios!, la sorprendí en esa postura culpable.

La saludé con un ampuloso ademán, que exigía indiscutiblemente la recíproca. En efecto, me retribuyó el saludo. Después de los saludos, lo normal es iniciar una conversación. Pero, desde luego, no íbamos a gritarnos de vereda a vereda. Me llevé entonces el índice derecho a la oreja y efectué un movimiento giratorio que, como todo el mundo sabe, significaba si podía llamarla por teléfono. Metiendo la cabeza entre los hombros y abriendo las manos, la muchacha me contestó, una y otra vez, y otra vez más aún, que no entendía. ¡Canalla! ¿Cómo no iba a entender?

Volví adentro, desenchufé el teléfono y regresé con él al balcón. Lo exhibí, como un trofeo deportivo, alzándolo con ambas manos sobre la cabeza. “Y, taradita, ¿entendés o no entendés?”. Sí, entendía: el rostro se le iluminó con el relámpago de una sonrisa de grandes dientes blancos y me respondió con un gesto afirmativo.

Muy bien: ya tenía autorización para telefonarle. Sólo que ignoraba su número. Era menester preguntárselo mediante mímica.

Recurrí a gestos y ademanes rarísimos: cualquiera me habría creído loco. Formular la pregunta resultaba difícil, pero su deber era intuir qué necesitaba saber yo. Creo que había mala voluntad de su parte; que, en su coquetería, quería divertirse un poco conmigo.

Estiró la cuerda hasta donde le fue posible. Y, en el mismo instante en que yo me disponía a darme por vencido, la muchacha comprendió.

Dibujó con el índice unos números en el aire que, al principio, no entendí. Luego me di cuenta de que ella escribía para su propia lectura y de que los rasgos que yo veía, por ejemplo, como una doble efe final debían entenderse, pues, como un 77 inicial. Así, realicé la interpretación completa y obtuve las siete cifras que me pondrían en comunicación con mi agraciada vecina.

Yo estaba contentísimo. Enchufé el teléfono y disqué. Al primer *ring*, levantaron el tubo:

—¡Sííí...! —atronó en mi oído una gruesa voz de hombre.

Sorprendido por esta bifurcación, vacilé un instante, buscando las palabras que diría.

—¿Quién habla? —agregó el vozarrón, ya con un matiz de cólera y de impaciencia.

—Este... —musité, amedrentado—. ¿Hablo con el 771...?

—¡Más fuerte, señor! —me interrumpió, de un modo insoportable—. ¡No se escucha nada, señor! ¿Con quién quiere hablar, señor?

Decía *no se escucha* en lugar de *no se oye*, decía *señor* con el tono que normalmente se emplea para decir *imbécil*. Asustadísimo, balbuceé:

—Este... Con la chica...

—¿Qué chica, señor? ¿De qué chica me está hablando, señor? —una amenaza acechaba ya en el vozarrón.

¿Cómo explicarle algo a alguien que no quiere entender?

—Este... Con la chica del balcón —mi voz era un hilito de cristal.

Pero ni por eso se apiadó. Al contrario, se enfureció más:

—¡No moleste, señor, por favor! ¡Somos gente que trabaja, señor!

Un iracundo *clic* cortó la comunicación. Azorado, quedé un instante sin fuerzas. Después — como si me sirviera de algo— miré el teléfono y lo maldije entre dientes:

—¡¡¡Andáte a la reputísima madre que te recontramilparió!!!

Luego destiné duros epítetos contra aquella muchacha tonta que no había tenido la precaución de atender ella misma. En seguida pensé que la culpa era mía, por haber llamado tan pronto. De la rapidez con que el hombre del vozarrón atendió, deduje que el aparato estaría al alcance de su mano, acaso sobre su escritorio. Traté de imaginar a ese individuo, atribuyéndole rasgos odiosos: lo pensé gordo, rojizo, sudoroso, panzón. “Somos gente que trabaja”, había dicho. ¿Y a mí qué? Todo el mundo trabajaba: no había mérito especial en ello. ¿Acaso yo vivía de rentas?

El hecho era que ese hombre estentóreo me había infligido una terminante derrota telefónica. Me sentí un poco deprimido y con deseos de venganza.

Después volví al balcón, resuelto, sea como fuere, a preguntarle a la muchacha su nombre. Pero no estaba. “Claro”, inferí, con temerario optimismo, “estará junto al teléfono, esperando ansiosamente mi llamada”.

Con renovados bríos, pero también con temor, marqué los siete números. Oí un *ring*; oí:

—¡¡¡Sííí...!!!

Aterrorizado, corté la comunicación.

—Que lo parió —musité, con rencor y con tristeza, y, al conjuro de esta frase, se me ocurrió una idea que juzgué brillante.

Pensé: “Ese abominable troglodita de enfrente se permite tiranizarme sólo porque a mí me falta un elemento: el nombre de la persona con quien quiero hablar. Es necesario, entonces, conseguirlo”.

Después pensé: “Los números de teléfono están ordenados en la Guía Verde. Yo no tengo Guía Verde. Las grandes empresas tienen Guía Verde. Los bancos son grandes empresas. Los bancos tienen Guía Verde. Mi amigo Balbón trabaja en un banco. Los bancos abren a las doce”.

Esperé hasta las doce y cinco, y llamé a Balbón:

—Oh, querido amigo Hernando —contestó, apenas oyó una palabra mía—, me hallo en extremo regocijado, contento y confortado de volver a oír tu voz...

—Gracias, Balbón. Pero escucháme...

—...tu voz de joven despreocupado, alegre y libre de obligaciones, deberes y responsabilidades. Feliz de ti, querido amigo Hernando, que desconoces todo tipo de problemas. Feliz de ti, que tomas la vida como un devenir afortunado y no permites que ningún hecho exterior enturbie la paz de tu regalada existencia. Feliz de ti, que nadas en la abundancia económica trabajando sólo tres o cuatro horas por día. Feliz de ti...

Algún escéptico, que nunca falta, considerará imposible la existencia de gente que hable como Balbón. No tengo cómo probarlo pero ruego ser creído: juro y rejuro y recontrajuro que Balbón existe y que, en efecto, habla así.

Después de adornarme con todas las imaginarias venturas que se le ocurrieron, continuó —sin permitirme hablar— con la segunda etapa, que consistía en atribuirse a sí mismo, a modo de trágico contraste, todas las calamidades del universo visible e invisible:

—En cambio, yo, el humilde, el modesto, el ínfimo Horacio Enrique Balbón, continúo hoy, como ayer y como mañana, como anteayer y como pasado mañana, arrastrando un pesado, oneroso y gravoso carro de miserias, desdichas y tristezas, a través de este angustioso, proceloso y horroroso valle de lágrimas que, a modo de infierno, bátratro y averno, me vapulea, ultraja y humilla sin cesar...

Esa historia yo la había oído miles de veces.

—¿Pero no era que te habían ascendido y que ahora ganabas bastante bien?

—Sí, es cierto —admitió—. Ahora gano tres veces más que antes, tengo un cargo jerarquizado y hasta me han dado un sellito con mi nombre...

La palabra *sellito* —con la *elle* nítidamente pronunciada— me hizo lanzar una carcajada.

—Y, sin embargo —prosiguió, sin ofenderse—, el pesado, oneroso y gravoso carro de miserias, desdichas y tristezas continúa existiendo. Y yo continúo arrastrándolo, desfalleciente, enfermo y acaso con un pie ya en la tumba, por la faz de este pérfido, cruel y maligno planeta...

Me distraje un poco esperando que concluyese con sus quejas. De pronto, oí:

—He tenido mucho gusto en hablar contigo. Será hasta cualquier momento.

Y cortó la comunicación. Indignado, volví a llamarlo:

—¡Che, Balbón! —le reproché—. ¿Por qué cortaste?

—Ah —dijo—. ¿Tú querías decirme algo?

—Necesitaría que te fijaras en la Guía Verde a qué apellido corresponde el siguiente número de teléfono...

—Aguarda un instante. Voy a buscar mi estilográfica. Pues sabes que odio, detesto y aborrezco escribir con lápices, bolígrafos o marcadores.

Fue preciso esperararlo.

—Ese número —dijo, al cabo de uno o dos minutos— corresponde a una tal CASTELLUCCI, IRMA G. DE. Castellucci con doble ele y doble ce. Pero, ¿para qué lo quieres?

—Muchas gracias, Balbón. Otro día te explico. Chau.

—Adiós —contestó, con un dejo de resentimiento en la voz.

Ahora sí: yo me hallaba en posesión de un arma poderosa. Con espíritu animoso y dedo firme, volví a marcar el número de la muchacha.

—¡¡¡Sííí...!!! —tronó el cavernícola.

Sin vacilar, con voz sonora y bien modulada, y con cierto tinte perentorio, articulé:

—Por favor, me comunica con la señorita Castellucci.

—¿De parte de quién, señor?

Que pregunten de parte de quién es una costumbre que no me gusta. Para confundirlo un poco, le dije:

—De parte de Tiberíades Heliogábalo Asoarfasayafi.

—¡Pero, señor! —estalló—. ¡La familia Castellucci hace como cuatro años que no vive más aquí, señor! ¡Siempre están molestando con ese maldito Castellucci, señor!

—Y si no vive más ahí, ¿para qué me preguntó de par...?

En la mitad de la frase me interrumpió su furioso *clac*: ni siquiera me había permitido expresar esa mínima protesta ante su despotismo. ¡Ah, pero eso no iba a quedar así! Me precipité sobre el teléfono como quien busca un revólver:

—¡¡¡Sííí...!!!

Con pronunciación de retardado mental, pregunté:

—¿Habdo co da famidia Castedusi?

—¡Pero no, señor! ¡La familia Castellucci hace más de cinco años que no vive más aquí, señor!

—Ah... Qué suedte: estoy habdando con ed señod Castedusi... ¿Cómo de va, señod Castedusi?

—¡Pero no, señor! ¡Entiéndame, señor! —estaba hecho una dinamita—. ¡La familia Castellucci hace como siete años que no vive más aquí, señor!

—¿Cómo está usted, señod Castedusi? —insistí, cordialmente—. ¿Y su señoda? ¿Y dos pibes? ¿No se acuedda de mí, señod Castedusi?

—¿Pero quién habla, señor? —el monstruo, además de terrible, era curioso.

—Habda Madio, señod Castedusi.

—¿Mario? —repitió, con asco—. ¿Qué Mario?

—Madio, señod Castedusi: Madio, ed que se escuendió en ed admadio.

—¿¡Cómo...!? —no me había entendido bien: yo tenía la boca llena de risa.

—Madio, señod Castedusi, Madio Adbedto.

—¿Mario Alberto? ¿Qué Mario Alberto?

—Madio Adbedto, ed que tiene un ojo bizco y ed otdo tuedto, señod Castedusi.

Aquello fue una especie de bomba atómica:

—¡¡¡Pero no molestés, idiota, hacéme el favor!!! ¿¡Por qué no te pegás un tiro, infeliz!?

—Podque no puedo, señod Castedusi. Tengo una puntedía de miedda, señod Castedusi. Da údtima vez que quise pegadme un tido en da cabeza, maté sin queded a un pingüino que estaba en da Antádtida, señod Castedusi.

Hubo un instante de silencio, como si aquel individuo enloquecido de rabia, para no ser fulminado por un infarto, aspirase, en una sola bocanada, todo el oxígeno de la atmósfera terrestre.

Yo, muy atento, esperaba.

Entonces, con el máximo furor y ahogándose en su propia cólera, el vestiglo lanzó sobre mí, a los gritos, esta descarga de artillería pesada donde cada palabra, impaciente por ser proferida, se tropezaba con las demás:

—¡¡¡¡Pero moríte, pedazo de idiota, tarado cerebral, grandísimo repelotudo, parásito, infradotado de mierda, cornudo, inútil, inservible, pajero, reverendo boludo, sifilítico, blenorragico, boludo alegre!!!!

—Me siento muy hondado pod sus padabdas, señod Castedusi. Muchas gdacias, señod Castedusi.

Cortó de un golpe violentísimo. Fue una lástima: me habría encantado que siguiera insultándome. Era delicioso imaginar a mi enemigo: rojo, transpirado, apoplético, quizá con el aparato telefónico averiado a causa del golpe...

Me sentí contentísimo y ya no me importó no haber podido hablar con la muchacha del balcón.

[1978]

[De *Sanitarios centenarios*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1979.]

En defensa propia

Era sábado, serían las diez de la mañana.

En un descuido, mi hijo mayor, que es el diablo, trazó con un alambre un garabato en la puerta del departamento vecino. Nada alarmante ni catastrófico: un breve firulete, acaso imperceptible para quien no estuviera sobre aviso.

Lo confieso con rubor: al principio —¿quién no ha tenido estas debilidades?— pensé en callar. Pero después me pareció que lo correcto era disculparme ante el vecino y ofrecerle pagar los daños. Afianzó esta determinación de honestidad la certeza de que los gastos serían escasos.

Llamé brevemente. De los vecinos sólo sabía que eran nuevos en la casa, que eran tres, que eran rubios. Cuando hablaron, supe que eran extranjeros. Cuando hablaron un poco más, los supuse alemanes, austríacos o suizos.

Rieron bonachonamente; no le asignaron al garabato ninguna importancia; hasta fingieron esforzarse, con una lupa, para poder verlo, tan insignificante era.

Con firmeza y alegría rechazaron mis disculpas, dijeron que todos los niños eran traviesos, no admitieron —en suma— que yo me hiciera cargo de los gastos de reparación.

Nos despedimos entre sonoras risotadas y con férreos apretones de manos.

Ya en casa, mi mujer —que había estado espiando por la mirilla— me preguntó, anhelante:

—¿Saldrá cara la pintura?

—No quieren ni un centavo —la tranquilicé.

—Menos mal —repuso, y oprimió un poco la cartera.

No hice más que volverme cuando vi, junto a la puerta, un pequeñísimo sobre blanco. En su interior había una tarjeta de visita. Impresos, en letras cuadradas, dos nombres:

GUILLERMO HOFER Y RICARDA H. KORNFELD DE HOFER.

Después, en menuda caligrafía azul, se agregaba:

y Guillermito Gustavo Hofer saludan muy atentamente al señor y a la señora Sorrentino, y les piden mil disculpas por el mal rato que pudieron haber pasado debido a la presunta travesura —que no es tal— del pequeño Juan Manuel Sorrentino al adornar nuestra vieja puerta con un gracioso dibujito.

—¡Caramba! —dije—. Qué gente delicada. No sólo no se enojan, sino que se disculpan.

Para retribuir de algún modo tanta amabilidad, tomé un libro infantil sin estrenar, que reservaba como regalo para Juan Manuel, y le pedí que obsequiara con él al pequeño Guillermito Gustavo Hofer.

Ése era mi día de suerte: Juan Manuel obedeció sin imponerme condiciones humillantes, y volvió portador de millones de gracias de parte del matrimonio Hofer y de su retoño.

Serían las doce. Los sábados suelo, sin éxito, intentar leer. Me senté, abrí el libro, leí dos palabras, sonó el timbre. En estos casos, siempre soy el único habitante de la casa y mi deber es

levantarme. Emití un resoplido de fastidio y fui a abrir la puerta. Me encontré con un joven de bigotes, vestido como un soldadito de plomo, eclipsado tras un ingente ramo de rosas.

Firmé un papel, di una propina, recibí una especie de saludo militar, conté veinticuatro rosas, leí, en una tarjeta ocre,

Guillermo Hofer y Ricarda H. Kornfeld de Hofer saludan muy atentamente al señor y a la señora Sorrentino, y al pequeño Juan Manuel Sorrentino, y les agradecen el bellissimo libro de cuentos infantiles —alimento para el espíritu— con que han obsequiado a Guillermito Gustavo.

En eso, con bolsas y esfuerzos, llegó del mercado mi mujer:

—¡Qué lindas rosas! ¡Con lo que a mí me gustan las flores! ¿Cómo se te ocurrió comprarlas, a vos que nunca se te ocurre nada?

Tuve que confesar que eran un regalo del matrimonio Hofer.

—Esto hay que agradecerlo —dijo, distribuyendo las rosas en jarrones—. Los invitaremos a tomar el té.

Mis planes para ese sábado eran otros. Débilmente, aventuré:

—¿Esta tarde...?

—No dejes para mañana lo que puedas hacer hoy.

Serían las seis de la tarde. Esplendorosa vajilla y albo mantel cubrían la mesa del comedor. Un rato antes, obedeciendo órdenes de mi mujer —que deseaba un toque vienés—, debí presentarme en una confitería de la avenida Cabildo, comprar sándwiches, masas, postres, golosinas. Eso sí, todo de primera calidad y el paquete atado con una cintita roja y blanca que realmente abría el apetito. Al pasar frente a una ferretería, una oscura ruindad me impulsó a comparar el importe de mi reciente gasto con el precio de la más gigantesca lata de la mejor de todas las pinturas. Experimenté una ligera congoja.

Los Hofer no llegaron con las manos vacías. Los entorpecía —blanca, cremosa y barroca— una torta descomunal que hubiera alcanzado para todos los soldados de un regimiento. Mi mujer quedó anonadada por la excesiva generosidad del presente. Yo también, pero ya me sentía un poco incómodo. Los Hofer, con su charla hecha sobre todo de disculpas y zalamerías, no lograban interesarme. Juan Manuel y Guillermito, con sus juegos hechos sobre todo de carreras, golpes, gritos y destrozos, lograban alarmarme.

A las ocho me hubiera parecido meritorio que se retiraran. Pero mi mujer me musitó al oído, en la cocina:

—Han sido tan amables. Semejante torta... Tendríamos que invitarlos a cenar.

—¿A cenar qué, si no hay comida? ¿A cenar por qué, si no tenemos hambre?

—Si no hay comida aquí, habrá en la rotisería. En cuanto al hambre, ¿quién dijo que es necesario comer? Lo importante es compartir la mesa y pasar un rato divertido.

A pesar de que lo importante no era la comida, a eso de las diez de la noche, cargado como una mula, transporté, desde la rotisería, enormes y fragantes paquetes. Una vez más, los Hofer demostraron que no eran gente de presentarse con las manos vacías: en un cofre de hierro y bronce trajeron treinta botellas de vino italiano y cinco de coñac francés.

Serían las dos de la mañana. Extenuado por las migraciones, ahito por el exceso de comida, embriagado por el vino y el coñac, aturdido por la emoción de la amistad, me dormí al instante.

Fue una suerte: a las seis, los Hofer, vestidos con ropas deportivas y protegidos los ojos con lentes ahumados, tocaron el timbre. Nos llevarían en automóvil a su quinta de la vecina localidad de Ingeniero Maschwitz.

Mentiría quien dijese que este pueblo está pegado a Buenos Aires. En el coche pensé con nostalgia en mi mate, en mi diario, en mi ocio. Si mantenía abiertos los ojos, me ardían; si los cerraba, me quedaba dormido. Los Hofer, misteriosamente descansados, charlaron y rieron durante todo el trayecto.

En la quinta, que era muy linda, nos trataron como a reyes. Tomamos sol, nadamos en la pileta, comimos delicioso asado criollo, hasta dormí una siestita bajo un árbol con hormigas. Al despertarme, caí en la cuenta de que habíamos ido con las manos vacías.

—No seas guarango —susurró mi mujer—. Aunque sea comprale algo al chico.

Fui a caminar por el pueblo con Guillermito. Ante el escaparate de una juguetería le pregunté:

—¿Qué querés que te compre?

—Un caballo.

Entendí que se refería a un caballito de juguete. Me equivocaba: volví a la quinta en ancas de un bayo brioso, sujeto de la cintura de Guillermito y sin siquiera un cojinillo para mis asentaderas doloridas.

Así pasó el domingo.

El lunes, al volver de mi empleo, encontré al señor Hofer enseñándole a Juan Manuel a manejar una motocicleta.

—¿Cómo le va? —me dijo—. ¿Le gusta lo que le regalé al nene?

—Pero si es muy chico para andar en moto —objeté.

—Entonces se la regalo a usted.

Nunca lo hubiera dicho. Al verse despojado del reciente obsequio, Juan Manuel estalló en una rabieta estentórea.

—Pobrecito —comprendió el señor Hofer—. Los chicos son así. Vení, querido, tengo algo lindo para vos.

Yo me senté en la motocicleta y, como no sé manejar, me puse a hacer ruido de motocicleta con la boca.

—¡Alto ahí o lo mato!

Juan Manuel me apuntaba con una escopeta de aire comprimido.

—Nunca dispaes a los ojos —le recomendó el señor Hofer.

Hice ruido de frenar la motocicleta, y Juan Manuel dejó de apuntarme. Subimos a casa muy contentos los dos.

—Recibir regalos es muy fácil —señaló mi mujer—. Pero hay que saber retribuir. A ver si te hacés notar.

Comprendí. El martes adquirí un automóvil importado y una carabina. El señor Hofer me preguntó por qué me había molestado; Guillermito, del primer tiro, rompió el farol del alumbrado público.

El miércoles los regalos fueron tres. Para mí, un desmesurado ómnibus de viajes internacionales, provisto de aire acondicionado y servicios de baño, sauna, restaurante y salón de baile. Para Juan Manuel, una bazuca de fabricación vietnamita. Para mi mujer, un lujoso vestido blanco de fiesta.

—¿Dónde voy a lucir el vestido? —comentó, decepcionada—. ¿En el ómnibus? La culpa es tuya, que nunca le regalaste nada a la señora. Por eso ahora me regalan limosnas.

Un estampido horrendo casi me dejó sordo. Para probar su bazuca, Juan Manuel acababa de demoler, de un solo disparo, la casa de la esquina, por fortuna deshabitada tiempo ha.

Pero mi mujer seguía con sus quejas:

—Claro, para el señor, un ómnibus como para ir hasta el Brasil. Para el señorito, un arma poderosa como para defenderse de los antropófagos del Mato Grosso. Para la sirvienta, un vestidito de fiesta... Estos Hofer, como buenos europeos, son unos tacaños...

Subí a mi ómnibus y lo puse en marcha. Me detuve cerca del río, en un paraje solitario. Allí, perdido en el desafortunado asiento, gozando de la fresca penumbra que me brindaban los visillos corridos, me entregué a la serena meditación.

Cuando supe exactamente qué debía hacer, me dirigí al ministerio a ver a Pérez. Como todo argentino, yo tengo un amigo en un ministerio, y este amigo se llama Pérez. Por más que soy muy emprendedor, en este caso necesitaba que Pérez interpusiera su influencia.

Y lo logré.

Vivo en el barrio de Las Cañitas, al que ahora le dicen San Benito de Palermo. Para extender una vía férrea desde la estación Lisandro de la Torre hasta la puerta de mi casa, fue necesario el trabajo silencioso, fecundo e ininterrumpido de un multitudinario ejército de ingenieros, técnicos y obreros, quienes, utilizando la más especializada y moderna maquinaria internacional, y tras expropiar y demoler las cuatro manzanas de suntuosos edificios que otrora se extendían por la avenida del Libertador entre las calles Olleros y Matienzo, coronaron con éxito rotundo tan valerosa empresa. De más está puntualizar que sus dueños recibieron justa e instantánea indemnización. Es que con un Pérez en un ministerio no existe la palabra *imposible*.

Esta vez quise darle una sorpresa al señor Hofer. Cuando el jueves, a las ocho de la mañana, salió a la calle, encontró una reluciente locomotora diésel, roja y amarilla, enganchada a seis vagones. Sobre la puerta de la locomotora, un cartelito rezaba:

BIENVENIDO A SU TREN, SEÑOR HOFER.

—¡Un tren! —exclamó—. ¡Un tren, todo para mí solo! ¡El sueño de mi vida! ¡Desde chico que quiero manejar un tren!

Y, loco de contento y sin siquiera agradecerme, subió a la locomotora, donde un sencillo manual de instrucciones lo esperaba para explicarle cómo conducirla.

—Pero espere —dije—, no sea abombado. Mire lo que le compré a Guillermito.

Un poderoso tanque de guerra destruía con sus orugas las baldosas de la acera.

—¡¡¡Bieeeeeennn!!! —gritó Guillermito—. ¡Con las ganas que tengo de tirar abajo el obelisco!

—Tampoco me olvidé de la señora —añadí.

Y le entregué, recién recibido de Francia, el más fino y delicado tapado de visón.

Como eran ansiosos y juguetones, los Hofer quisieron estrenar en ese mismo instante sus regalos.

Pero en cada obsequio yo había colocado una pequeña trampa.

El tapado de visón estaba interiormente recubierto de una emulsión mágica evaporante que me había cedido un hechicero del Congo, de manera que, apenas se envolvió con él, la señora Ricarda se achicharró primero y luego se convirtió en una tenue nubecilla blancuzca que se perdió en el cielo.

No bien Guillermito efectuó su primer cañonazo contra el obelisco, la torreta del tanque, accionada por un dispositivo especial, salió disparada hacia el espacio y depositó al pequeño, sano y salvo, en una de las diez lunas del planeta Saturno.

Cuando el señor Hofer puso en marcha el tren, éste, incontrolable, se lanzó raudamente por un viaducto atómico cuyo itinerario, tras cruzar el Atlántico, el noroeste del África y el canal de Sicilia, concluía bruscamente en el cráter del volcán Etna, que por esos días había entrado en erupción.

Así fue como llegó el viernes, y no recibimos ningún regalo de los Hofer. Al anochecer, mientras preparaba la comida, mi mujer dijo:

—Sea uno amable con los vecinos. Póngase en gastos. Que tren, que tanque, que visión. Y ellos, ni una tarjetita de agradecimiento.

[1978]

[De *En defensa propia*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.]

Para defenderse de los escorpiones

La gente se muestra sorprendida, temerosa y hasta indignada ante la considerable proliferación de escorpiones que se ha cernido sobre Buenos Aires, ciudad que hasta fecha bastante reciente desconocía tal género de arácnidos.

Personas sin imaginación recurren a un método demasiado tradicional para defenderse de los escorpiones: el empleo de venenos. Personas menos rutinarias llenan sus casas de culebras, ranas, sapos y lagartijas, con la esperanza de que devoren a los escorpiones. Unas y otras fracasan lamentablemente: los escorpiones se rehúsan con firmeza a ingerir venenos, y los reptiles y batracios, a ingerir escorpiones. Unas y otras, en su ineptitud y precipitación, sólo logran una cosa: exacerbar —más aún, si cabe— el odio que hacia la humanidad entera profesan los escorpiones.

Yo tengo otro método. He procurado, infructuosamente, difundirlo: como todo precursor, soy un incomprendido. Lo creo, sin vanidad, no sólo el mejor: también el único método posible para defenderse de los escorpiones.

Su principio básico consiste en rehuir la batalla frontal, en sostener breves escaramuzas azarasas, en no demostrarles a los escorpiones que estamos enemistados con ellos. (Ya sé que hay que andar con sumo cuidado, ya sé que el aguijonazo de un escorpión resulta fatal. Es cierto que, si yo me embutiera en una escafandra de buzo, estaría por completo a salvo de los escorpiones; no lo es menos que, en ese caso, los escorpiones sabrían, con total certeza, que les temo. Porque yo les tengo muchísimo miedo a los escorpiones. Pero no hay que perder la sangre fría.)

Una elemental medida —eficaz y libre de tremendismo y de nefasta espectacularidad— consta de dos sencillos pasos. El primero es ceñirme las bocamangas con unos elásticos bien tensos: para que los escorpiones no puedan trepar por mis piernas. El segundo, fingir que soy en extremo friolento y calzar todo el tiempo un par de guantes de cuero: para que no me envenenen las manos. (Más de un espíritu destructivo ha señalado exclusivamente las desventajas que, en el verano, acarrea este método, sin tener en cuenta sus innegables méritos generales.) En cuanto a la cabeza, conviene que quede descubierta: es la mejor manera de presentar a los escorpiones una imagen valiente y optimista de nosotros mismos, y además los escorpiones no acostumbran, normalmente, arrojarse desde el cielo raso sobre el rostro humano, aunque a veces sí lo hacen. (Así, al menos, le ocurrió a mi difunta vecina, madre de cuatro encantadores chiquillos, ahora huérfanos. Para peor de males, estos hechos fortuitos engendran teorías erróneas, que sólo sirven para hacer más ardua y dificultosa la lucha contra los escorpiones. En efecto, el viudo, sin base científica adecuada, afirma que los seis escorpiones se sintieron atraídos por el color intensamente azul de los ojos de la occisa y aduce, como débil prueba de aserción tan temeraria, el hecho, del todo casual, de que los aguijonazos se repartieron, tres a tres, en cada una de las azules pupilas. Yo sostengo que ésta es una mera superstición, forjada por el medroso cerebro de este individuo pusilánime.)

Al igual que en la defensa, también en el ataque hay que jugar a ignorar la existencia de los escorpiones. Como quien no quiere la cosa, yo —así como me ven— logro matar diariamente entre ochenta y cien escorpiones.

Procedo de la siguiente manera, que, en bien de la supervivencia del género humano, espero sea imitada y, de ser posible, perfeccionada.

Con aire distraído, me siento en un banco de la cocina y me pongo a leer el diario. Cada tanto miro el reloj y mascullo, en voz lo suficientemente alta para ser oída por los escorpiones: “¡Caramba! ¡Este Pérez del diablo que no llama!”. La informalidad de Pérez me irrita, y aprovecho para dar unas patadas de rabia en el suelo: así masacro no menos de diez escorpiones, de los incontables que cubren el piso. A intervalos irregulares repito mi expresión de impaciencia y, de este modo, voy matando una buena cantidad. No por ello descuido los también innumerables escorpiones que cubren por completo el cielo raso y las paredes (que son cinco temblorosos, palpitantes, movedizos mares de alquitrán): de vez en cuando finjo un ataque de histeria y arrojo algún objeto contundente contra la pared, siempre maldiciendo a aquel Pérez del diablo que se demora en llamar. Lástima que he roto ya varios juegos de tazas y platos, y que vivo entre sartenes y cacerolas abolladas: pero es alto el precio que se debe pagar para defenderse de los escorpiones. Por fin, inevitablemente, alguien llama por teléfono. “¡Es Pérez!”, grito, y corro con precipitación hacia el aparato. Desde luego, es tanta mi prisa, es tanta mi ansiedad, que no advierto los millares y millares de escorpiones que alfombran blandamente el piso y que revientan bajo mis pies con un gelatinoso y áspero ruido de huevo cascado. A veces —pero sólo a veces: no conviene abusar de este recurso— tropiezo y caigo largo a largo, con lo que aumento sensiblemente el área de mi impacto y, en consecuencia, el número de escorpiones muertos. Cuando vuelvo a ponerme de pie, me encuentro con toda la ropa condecorada con los pegajosos cadáveres de muchos escorpiones: despegarlos uno por uno es tarea delicada, pero que me hace saborear mi triunfo.

• • •

Ahora quiero permitirme una breve digresión para relatar una anécdota, de por sí ilustrativa, que me ocurrió hace unos días y en la cual, sin proponérmelo, cumplí un papel que me atrevo a calificar de heroico.

Era la hora de almorzar. Encontré, como siempre, la mesa cubierta de escorpiones; la vajilla, cubierta de escorpiones; la cocina, cubierta de escorpiones... Con paciencia, con resignación, con mirada ausente, fui haciéndolos caer al suelo. Como la lucha contra los escorpiones insume la mayor parte de mi tiempo, decidí prepararme una comida instantánea: cuatro huevos fritos. Estaba, pues, comiéndolos, mientras apartaba cada tanto a algún escorpión más osado que había subido a la mesa o que me caminaba por las rodillas, cuando, desde el cielo raso, un escorpión especialmente vigoroso y robusto cayó —o se arrojó— en mi plato.

Petrificado, solté los cubiertos. ¿Cómo debía interpretarse esa actitud? ¿Era una casualidad? ¿Una agresión personal? ¿Una prueba de fuego? Quedé perplejo unos instantes... ¿Qué pretendían de mí los escorpiones? Estoy muy avezado a la lucha contra ellos: en seguida lo intuí. Querían obligarme a modificar mi método de defensa, hacerme pasar decididamente al ataque. Pero yo estaba muy seguro de la eficacia de mi estrategia: no lograrían engañarme.

Vi, con cólera reprimida, cómo las patas oscuras del escorpión chapoteaban en el huevo, vi cómo su cuerpo se iba impregnando de amarillo, vi cómo la cola ponzoñosa se agitaba en el aire,

al modo de un náufrago que pidiera auxilio... Objetivamente considerada, la agonía del escorpión constituía un bello espectáculo. Pero a mí me dio un poco de asco. Casi claudiqué: pensé en arrojar el contenido del plato al incinerador. Tengo fuerza de voluntad y supe contenerme: si hubiera hecho tal cosa, habría ganado el aborrecimiento y la reprobación de los millares y millares de escorpiones que, con renovada suspicacia, me contemplaban desde el cielo raso, las paredes, el piso, la cocina, las lámparas... Ahora tendrían un pretexto para considerarse agredidos y, entonces, quién sabe qué podría ocurrir.

Me armé de valor, fingí no advertir el escorpión que aún se debatía en mi plato, lo comí distraídamente junto con el huevo y hasta pasé la corteza de un pan para no dejar ni una pizca de huevo y escorpión. No resultó tan repugnante como temía. Un poquito ácido tal vez, pero esta sensación puede deberse a que aún yo no tenía el paladar acostumbrado a la ingestión de escorpiones. Con el último bocado, sonreí, satisfecho. Después pensé que la quitina del escorpión, más dura de lo que yo hubiera deseado, podría caerme indigesta, y con delicadeza, para no ofender al resto de los escorpiones, bebí un vaso de sal de frutas.

• • •

Hay otras variantes dentro de este método, pero, eso sí, es necesario recordar que lo esencial es proceder como si se ignorara la presencia —más aún, la existencia— de los escorpiones. Con todo, ahora me asaltan algunas dudas. Me parece que los escorpiones han empezado a darse cuenta de que mis ataques no son involuntarios. Ayer, cuando dejé caer una olla de agua hirviente en el piso, advertí que, desde la puerta de la heladera, unos trescientos o cuatrocientos escorpiones me observaban con rencor, con desconfianza, con reproche.

Quizá también mi método esté destinado al fracaso. Pero, por ahora, no se me ocurre otro mejor para defenderme de los escorpiones.

[1978]

[De *En defensa propia*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.]

Piccirilli

Desde hace tiempo, la capacidad de mi biblioteca se halla del todo colmada. Tendría que hacerla ampliar, pero la madera y la mano de obra son caras, y prefiero postergar esos gastos en favor de otros más urgentes. Mientras tanto, recurrí a una solución provisional: coloqué los libros horizontalmente y logré de este modo aprovechar mejor el poco espacio disponible.

Ya se sabe que los libros —estén verticales u horizontales— acumulan polvo y bichos y telarañas. Yo no tengo tiempo ni paciencia ni vocación para efectuar la limpieza periódica que convendría.

Hace unos cuantos meses, en cierto sábado nublado, me decidí, por fin, a sacar, uno por uno, todos los libros, a darles una cepillada y a pasar una franela húmeda por los anaqueles.

En uno de los estantes más bajos encontré a Piccirilli. Pese al polvo de esos rincones, su aspecto era, como siempre, impecable. Pero eso lo advertí después. Al principio sólo me pareció un cordón o un trozo de género. Me equivocaba: ya era, de pies a cabeza, Piccirilli. Es decir, un hombrecillo cabal de cinco centímetros de estatura.

Absurdamente, me resultó extraño que estuviese vestido. Desde luego, no había ninguna razón para que se hallara desnudo, y el hecho de que Piccirilli sea diminuto no nos autoriza a pensar en él como en un animal. Dicho, entonces, con más precisión: no me sorprendió tanto que estuviese vestido sino cómo vestía: botas altas desbocadas, chaqueta de amplios faldones, vaporosa camisa de puntillas, sombrero emplumado, espada a la cintura.

Piccirilli, con su bigote erizado y su barbita en punta, era el facsímil viviente y reducido de D'Artagnan, el héroe de *Los tres mosqueteros*, tal como lo recordaba de viejas ilustraciones.

Ahora bien: ¿por qué lo bauticé Piccirilli y no D'Artagnan, como parecería lógico? Creo que, sobre todo, por dos razones que se complementan: la primera es que su físico aguzado exige, literalmente, las pequeñas *ies* de *Piccirilli* y rechaza, en consecuencia, las robustas *aes* de *D'Artagnan*; la segunda es que, cuando le hablé en francés, Piccirilli no comprendió una palabra, lo que me demostró que, al no ser ningún francés, tampoco era D'Artagnan.

Piccirilli contará cincuenta años; por sus cabellos oscuros corren unas pocas hebras blancas. Así le calculo yo la edad, a la manera de los seres de nuestra dimensión. Sólo que no sé si, para la pequeñez de Piccirilli, el tiempo estipula idénticas proporciones. Al verlo tan diminuto, uno tiende —¿injustificadamente?— a pensar que su vida es más breve y que su tiempo transcurre más rápidamente que el nuestro, según lo entendemos en las alimañas o en los insectos.

Pero, ¿quién puede saberlo? Y, aun en caso de ser así, ¿cómo se explica, entonces, que Piccirilli vista ropas del siglo xvii? ¿Es admisible que Piccirilli tenga cerca de cuatrocientos años? ¿Piccirilli, ese ser casi sin espacio, podrá ser dueño de tanto tiempo? ¿Piccirilli, ese ser de apariencia tan endeble?

Me gustaría formularle estas y otras preguntas a Piccirilli, y que él las respondiera y, de hecho, se las formulo a menudo, y Piccirilli, en efecto, las responde. Sólo que no logra hacerse entender, y ni siquiera sé si comprende mis preguntas. Me escucha, sí, con semblante atento y, apenas yo callo, se apresura a contestarme. A contestarme: pero, ¿en qué lengua habla Piccirilli?

Ojalá hablara en una lengua que yo desconociese: lo malo es que habla en una lengua inexistente en la tierra.

A despecho de su físico propicio a la *i*, la vocecilla atiplada de Piccirilli sólo modula palabras en que la vocal exclusiva es la *o*. Claro que, siendo tan extremadamente agudo el timbre de voz de Piccirilli, esa *o* suena casi como una *i*. A la vez, ésta es una mera conjetura de mi parte, pues Piccirilli nunca pronunció la *i*, de modo que tampoco puedo asegurar, por comparación, que aquella *o* sea realmente una *o* y, en rigor, que sea ninguna otra vocal.

Con mis escasos conocimientos he procurado determinar qué lengua habla Piccirilli. Los intentos resultaron infructuosos, salvo que pude establecer en ella una invariable sucesión de consonantes y vocales.

Este descubrimiento podría tener alguna importancia, si uno estuviera seguro de que, en realidad, Piccirilli habla alguna lengua. Pues cualquier lengua, por pobre o primitiva que sea, tendrá una razonable extensión. Y el caso es que toda el habla de Piccirilli se reduce a esta frase:

—Dolokotoro povosoro kolovoko.

La llamo frase por comodidad, pues quién puede saber qué encierran esas tres palabras. Si es que son palabras, si es que son tres: las escribo así porque ésas son las pausas que, en la monocorde elocución de Piccirilli, creo percibir.

Que yo sepa, ninguna lengua europea posee tales características fónicas. En cuanto a lenguas africanas, americanas o asiáticas, mi ignorancia es total. Pero ello no me preocupa, pues, con toda evidencia, Piccirilli es, como nosotros, de origen europeo.

Por eso le dirigí frases en español, inglés, francés, italiano; por eso intenté palabras en alemán. En todos los casos, la imperturbable vocecilla de Piccirilli respondía:

—Dolokotoro povosoro kolovoko.

A veces, Piccirilli me indigna; otras, siento pena por él. Es evidente que lamenta no poder hacerse entender y entablar así alguna conversación con nosotros.

Nosotros somos mi mujer y yo. La intrusión de Piccirilli no produjo ningún cambio en nuestras vidas. Y lo cierto es que apreciamos, y hasta queremos, a Piccirilli, ese mínimo mosquetero que come atinadamente con nosotros y que guarda —quién sabe dónde— todo un ajuar proporcionado a su tamaño.

Aunque no logro que conteste mis preguntas, sé que sabe que le decimos *Piccirilli* y no ha demostrado oposición a ser llamado así. En ocasiones, mi mujer lo llama, cariñosamente, *Pichi*. Esto me parece un exceso de confianza. Es verdad que la pequeñez de Piccirilli se presta a motes y diminutivos amables. Pero, por otra parte, es ya un hombre mayor, acaso de cuatro siglos de edad, y sería más adecuado llamarlo *señor Piccirilli*, salvo que se hace muy difícil llamar *señor* a un hombre tan reducido.

En general, Piccirilli es atildado y muestra una conducta ejemplar. Sin embargo, a veces juega, con su espada, a atacar a las moscas o a las hormigas. Otras, se sienta en un camioncito de juguete y yo, tirando de una cuerda, le hago dar largos paseos por el departamento. Éstas son sus escasas expansiones.

¿Se aburrirá Piccirilli? ¿Estará solo en el mundo? ¿Tendrá congéneres? ¿De dónde habrá venido? ¿Cuándo nació? ¿Por qué viste como un mosquetero? ¿Por qué vive con nosotros? ¿Cuáles son sus propósitos?

Estérmiles preguntas repetidas centenares de veces, a las que Piccirilli, monótono, responde:

—Dolokotoro povosoro kolovoko.

Cuántas cosas querría saber yo de Piccirilli, cuántos misterios se llevará con él cuando muera.

Porque, por desgracia, Piccirilli se encuentra, desde hace algunas semanas, moribundo. Sufrimos mucho cuando cayó enfermo. En seguida supimos que enfermo de gravedad. ¿Cómo curarlo? ¿Quién se atrevería a someter al juicio de un médico el cuerpecito del ser llamado Piccirilli? ¿Qué explicaciones daríamos? ¿Cómo explicar lo inexplicable, cómo hablar sobre algo que ignoramos?

Sí, Piccirilli se nos va. Y nosotros, pasivamente, lo dejaremos morir. Ya me preocupa saber qué haremos con su casi intangible cadáver. Pero más, infinitamente más, me preocupa no haber desentrañado un secreto que tuve entre las manos y que, sin que pueda evitarlo, se me escapará para siempre.

[1978]

[De *En defensa propia*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.]

Una cruzada psicológica

Para conocer facetas ignoradas del hombre, un buen sistema consiste en colocar al examinando frente a situaciones inéditas y observar sus reacciones. Quiero decir: si yo llamo por teléfono y del otro lado de la línea me llega una voz que dice “Hola”, esta experiencia carece de todo valor científico e informativo, pues el sujeto no ha hecho más que reaccionar de una manera rutinaria ante una situación igualmente rutinaria. De modo que no me sirve para averiguar aspectos ocultos de su personalidad.

¿Cómo saber, por ejemplo, si tal comerciante —todo amabilidad y sonrisas en el momento de mis compras— no sería capaz de estrangularme por una cuestión de moneditas? Lo mejor será, entonces, provocar las reacciones imprevisibles del hombre: éstas nos pueden enseñar muchas cosas.

Yo propongo unos pocos ejemplos.

1. Pago el exiguo importe de medio kilo de pan con el billete de mayor valor que haya en circulación, y me niego de plano a recibir el vuelto. Observo con atención la codicia del panadero, dispuesto a sacar ventaja de mi presunta demencia. Me retiro. Cinco minutos después vuelvo a presentarme en el comercio, ahora acompañado por un agente de policía, y acuso al panadero de no haber querido entregarme el vuelto. Estudio su ira ante mi mala fe: su desilusión ante el hurto frustrado. Temeroso, perplejo, balbucea incomprensibles excusas ante la mirada suspicaz del policía, quien, desde luego, descrece que alguien se niegue a recibir tan cuantioso vuelto. Me entrega humildemente el dinero faltante y yo declaro con magnanimidad que prefiero dar por concluido el desagradable episodio. El agente, un poco defraudado, dice “Como usted guste”. Contemplo con fruición el inmenso alivio que gana el rostro del panadero...*

2. Invito a cenar en casa a un amigo mío. Cuando se presenta, le impido la entrada, con la acusación de haberme quitado —doce o catorce años atrás— una novia de la que yo, por supuesto, estaba perdidamente enamorado. Observo su asombro (sólo hace unos pocos meses que nos conocemos), sus dudas (¿acaso yo no sería aquel que...?), su escarnio, su cólera...

3. Subo al colectivo, digo “A tal parte”. Cuando el chofer —que sólo tiene ojos para el tránsito— abre la mano para recibir el dinero, deposito entre sus dedos una torre de ajedrez y un ramito de perejil. La pregunta es: ¿cómo interpretará el colectivero —persona de nervios habitualmente inestables— esta enigmática ofrenda?

4. Viajo a Mar del Plata, me hospedo en uno de los más lujosos hoteles. Apenas me dejan solo, saco la cama al pasillo y duermo allí una siesta reparadora, especialmente merecida después de tan cansador viaje.

5. Entro, gonzúa mediante, en una casa cualquiera, cuando sus dueños se hallan ausentes. Los espero: plácidamente sentado, fumando, bebiendo whisky, mirando televisión. Llegan los sujetos y entonces los increpo con dureza, los amenazo con el puño, les digo “Señores, ¿cómo han osado ustedes entrar en mi casa?”, desatiendo sus explicaciones, o las atiendo (es lo mismo), les exijo me muestren el título de propiedad de la casa, no les permito abrir el cajón donde ridículamente afirman que el título se encuentra, ya que tal cajón es parte inalienable de tal mueble, que, a su vez, es parte inalienable de mi casa y, en consecuencia, mal podría contener

el título de propiedad de una casa de personas desconocidas, sospechosas y acaso delincuentes y miembros conspicuos del hampa, etcétera, etcétera.

6. Conozco a una muchacha remilgada, más bien tonta y supongamos que bastante bonita. La invito a salir, le declaro mi amor, me convierto en su novio y llega la fecha de nuestro compromiso, cuya fiesta tiene lugar en su casa. Hay un brindis. Hay otro brindis. Sobreviene, por fin, el esperado momento en que el novio —muchacho modosito, si los hay— ofrecerá a su prometida el hermoso regalo sorpresa de que tanto se ha venido hablando. Con una sonrisa de amor y de felicidad le entrego un paquete de dimensiones considerables. La novia tantea su peso, que le parece grande. La curiosidad más viva se apodera de los presentes. Todos hacen ronda y las mujeres se apretujan en torno de la novia dichosa. Vuela el elegante papel de envolver, vuela el moño con que está adornado. Surge ahora una fina caja forrada en gamuza negra. “¡Una joya valiosa!”, piensa mi novia, y ese destello de codicia que advierto en sus ojos me justifica por anticipado. Sus dedos se precipitan a accionar el cierre automático. La tapa se alza con un brusco pero afelpado sonido, y, entre los ebúrneos brazos de mi novia, se desliza sinuosamente, en busca de su libertad, una bella, multicolor, alegre, venenosísima víbora de coral.

7. Espero que el gerente de la empresa donde trabajo se halle en su alfombrado e impresionante despacho conversando con un nuevo cliente, quien está a punto de concertar una compra por cifras siderales. Golpeo tímidamente con los nudillos en la puerta; oigo “Adelante”; entro con paso discreto y pudoroso; digo, con una sonrisita recatada, “Permiso, señor”; me dirijo al imponente armario, lo abro y orino torrencialmente sobre carpetas, libros, útiles, contratos, documentos y papeles que se juzgan importantes o no.

Claro que hay también algunas variantes más sencillas, que lego a quienes aún carezcan de la suficiente práctica y quieran iniciarse en esta cruzada psicológica. He aquí unas cuantas:

Decirles piropos apasionados y aun eróticos a miembros del Ejército de Salvación, sin distinción de edad ni de sexo. Ocupar la balanza de la farmacia y quedarse todo el día allí, sin consentir que nadie se pese. Comprar doscientos gramos de salame, cortado bien pero bien finito; abrir el paquete y, con las rodajas hermosamente rojas, dibujar un corazón y escribir TE AMO en el mostrador de la fiambrería. Viajar, en el colectivo, sentado del lado del pasillo; esperar que el vecino, o la vecina, que necesita descender, diga “¿Me permite?”; contestarle, rotundamente, “No”, y, en efecto, no permitirle pasar.

La cruzada psicológica causa ciertos desvelos (como toda cruzada), exige duros sacrificios (como toda cruzada), implica verse envuelto en serias dificultades (como toda cruzada). Pero, ¿qué significan estos inconvenientes, comparados con la deleitosa observación de las reacciones que la cruzada psicológica suscita?

Esto, al menos, es lo que yo imagino, pues —lo confieso— no soy más que un mero teorizador y es probable que nunca ponga en práctica mis ideas. Pero ustedes pueden —y deben— hacerlo.

* Adviértase que nos manejamos en el campo de las meras hipótesis. Este panadero reaccionaría así, el de la otra cuadra acaso no se amedrentaría por la presencia del agente y afirmaríase con todo descaro haberme entregado el vuelto, etcétera, etcétera... Como se ve, repitiendo esta experiencia —con distintos panaderos y, sobre todo, con distintos policías—, podemos llegar a profundizar mucho en el alma de los panaderos. Y un poco en el alma de los vigilantes.

[1978]

[De *En defensa propia*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.]

La Corrección de los Corderos

Según noticias de fuentes muy dispares —y siempre fidedignas—, la Corrección de los Corderos suele últimamente aparecer, cada vez con mayor frecuencia, en distintos puntos de Buenos Aires y de las localidades vecinas.

Todas las informaciones coinciden en describir la manera en que se produce el advenimiento de la Corrección: de pronto aparecen, como surgidos de la nada, cincuenta corderos blancos; en seguida acometen contra una víctima —evidentemente prefijada— y en contados segundos la devoran y carcomen hasta dejarla en sólo su esqueleto; así, tan súbitos como llegaron, en un instante se dispersan y huyen en todas direcciones. Guay de quien ose estorbarles la fuga: al principio se registraron muchos casos fatales; después, los potenciales imprudentes escarmentaron en cabeza ajena, y ya nadie se opuso a la Corrección.

En fin, no tiene sentido extenderme en estos pormenores; todo el mundo está suficientemente informado por medio del periodismo oral y escrito, y el material fotográfico y fílmico es abundante.

La mayor parte de la gente se halla profundamente preocupada por la Corrección, por sus estragos imprevisibles, por su secuela de muerte y de miedo. Pero la mayor parte de la gente es simple, de escasas luces y carente de poder de reflexión, y su inquietud se limita, meramente, a desear que la Corrección no exista. Desde luego, este deseo no anula la Corrección y, mucho menos, logra averiguar sus causas y su sentido.

El error básico reside en que, absortos por la Corrección, se han olvidado de las víctimas. Durante —digamos— las primeras cien ejecuciones, lo que a mí me quitaba el sueño era la inconcebible existencia de corderos que fueran no sólo carnívoros sino, por añadidura, predadores, y de carne humana. Después advertí que, por perderme en esos detalles, descuidaba lo esencial: la personalidad de las víctimas.

Me di, pues, a hacer averiguaciones sobre la vida de los occisos. Como si fuera un sociólogo, empecé por lo más burdo: por los datos económico-culturales. La estadística resultó inservible: en todos los estratos había víctimas.

Entonces cambié de sistema. Busqué conversación con parientes y allegados, y les tiré un poco de la lengua. Los testimonios fueron variados y, a veces, hasta contradictorios. Pero, ya con harta frecuencia, comencé a oír cierto tipo de frase: “Que en paz descanse el pobre, pero la verdad es que...”.

Una intuición *casí* inequívoca me iluminó. Y, en seguida, me sentí *casí* por completo seguro de mi embrionaria hipótesis el día en que la Corrección descarnó a mi próspero vecino, el doctor P. R. V., el mismo en cuyo bufete...

El caso de P. R. V. me condujo, de manera absolutamente natural, a la comprensión definitiva del enigma.

Bien. Yo odiaba minuciosamente a Nefario. Pero no querría que este odio contaminara de baja pasión la fría objetividad que deseo para este informe. No obstante, me veo obligado, en aras de la intelección del fenómeno, a permitirme una digresión de carácter personal. Aunque quizás a nadie interese, tal excursión es imprescindible —siempre que se me crea— para admitir o rechazar mi hipótesis sobre las causas y los fines que mueven a la Corrección de los Corderos.

La digresión es ésta. Lo cierto es que el apogeo de la Corrección coincidió con una lúgubre comarca de mi vida. Hostigado por la pobreza, por la desorientación, por la pena, me sentía en lo profundo de un pozo oscuro cuya salida ni siquiera lograba imaginar. Así estaba yo.

A Nefario, en cambio, la vida —como suele decirse— le sonreía. Claro: el único objetivo de su proterva existencia era el dinero. Sólo le importaba eso: ganar dinero, por el dinero mismo, y en ese fin sagrado concentraba todas sus despiadadas energías, sin reparar en medios ni escrúpulos. Innecesario es decir que obtuvo éxito rotundo: Nefario era lo que se llama un triunfador.

Yo —ya lo dije— estaba muy necesitado. Y qué fácil resulta abusarse de quien padece. Nefario —ese buitre codicioso que jamás había leído un libro— era editor. Yo, a falta de otra cosa, realizaba para él traducciones o correcciones: Nefario no sólo me pagaba sumas irrisorias, sino que, además, se solazaba en humillarme con ruegos y demoras.

(La vejación y el fracaso ya eran parte de mi persona, y yo me había resignado a ellos.)

Cuando le entregué mi último trabajo —esa maldita y engorrosa traducción—, Nefario, como tantas otras veces, me dijo:

—Por desgracia, hoy no puedo pagarle. No tengo un centavo.

Esto me lo decía en su lujoso despacho, bien vestido, perfumado, sonriente. Y, desde luego, triunfador. Yo consideré mis zapatos agrietados, mi ropa vieja, las urgencias de mi familia, mi agobio de tristezas. Haciendo un esfuerzo, dije:

—¿Y para cuándo cree que...?

—Vamos a hacer una cosa —su aire era optimista y protector, como si tratara de ayudarme—. Este sábado no, porque me voy a hacer una escapadita a las playas de Río de Janeiro. Pero el otro, a eso de las once de la mañana, véngase a mi domicilio particular, que arreglamos la cuentita.

Me estrechó cordialmente la mano y me dio una palmada de aliento y amistad en la espalda.

Quince días pasaron. Junto con el sábado anhelado, llegué yo a la hermosa casa de la calle Once de Septiembre. El verde de los árboles, la fragancia vegetal, el esplendor del cielo y la belleza de ese barrio me hacían sentir más desolado aún.

A las once y cinco oprimí el timbre.

—El señor está descansando —me informó una mucama de guardapolvo azul con lunares blancos.

Vacilé un instante, dije:

—¿Y la señora?

—¿Quién es, Rosa? —se oyó.

—Yo, señora —levanté la voz, aferrándome a aquella posibilidad—. ¿Está el señor Nefario?

Rosa se retiró y fue reemplazada por el rostro, cubierto de cosméticos, de la señora de Nefario. Con grueso tono tabacal, me increpó:

—¿No le han dicho que el señor está descansando?

—Sí, señora, pero como me citó para hoy a las once...

—Bueno, pero está descansando —replicó, de modo inapelable.

—¿No le habrá dejado algo para mí? —pregunté estúpidamente: ¡como si no lo conociera a Nefario!

—No.

—Pero resulta que él me había citado para...

—Le estoy diciendo que no me dejó nada, señor. Haga el favor de no molestar, señor.

Entonces oí una algarabía de balidos y vi que llegaba la Corrección de los Corderos. Me hice a un lado y, para mayor seguridad, me trepé a la verja, si bien mi conciencia me decía que la Corrección no venía en mi busca. Los corderos, como una tromba, irrumpieron en el jardín y, antes de que los últimos entraran en él, ya estaban los primeros en el interior de la casa. En pocos segundos, a la manera de un sumidero, la puerta de Nefario absorbió todos los animales: el jardín quedó hollado; las plantas, destruidas.

Por una ventanita primorosa se asomó la señora Nefario:

—¡Venga, señor, venga! —gimió, con el rostro congestionado y lloroso—. ¡Ayúdenos, señor, por favor!

Movido de alguna curiosidad, entré en la casa. Vi muebles volcados, vi espejos rotos. No vi los corderos.

—¡Están arriba! —me informó la señora Nefario, procurando arrastrarme de un brazo en dirección al peligro—. ¡En nuestro dormitorio! ¡Haga algo, no sea cobarde, pórtese como un hombre!

Supé resistirme con firmeza. Nada más lejos de mis principios y convicciones que pretender oponerme a la Corrección de los Corderos. De lo alto venía un confuso rumor de pezuñas. Las redondas grupas lanudas se agitaban alegremente, acompañando quién sabe qué movimiento de presión contra qué cosa. En una visión fugaz, distinguí a Nefario; fue un segundo: desgredado y horrorizado, gritó algo e intentó con una silla atacar a los corderos. Pero en seguida se hundió entre las blancas y rizosas lanas, como quien es violentamente succionado por arenas movedizas. Hubo aún un breve tumulto concéntrico y el ruido creciente de mandíbulas que desgarraban y trituraban y, de vez en cuando, el pequeño estrépito de un hueso quebrado. Las primeras maniobras de dispersión me indicaron que los corderos habían concluido su tarea, y un instante después los animalitos iniciaron el raudo descenso por la escalera. Alcancé a ver algunas manchas de sangre en la impoluta albura de sus lanas.

Curiosamente, esa sangre —para mí, un símbolo de afirmación ética— terminó de hacerle perder la cabeza a la señora Nefario. Sin dejar de dirigirme llorosos insultos y de decirme cobarde, se lanzó al living con una gran cuchilla en la mano. Como yo bien sabía qué les ocurre a quienes pretenden entorpecer la Corrección de los Corderos, permanecí en un respetuoso segundo plano, observando el rápido y notable espectáculo de la descarnación e ingestión de la señora Nefario. Después, los cincuenta corderos ganaron la calle Once de Septiembre y, como tantas veces, huyeron hacia todos los rumbos.

Rosa, no sé por qué, parecía un poco impresionada. Le dije unas palabras reconfortantes y, libre ya de odio, me despedí de la muchacha con una sonrisa.

Es verdad: no había logrado, ni lograría, que Nefario me pagara aquella engorrosa y maldita traducción. Sin embargo, el verde de los árboles, la fragancia vegetal, el esplendor del cielo y la belleza de ese barrio me hacían repicar de júbilo el corazón. Cantaba.

Sabía que el oscuro pozo en que me hallaba sumido empezaba a iluminarse con la primera luz de esperanza.

Corrección de los Corderos: muchas gracias.

[1979]

[De *En defensa propia*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.]

Temores injustificados

Yo no soy demasiado sociable, y muchas veces me olvido de mis amistades. Tras casi dos años, en esos días de enero de 1979 —tan calurosos—, fui a visitar a un amigo que sufre de temores un poco injustificados. Su nombre no viene al caso: pongamos que se llama —es un decir— Enrique Viani.

Cierto sábado de marzo de 1977 su vida sufrió un cambio bastante notable.

Resulta que, estando esa mañana en el living de su casa, cerca de la puerta del balcón, Enrique Viani vio, de pronto, una “enorme” —según él— araña sobre su zapato derecho. No había terminado de pensar que ésa era la araña más grande que había visto en su vida, cuando, abandonando bruscamente el zapato, el animal se le introdujo, por la bocamanga, entre la pierna y el pantalón.

Enrique Viani quedó —dijo— “petrificado”. Jamás le había ocurrido nada tan desagradable. En ese instante recordó dos conceptos leídos quién sabe cuándo, a saber: 1º) que, sin excepción, todas las arañas, aun las más pequeñas, poseen veneno, y la posibilidad de inocularlo, y 2º) que las arañas sólo pican cuando se consideran agredidas o molestadas. Con toda evidencia, esa araña descomunal tendría, por fuerza, abundante veneno, y con alto grado de nocividad. Aunque tal concepto es erróneo, ya que las más letales suelen ser las arañas más pequeñas —por ejemplo, la tristemente célebre viuda negra—, Enrique Viani pensó que lo más sensato era quedarse inmóvil, pues, al menor estremecimiento suyo, la araña le inyectaría una dosis de ponzoña definitiva.

De manera que permaneció rígido cinco o seis horas, con la razonable esperanza de que la araña terminaría por abandonar el sitio que había ocupado sobre su tibia derecha: por lógica, no podría quedarse demasiado tiempo en un lugar donde jamás encontraría qué comer.

Al formular esta predicción optimista, sintió que, en efecto, la visitante se ponía en marcha. Era una araña tan voluminosa y pesada, que Enrique Viani pudo percibir —y contar— el paso de las ocho patas —velludas y un poco viscosas— sobre la erizada piel de la pierna. Pero, por desgracia, la huésped no se iba: por el contrario, instaló su nido, tibio y palpitante de cefalotórax y abdomen, en la concavidad que todos tenemos detrás de la rodilla.

Hasta aquí la primera —y, por cierto, fundamental— parte de esta historia. Después le siguieron variantes poco significativas: el hecho básico era que Enrique Viani, en el temor de ser picado, estaba empecinado en quedarse estático todo el tiempo que fuere menester, pese a las exhortaciones en sentido contrario que le impartieron su mujer y sus dos hijas. Llegaron, de este modo, a un punto muerto en que ningún progreso fue posible.

Entonces Gabriela —la señora— me hizo el honor de llamarme para ver si yo podía resolver el problema. Esto ocurrió hacia las dos de la tarde: sacrificar mi única siesta semanal me causó un poco de disgusto y lancé diatribas silenciosas contra la gente que no es capaz de arreglárselas sola. En casa de Enrique Viani encontré una escena patética: él estaba inmóvil, si bien en una postura no demasiado forzada, parecida a la del descanso en la instrucción militar; Gabriela y las muchachas lloraban.

Logré mantener la calma y procuré infundirla en las tres mujeres. Luego le dije a Enrique Viani que, si él aprobaba mi plan, en un periquete yo podría derrotar con toda facilidad a la

araña invasora. Abriendo muy poquito la boca, para no transmitir el mínimo movimiento muscular a la pierna, Enrique Viani musitó:

—¿Qué plan?

Le expliqué. Con una hojita de afeitar, yo cortaré verticalmente, de abajo arriba, la pernera derecha del pantalón hasta descubrir, sin siquiera rozarla, a la araña. Una vez realizada esta operación, sencillo me sería, mediante un golpe de un periódico arrollado, precipitarla al suelo y, entonces, darle muerte o capturarla.

—No, no —masculló Enrique Viani, en contenida desesperación—. La tela del pantalón va a temblar, y la araña me picará. No, no: ese plan no sirve para nada.

A la gente cabeza dura no la soporto. Con toda modestia, afirmo que mi plan era perfecto, y aquel desdichado, que me había hecho perder la siesta, se daba el lujo de rechazarlo: sin argumentos serios y, por añadidura, con algún desdén.

—Entonces no sé qué diablos vamos a hacer —dijo Gabriela—. Justamente esta noche le festejamos los quince años a Patricia...

—Felicitaciones —dije, y besé a la afortunada.

—... y no puede ser que los invitados vean a Enrique así como si fuera una estatua.

—Además, qué va a decir Alejandro.

—¿Quién es Alejandro?

—Mi novio —me contestó, previsiblemente, Patricia.

—¡Tengo una idea! —exclamó Claudia, la más pequeña—. Llamemos a don Nicola y...

Me apresuro a dejar sentado que el plan de Claudia no me deslumbró y que, por lo tanto, no me cabe ninguna responsabilidad en su ejecución. Más aún: me opuse a él con energía. Sin embargo, fue aprobado calurosamente y Enrique Viani mostró más entusiasmo que nadie.

De manera que se presentó don Nicola y, de inmediato, pues era hombre de escasas palabras y de muchos hechos, puso manos a la obra. Rápidamente preparó argamasa y, ladrillo sobre ladrillo, erigió en torno de Enrique Viani un cilindro alto y delgado. La estrechez del habitáculo, lejos de ser una desventaja, permitiría a Enrique Viani dormir de pie, sin temor a caídas que le hicieran perder la posición vertical. Luego don Nicola revocó prolijamente la construcción, le aplicó enduido y la pintó de color verde musgo, para que armonizara con el alfombrado y los sillones.

Sin embargo, Gabriela —disconforme con el efecto general que ese microobelisco producía en el living— probó sobre el techo un jarrón con flores y, en seguida, una lámpara con arabescos. Dubitativa, dijo:

—Que por ahora quede esta porquería. El lunes compro algo como la gente.

Para que Enrique Viani no se sintiera tan solo, pensé en colarme en la fiesta de Patricia, pero la perspectiva de afrontar la música a que son aficionados nuestros jóvenes me amedrentó. De cualquier modo, don Nicola había tenido la precaución de confeccionar una diminuta ventana rectangular frente a los ojos de Enrique Viani, quien así podría divertirse contemplando ciertas irregularidades advertibles en la pintura de la pared. Viendo, pues, que todo era normal, me despedí de los Viani y de don Nicola, y regresé a casa.

En Buenos Aires y en estos años, todos estamos abrumados de tareas y compromisos: lo cierto fue que me olvidé casi por completo de Enrique Viani. Por fin, hará quince días, logré hacerme de un ratito libre y fui a visitarlo.

Me encontré con que sigue habitando en su pequeño obelisco y con la novedad de que, en torno de éste, ha estrechado ramas y hojas una espléndida enredadera de campanillas azules. Aparté un poco el exuberante follaje y logré ver a través de la ventanita un rostro casi transparente de tan pálido. Anticipándose a la pregunta que yo tenía en la punta de la lengua, Gabriela me informó que, por una suerte de sabia adecuación a las nuevas circunstancias, la naturaleza había eximido a Enrique Viani de necesidades físicas de toda índole.

No quise retirarme sin intentar una última exhortación a la cordura. Le pedí a Enrique Viani que fuera razonable; que, tras veintidós meses de encierro, sin duda la famosa araña habría muerto; que, en consecuencia, podríamos destruir la obra de don Nicola y...

Enrique Viani ha perdido el habla o, en todo caso, su voz ya no se percibe: se limitó a negar desesperadamente con los ojos.

Cansado y, quizás, un poco triste, me retiré.

* * *

En general, no pienso en Enrique Viani. Pero, en los últimos tiempos, recordé dos o tres veces su situación, y me encendí en una llama de rebeldía: ah, si esos temores injustificados no fueran tan poderosos, ya verían cómo, a golpes de pico, tiro abajo esa ridícula construcción de don Nicola; ya verían cómo, ante la elocuencia de los hechos, Enrique Viani terminaría por convencerse de que sus temores son infundados.

Pero, después de estos estallidos, prevalece el respeto por el prójimo, y me doy cuenta de que no tengo ningún derecho a entrometerme en vidas ajenas y a despojar a Enrique Viani de una ventaja que él mucho valora.

[1979]

[De *En defensa propia*, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1982.]

El regreso

En 1965 yo tenía veintidós años y cursaba el profesorado en letras. Corría la naciente primavera de septiembre; cierta mañana, muy temprano —acababa de amanecer—, me hallaba estudiando en mi cuarto. Vivíamos en un quinto piso, en el único edificio de departamentos que había en esa cuadra de la calle Costa Rica.

Sentía algo de pereza: cada tanto, dejaba vagar mi vista a través de la ventana. Desde allí veía la calle y, en la vereda de enfrente, el trabajado jardín del viejo don Cesáreo, cuya casa ocupaba el lote esquinero, el de la ochava, que, por lo tanto, constituía un pentágono irregular.

Junto a la de don Cesáreo estaba la antigua y enorme casa de los Bernasconi, bella gente que hacía cosas lindas y buenas. Tenían tres hijas, y yo estaba enamorado de la mayor, Adriana. Por eso, echaba cada tanto alguna mirada hacia la acera de enfrente, más por hábito del corazón que porque esperase verla, a tan temprana hora.

Como de costumbre, el viejo don Cesáreo se hallaba cuidando y regando su adorado jardín, al que separaban de la vereda una verja baja y tres escalones de piedra.

La calle estaba desierta, de manera que forzosamente me llamó la atención un hombre que surgió en la cuadra anterior y que avanzaba en dirección a la nuestra por la misma acera donde tenían sus casas don Cesáreo y los Bernasconi. ¿Cómo no iba a llamarme la atención ese hombre, si era un mendigo o vagabundo, un abanico de andrajos oscuros?

Barbado y flaco, un deforme sombrero de paja amarillenta le cubría la cabeza. Pese al calor, se envolvía con un roto sobretodo grisáceo. Llevaba además una bolsa enorme y sucia, donde guardaría las limosnas o los restos de comidas que obtuviese.

Continué observando.

El vagabundo se detuvo frente a la casa de don Cesáreo y, a través de las rejas, le pidió algo. El viejo era hombre de mal carácter: sin contestar nada, hizo con la mano un ademán como de echarlo. Pero el mendigo pareció insistir, en voz muy baja, y entonces sí oí claramente que el viejo gritó:

—¡Váyase de una vez, che, y no me moleste!

Sin embargo, volvió a porfiar el vagabundo y ahora hasta subió los tres peldaños de piedra y forcejeó un poco con la puerta de hierro. Entonces don Cesáreo, perdiendo del todo su poca paciencia, lo apartó de un empujón. El mendigo resbaló en la piedra mojada, intentó sin éxito asirse de una reja y cayó violentamente al piso. En el mismo relámpago instantáneo, vi sus piernas extendidas hacia arriba y oí el nítido ruido del cráneo al golpear en el primer escalón.

El viejo don Cesáreo salió a la calle, se inclinó sobre él y le palpó el pecho. En seguida lo tomó de los pies y lo arrastró hasta el cordón de la vereda. Luego entró en su casa y cerró la puerta, en la seguridad de que no había testigos de su involuntario crimen.

El único testigo era yo.

Al rato largo pasó un hombre y se detuvo junto al mendigo muerto. Después se juntaron otras personas, y llegó la policía. Metieron al pordiosero en una ambulancia y se lo llevaron.

Eso fue todo, y nunca más se habló del asunto.

Yo, por mi parte, me guardé muy bien de abrir la boca. Probablemente procedí mal, pero ¿por qué iba yo a acusar a aquel viejo que nunca me había hecho ningún daño? Por otro lado, ya

que no había sido su intención dar muerte al pordiosero, no me pareció justo que un proceso judicial le amargara los últimos años de su vida. Pensé que lo mejor sería dejarlo a solas con su conciencia.

Poco a poco fui olvidando el episodio; sin embargo, cada vez que veía a don Cesáreo, experimentaba una extraña sensación. Pensaba: “El viejo ignora que yo soy, en todo el mundo, el único conocedor de su secreto”. Desde entonces, no sé por qué, eludía su presencia y jamás me atreví a volver a hablarle.

...

En 1969 yo tenía veintiséis años y el título de profesor de castellano y literatura. Adriana Bernasconi no se había casado conmigo sino con cierto individuo que quién sabe si la quería y la merecía tanto como yo.

Por esos días, Adriana, cada vez más hermosa, se hallaba embarazada y muy próxima al parto. Seguía viviendo en la misma enorme casa antigua de siempre, ya que su marido —quise creer— fue incapaz de comprar vivienda propia. Esa agobiante mañana de diciembre, antes de las ocho, yo me encontraba dando clases particulares de gramática a unos muchachitos del secundario que debían rendir examen; como solía hacerlo, echaba cada tanto alguna melancólica mirada hacia enfrente.

De pronto, mi corazón dio —literalmente— un vuelco, y creí ser víctima de una alucinación.

Por el mismo exacto camino de antes, se acercaba el mendigo a quien don Cesáreo había matado cuatro años atrás: las mismas ropas harapientas, el sobretodo grisáceo, el deforme sombrero de paja, la bolsa infame.

Olvidando a mis alumnos, me precipité a la ventana. El pordiosero iba disminuyendo su paso, como si ya se encontrase cerca de su destino.

“Ha resucitado”, pensé, “y viene a vengarse de don Cesáreo”.

Sin embargo, el mendigo pisó la vereda del viejo, pasó frente a la verja y continuó su camino. Luego se detuvo ante la puerta de Adriana Bernasconi, oprimió el picaporte y entró.

—En seguida vuelvo —les dije a los alumnos.

Enloquecido de ansiedad, no quise esperar el ascensor, bajé por la escalera, salí a la calle, crucé corriendo y, como una tromba, entré en la casa de Adriana (en aquella época y en aquel barrio no se estilaba echar llave durante el día).

—¡Hola! —me dijo su madre, que estaba tras la puerta del zaguán, como a punto de salir—. Qué milagro, vos por acá.

Nunca me había mirado con malos ojos. Me abrazó y me besó, y yo no entendía bien qué pasaba. Luego comprendí que Adriana acababa de ser madre, y que todos estaban muy contentos y emocionados. No pude menos que estrechar la mano de mi victorioso rival, que sonreía con su cara de estúpido.

No sabía cómo preguntarlo y consideraba si sería mejor callar o no. Después llegué a una solución intermedia. Con fingida indiferencia, dije:

—En realidad, me permití entrar sin tocar el timbre porque me pareció ver meterse a un pordiosero, con una bolsa sucia, grande, y tuve miedo de que entrara a robar.

Me miraron con sorpresa: ¿pordiosero?, ¿bolsa?, ¿robar? Bueno, ellos habían permanecido todo el tiempo en la sala y no sabían a qué me refería.

—Seguramente me habré equivocado —dije.

Luego me invitaron a pasar a la habitación donde estaban Adriana y su bebé. En casos así, nunca sé qué decir. La felicité, la besé, miré al bebito y pregunté qué nombre iban a ponerle. Me dijeron que Gustavo, como el padre; a mí me hubiera gustado más el nombre Fernando, pero no dije nada.

Ya en casa, pensé: “Ése era el pordiosero a quien mató el viejo don Cesáreo, no tengo duda. Pero no ha regresado a tomar venganza, sino a reencarnarse en el hijo de Adriana”.

Pero, dos o tres días después, me pareció que la hipótesis era ridícula, y fui olvidándola.

• • •

Y la habría olvidado del todo, si no fuera que, en 1979, cierto episodio la trajo de nuevo a mi memoria.

Con más años encima y sintiéndome cada día capaz de menos cosas, tenía que redactar, para cierto suplemento literario, la reseña de una novela muy aburridora. Por eso, aquella mañana mi atención se posaba sólo por momentos en el libro que estaba leyendo junto a la ventana; luego, distraído y perezoso, dejaba vagar la mirada por aquí y por allá.

Gustavo, el hijo de Adriana, jugaba en la azotea de su casa. Por cierto, era aquél un juego bastante elemental para su edad; pensé que el chico había heredado la escasa inteligencia de su padre y que, si hubiera sido hijo mío, sin duda habría hallado una manera menos burda de divertirse.

Sobre la pared medianera había colocado una hilera de latas vacías e intentaba ahora derribarlas mediante piedras que arrojaba desde tres o cuatro metros. Como no podía ser de otro modo, casi todos los cascotes caían en el jardín de don Cesáreo. Pensé que el viejo, a la sazón ausente, iba a sufrir una rabieta cuando encontrase destrozadas muchas de sus flores.

Y, justamente en ese momento, don Cesáreo salió de la casa al jardín. Era, en verdad, muy viejo y caminaba con extrema vacilación, apoyando con cautela uno y otro pie. Se dirigió con temerosa lentitud hasta la puerta del jardín y se dispuso a bajar los tres peldaños que daban a la vereda.

Al mismo tiempo, Gustavo —que no veía al viejo— le acertó por fin a una de las latas, que, al rebotar en dos o tres saledizos de las paredes, cayó con gran estrépito en el sendero de baldosas que atravesaba el jardín de don Cesáreo. Éste, que estaba en mitad de la breve escalera, se sobresaltó al oír el ruido, hizo un movimiento brusco, resbaló con violencia y, las piernas hacia arriba, dio sonoramente con el cráneo contra el primer escalón.

Todo esto lo veía yo, y ni el niño había visto al viejo, ni el viejo al niño. Por alguna razón, Gustavo abandonó entonces la azotea. En pocos segundos, ya mucha gente había rodeado el cadáver de don Cesáreo, y era obvio que una caída accidental había sido la causa de su muerte.

Al otro día, con la decisión de concluir la lectura de la novela que debía reseñar, me levanté muy temprano y de inmediato me instalé con el libro junto a la ventana. En la casa pentagonal se cumplía el velorio de don Cesáreo: en la vereda había algunas personas que fumaban y conversaban.

Esas personas se apartaron con asco y aprensión cuando, poco después, de la casa de Adriana Bernasconi salió el pordiosero, con sus andrajos, su sobretodo, su sombrero de paja y su bolsa de siempre. Atravesó el grupo de hombres y mujeres, y fue perdiéndose lentamente a lo lejos, hacia el mismo rumbo desde el cual había venido dos veces.

Al mediodía supe, con pena pero sin sorpresa, que Gustavo no había amanecido en su cama. Sus padres iniciaron una desolada búsqueda, que, con obstinada esperanza, continúa hasta hoy. Yo nunca tuve fuerzas para decirles que desistieran de ella.

[1983]

[De *El remedio para el rey ciego*, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1984.]

Un estilo de vida

En mi juventud, antes de ser agricultor y ganadero, yo era empleado de la Municipalidad. Las cosas ocurrieron así:

En aquel tiempo yo tenía veinticuatro años y ningún pariente cercano. Vivía en este mismo pequeño departamento de la avenida Santa Fe, entre Canning y Aráoz.

Ya se sabe que, inclusive en un ámbito tan reducido, pueden suceder accidentes. En mi caso, un accidente mínimo: cuando quise abrir la puerta para dirigirme a mi empleo, la llave se quebró dentro de la cerradura.

Después de recurrir en vano a destornilladores y pinzas, resolví llamar por teléfono a una cerrajería. Mientras esperaba al cerrajero, avisé a la Municipalidad que iba a llegar un poco más tarde.

Por suerte, el cerrajero vino bastante pronto. De este hombre sólo recuerdo que era joven, pero con el cabello totalmente blanco. A través de la mirilla, le dije:

—Se me quebró la llave dentro de la cerradura.

Esbozó un breve gesto de contrariedad:

—¿Del lado de adentro? En ese caso, ya el asunto es más difícil. Voy a tener que lidiar por lo menos tres horas, y voy a tener que cobrarle unos...

Dijo una suma terriblemente elevada.

—No tengo ahora tanta plata en casa —repuse—. Pero, en cuanto logre salir, voy al banco de la esquina, saco el dinero y le pago.

Me miró con ojos de reproche, como si yo le hubiera propuesto una inmoralidad:

—Lo lamento mucho, señor —articuló, con aleccionadora cortesía—. Pero no sólo soy miembro fundador de la Unión Argentina de Cerrajeros, sino también uno de los principales redactores de la Carta Magna de nuestra institución. En ella ningún punto ha quedado a merced del azar. Si usted tuviera el placer de leer este apasionante documento, aprendería, en el capítulo dedicado a los "Apotegmas básicos", que al perfecto cerrajero le está prohibido cobrar con posterioridad a la conclusión del trabajo.

Incrédulo, sonreí:

—Desde luego, se trata de una broma.

—Señor mío, el tema de la Carta Magna de la Unión Argentina de Cerrajeros es demasiado grave para bromear con él. Años de arduo estudio nos llevó la redacción de nuestra Carta Magna, donde ningún detalle se ha descuidado y donde un principio moral esencial gobierna sus diversos capítulos. Claro que no todos pueden entenderlos, pues empleamos a menudo un lenguaje simbólico o esotérico. Sin embargo, creo que usted comprenderá el versículo 7 de nuestra Introducción: "Abrirá el oro las puertas, y las puertas lo adorarán".

Me dispuse a no admitir esas ridiculeces:

—Por favor —le dije—. Sea razonable. Ábrame, y en seguida le pagaré.

—Lo siento, señor. En toda profesión hay una ética, y en la de los cerrajeros ésta es inflexible. Buenos días, señor.

Y así se fue.

Quedé desorientado unos instantes. Volví a llamar a la Municipalidad y avisé que probablemente no podría concurrir ese día. Luego pensé en el cerrajero canoso. Me dije: "Este

hombre es un loco. Voy a llamar a otra cerrajería y, por las dudas, no voy a decir que estoy sin dinero hasta después de que me abran la puerta”.

Busqué en la guía de teléfonos y llamé.

—¿Qué domicilio? —me preguntó una voz circunspecta y femenina.

—Santa Fe 3653, 10° A.

Vaciló un momento, me hizo repetir la dirección, dijo:

—Imposible, señor. La Carta Magna de la Unión Argentina de Cerrajeros prohíbe realizar trabajo alguno en ese domicilio.

Me encendí en una llamarada de cólera:

—¡Pero escuche! ¡No sea insensa...!

Sin dejarme terminar la palabra, cortó la comunicación.

Entonces volví a la guía telefónica y efectué unos veinte llamados a otras tantas cerrajerías. En todas se negaron de plano a realizar el trabajo apenas oían cuál era el domicilio.

—Muy bien —me dije—. Buscaré la solución por otro lado.

Llamé por teléfono al portero del edificio, y le describí el problema.

—Ocurren dos cosas —contestó—. En primer lugar, yo no sé abrir cerraduras, y, en segundo lugar, aunque supiera, tampoco lo haría, ya que mi función es hacer la limpieza y no soltar gatos encerrados. Por otra parte, usted nunca ha sido generoso en propinas.

Empecé a ponerme muy nervioso y realicé una serie de acciones inútiles, incoherentes: tomé un café, fumé un cigarrillo, me senté, me puse de pie, di algunos pasos, me lavé las manos, bebí un vaso de agua...

Entonces recordé a Mónica Di Chiave: marqué, esperé, oí su voz.

—Mónica —le dije, fingiendo melosidad y despreocupación—. ¿Qué tal? ¿Cómo te va, preciosa?

La respuesta me dejó trémulo:

—¿Ahora te acordás de llamar? Se ve que estás muy enamorado... Hace como quince días que no se te ve el pelo.

Discutir con mujeres irritadas resulta algo superior a mis fuerzas: sobre todo en la situación de menoscabo psíquico en que me hallaba en ese momento. No obstante, quise explicarle rápidamente lo que me sucedía. No sé si no me entendió o no quiso oírme. Lo último que dijo antes de cortar fue:

—Yo no soy juguete de nadie.

Tuve que realizar una segunda serie de acciones inútiles, incoherentes.

Luego llamé a la Municipalidad, con la esperanza de que algún compañero pudiera llegar a abrirme la puerta. Mala suerte: me tocó hablar con Enzo Paredes, a quien yo detestaba por estúpido y por bromista.

—¿Así que no podés salir de tu casa? —exclamó, aborreciblemente—. ¡Ya no sabés qué inventar para no venir al trabajo!

Me arrebató algo parecido a un impulso homicida. Corté, volví a llamar y pedí con Miguel Ángel Laporta, que era un poco menos idiota. En efecto, pareció interesado en hallar una solución:

—Decime: lo que se rompió ¿fue la llave o la cerradura?

—La llave.

—¿Y quedó adentro de la cerradura?

—Una mitad quedó adentro —repuse, ya algo exasperado por el interrogatorio—, y la otra, afuera.

—¿No probaste, con un destornillador, sacar el pedacito que está adentro?

—Sí, claro que probé, pero es imposible.

—Ah, entonces vas a tener que llamar a un cerrajero.

—Ya llamé —contesté, reprimiendo el furor que me ahogaba—, pero quieren cobrarme por adelantado.

—Y bueno: pagale y listo.

—Pero es que estoy sin plata.

Entonces se fastidió:

—¡Bueno, flaco, vos tenés todos los problemas!

No encontré una rápida respuesta. Tendría que haberle pedido dinero en préstamo, pero su frase terminó de ofuscarme, y no atiné a nada.

Así, infructuosamente, se me fue ese día.

Al siguiente me levanté temprano, para empezar con nuevos llamados. Pero —cosa harto frecuente— hallé descompuesto el teléfono. Un problema insoluble: ¿cómo solicitar la reparación sin tener un teléfono para efectuar el llamado?

Salí al balcón y me puse a gritarle a la gente que pasaba por la avenida Santa Fe. El ruido de la calle era ensordecedor: ¿quién podría oír a alguien que gritaba desde un décimo piso? A lo sumo, una que otra persona alzaba vagamente la cabeza, y continuaba su camino.

Entonces tuve una idea: coloqué en la máquina de escribir cinco hojas de papel y cuatro carbónicos, y redacté el siguiente mensaje:

Señora o señor: Se me ha roto la llave en la cerradura. Hace dos días que estoy encerrado. Por favor, haga algo para liberarme. Santa Fe 3653, 10° A.

Arrojé los cinco papeles por el balcón. Desde tanta altura, las posibilidades de una caída vertical eran mínimas. Llevados por el capricho del viento, revolotearon azarosamente. Tres cayeron en la calzada y de inmediato fueron pisados y ennegrecidos por los incesantes vehículos. Otro quedó sobre el toldo de un comercio.

Pero el quinto cayó en la vereda. Al instante, un diminuto señor lo recogió y lo leyó. En seguida miró hacia arriba, haciendo una visera con la mano izquierda. Yo le esboqué un gesto amistoso. El señor rompió en muchos pedacitos el papel y, con ademán colérico, los arrojó a la cuneta.

En fin. Durante muchas semanas más continué con toda clase de intentos. Tiré centenares de mensajes por el balcón: o no los leían, o los leían y no los tomaban en serio.

Un día vi un sobre junto a la puerta del departamento: la compañía telefónica me anunciaba el corte del servicio por mi falta de pago. Luego, sucesivamente, me cortaron el gas, la electricidad y el agua.

Al principio, yo iba, de manera irracional, agotando mis víveres. Pero a tiempo me di cuenta de que tal conducta constituía un error.

En el balcón coloqué recipientes para recoger el agua de lluvia. Arranqué las inútiles plantas de adorno, y en esas macetas sembré tomates, lechugas, lentejas y otras legumbres, a las que cuido con amor y esmero. También necesito proteínas animales: aprendí a criar y hacer reproducir en cautiverio insectos, arañas y roedores; a veces, atrapo algún gorrión, alguna paloma.

Los días de sol logro, con una lupa y un papel, encender fuego. Como combustible, voy quemando los libros, los muebles, las tablas del piso. Descubrí que en una casa siempre hay más cosas que las necesarias.

Vivo bastante confortablemente, aunque con algunas carencias. No sé qué sucede en otras partes; no leo periódicos y no puedo hacer funcionar el televisor ni la radio.

Por el balcón observo el mundo exterior y noto algunos cambios. Cierta vez dejaron de transitar los tranvías. En otra ocasión, la avenida Santa Fe, que era de ida y vuelta, se convirtió en calle de una sola mano. No sé cuántos años hace de estas modificaciones. He perdido la noción del tiempo, pero el espejo, mi calva, mi larga barba blanca y el dolor de mis articulaciones me dicen que soy muy viejo.

Mi diversión es dejar vagar el pensamiento. No tengo miedo ni ambiciones.

En suma, soy relativamente feliz.

[1983]

[De *El regreso. Y otros cuentos inquietantes*, Buenos Aires, Editorial Estrada, 2005.]

Regreso a las fuentes

Yo tiendo a creer inmediatamente en cualquier idea que, desde una mesa redonda televisiva, propongan un sociólogo o un psicoanalista. Entre anteojos, barbas y humo de pipa, aquel señor dijo —con voz sonora e incontrovertible— que el hombre actual se había cosificado y que, minuto a minuto, la sociedad de consumo iba fagocitándolo.

Me asusté, y un vertiginoso proceso mental —que no viene al caso describir pero que es fácilmente imaginable— me impulsó a apagar el televisor al instante y a precipitarme hacia la bicicletería Suasorio Hermanos, de la calle Roosevelt, en mi barrio de Villa Urquiza. No sé cuántos hermanos serían los Suasorio: en el local sólo había un hombre delgadísimo, con pómulos huesudos; resultó ser ágil, eficaz y rápido.

Al venderme la bicicleta, dejó caer unas frases, como de maestro a discípulo:

—Es lo mejor que pudo hacer. La vida se ha vuelto inútilmente complicada. La bicicleta es lo sencillo y, aunque artefacto al fin, implica lo natural: el aire libre, el sol, el ejercicio físico.

Estuve de acuerdo. Con alegría un poco infantil, monté en la bicicleta y me lancé por las calles de Villa Urquiza, de Villa Pueyrredón; en poco minutos me encontré en Villa Lynch, en Santos Lugares, en El Palomar. “Qué maravilla”, me dije. “Este vehículo, tan simple y ascético, me permite recorrer bastante distancia en un tiempo más o menos breve”. Sí, pero, *exactamente*, ¿cuánta distancia en cuánto tiempo?

Como aborrezco la imprecisión y las conjeturas, me presenté de nuevo ante el señor Suasorio. Ahora me miró serio y dubitativo: creí percibir un cambio general en su actitud:

—Conste —dijo— que usted volvió sin que yo lo llamara.

Le respondí con una zalamería sentenciosa:

—El cliente satisfecho siempre retorna al honesto proveedor.

Y recabé su opinión sobre la conveniencia de perfeccionar la bicicleta mediante un cuentakilómetros.

—Cuentakilómetros sin velocímetro —me amonestó— equivale a tenedor sin cuchillo: ambos accesorios se complementan y se justifican recíprocamente. Con el primero sabe cuánta distancia recorre; con el segundo, qué tal andan de fuerzas esas piernas ociosas.

Admití que tenía razón y, en pocos minutos, tuve los dos aparatitos en el manubrio de la bicicleta.

—La gente ambula ensimismada —dijo el señor Suasorio—, cuando no es papanatas de nacimiento. De modo que no le extrañe llevarse por delante a algún prójimo distraído. ¿Qué le parece esta bocina eléctrica para completar un trío de maravillas?

—Lamento no estar de acuerdo con usted: abomino de los bocinazos.

—Esta bocina vio la luz en el Imperio del Sol Naciente —me instruyó—, y quizás usted sepa que el nipón procura ahorrar espacio. No es más grande que una cajita de fósforos y, ya que usted es insensible a la melodía del bocinazo urbano, nada le impedirá gozar de los detalles adicionales: radiograbador, pasacasetes, reloj eólico con la hora oficial de Tokio, Addis-Abeba y

Tegucigalpa, indicador de temperatura y presión atmosférica, y una minicalculadora con cincuenta y siete funciones, por si se le da por echar cuentas por esos caminos de Dios.

Vistas tantas ventajas, adquirí la bocina realmente contento.

—¿Qué tal está el tiempo? —me preguntó entonces el señor Suasorio.

Se trataba de una interrogación retórica:

—Magnífico, resplandeciente —se contestó a sí mismo—, con este enero de Buenos Aires que le derrite el cerebro a quien tenga la suerte de poseerlo. Pero no le asombre que lo sorprenda un frente de tormenta en el lugar más inhóspito y vuelva a su casa portando treinta hectolitros de agua alojados en ropas y zapatillas.

Quedé un instante perplejo.

—En los umbrales del siglo XXI —agregó—, ¿quién que no sea sonso se resignará a mojarse, disponiendo de este pequeño aparato —exhibió en la palma de la mano una suerte de televisor liliputiense— que pronostica los cambios de tiempo con setenta y dos horas de anticipación y margen de error cero?

Rápidamente lo atornilló en el manubrio.

—Por añadidura indica las isobaras y las isohietas de Australia y de Gabón, informa sobre el movimiento de las mareas en el Golfo Pérsico y, mediante un sistema ultrasónico, extermina los puercoespines, licaones y basiliscos que acechan al ciclista en todos los caminos.

—¿Y a los mosquitos y a las moscas?

—Por desgracia, los despreciables dípteros han desarrollado inmunidad contra los rayos infalibles de este aparato. Pero, ¿eso qué importa, si además obtiene fotocopias?: simple o doble faz, en colores y en cualquier clase de papel.

Como me paso la vida sacando fotocopias, tal virtud me sedujo.

—Que el guardabarros trasero —dijo el señor Suasorio— no sienta celos del manubrio: éste, con tantos primores, y aquél, huérfano de cuidados.

Y enancó tras mi asiento una caja metálica, con botones y palanquitas, del tamaño de una mantequera:

—Usted es más bien zángano y sin duda propenso a la gula y a la buena alimentación. Ante un ataque de hambre canina, ¿existe algo mejor que este horno infrarrojo para asar un pollo o un peceto con guarnición de papas y cebollas en sólo veinticinco segundos, al mismo tiempo que estos destiladores transforman la humedad del ambiente en vino borgoña?

La oferta era tentadora, y no tuve fuerzas para rechazarla.

—Nativo de la patria chica, hace cincuenta y tres años que habito en Villa Urquiza —evocó, elevando la voz y el brazo derecho—, y mi tesis, ya proverbial, es que el barrio equivale a una familia numerosa. Cara de vivo usted no tiene, y me arriesgo a confiar en su honradez. Por lo tanto, le abro un crédito en dólares, a amortizar en treinta y seis cómodas cuotas mensuales. A fin de que usted no se moleste hasta mi laboratorio, déjeme su dirección, que ya la sé de memoria, y mañana irá a su casa mi gerente financiero para hacerle firmar los documentos.

Con mano trémula escribí mis señas en el borde de un diario. Temiendo olvidara el compromiso de honor, le encarecí:

—Ese señor me visita mañana con total certeza, ¿no?

—Con total certeza, con pagarés sedientos de firmas insolventes y con folletos de otros adelantos de la ciencia que lo dejarán con la boca abierta. Y vuelvo a felicitarlo: es lo mejor que pudo hacer. La vida se ha vuelto inútilmente complicada, y la bicicleta es lo sencillo y lo natural.

—Muchísimas gracias —respondí, emocionado.

Monté y me retiré pedaleando: dichoso, pleno de vida, con una canción en los labios.

[1987]

[De *Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con un paraguas en la cabeza*, Barcelona, Ediciones Carena, 2005.]

Costumbres del alcaucil

Muy pocas personas conocen el pasaje Ohm. Su única cuadra de extensión corre cerca de la esquina de las avenidas Triunvirato y de los Incas. En un pequeño departamento con balcón al contrafrente vivo yo.

Alancé los cuarenta y ocho años sin querer —o sin poder— casarme. Vivo solo y me arreglo bastante bien. No soy agricultor ni botánico, sino profesor de castellano, literatura y latín: nada sé de aquellas ciencias rurales y naturales, pero algo conozco de lingüística y etimologías. Desde estos campos empecé mi acercamiento al alcaucil.

Como se sabe, un buen porcentaje del léxico español reconoce su origen en la lengua de los invasores árabes del siglo VIII. A veces éstos crearon el vocablo mediante el recurso de conferir forma árabe a un sustantivo latino (o neolatino) corriente en la España de entonces.

Tal es el caso de la palabra mozárabe *caucil*, proveniente del latín *capitiellum*, que significa “cabecita”. De manera que *alcaucil* (artículo + sustantivo) significa “la cabecita”. Este nombre popular posee, digamos, mayor “expresividad” y “utilidad” que el término científico *cynara scolymus*.

Veamos por qué.

En Buenos Aires nadie ha visto una planta de alcaucil. De las verdulerías nosotros conocemos, precisamente, esas cabecitas muertas cuyo corazón (mejor llamado *receptáculo*) y las bases de cuyas hojas (mejor dicho, *escamas*) son, por cierto, muy sabrosos. Ahora bien, estas cabecitas guardan el germen de la flor, y el horticultor las arranca de la planta antes de que aquélla llegue a desarrollarse, pues, de no hacerlo así, luego se endurecen y ya no son comestibles.

Durante toda mi vida yo fui un ignorante total en lo que a morfología, vida y costumbres del alcaucil respecta. Ahora, en cambio, puedo decir, sin pedantería, que he adquirido bastante información y que me he convertido en una suerte de módica autoridad en la materia. Admito, sí, que, sobre el alcaucil, es más lo que me resta por aprender que lo que he aprendido.

El alcaucil puede cultivarse en una maceta, de proporciones más bien amplias. Como es una planta áspera y sufrida, una especie de cardo, requiere escasos cuidados; se desarrolla en seguida; alcanza un metro de altura y, en extensión horizontal, una longitud que, hasta ahora, resulta imposible determinar.

Aunque, en general, no me interesan ni me atraen las plantas, acepté con fingida gratitud el alcaucil que me regaló una vecina apodada la Chiche: es una señora de cierta edad y de anteojos, simple y aburridora, que tiene un hijo, más bien de escasas luces, llamado Sebastián.

El joven Sebas —así apocopado por su madre y sus amigos— terminó el tercer año con arduas dificultades. Ignoro por qué me avine a impartirle gratuitamente clases particulares de castellano para que intentara aprender en pocos días lo que no había logrado ni siquiera sospechar en los once o doce meses anteriores.

Nada me cuesta declarar que soy un excelente profesor de castellano, con la experiencia —y el cansancio— de veinte años de tiza y pizarrón. Pero Sebas —inapelablemente palurdo y de tropezado razonamiento— resultó, tal como yo preveía, reprobado con justicia por la mesa examinadora del mes de marzo.

La señora Chiche —fanatismo maternal a un lado— supo comprender que la deficiencia no estaba en mí sino en su hijo y, para agradecerme de alguna manera, me regaló la susodicha planta de alcaucil.

La señora Chiche llegó a mi departamento, estuvo un rato, emitió abundantes errores e imprecisiones, no prestó la menor atención a ninguna de mis palabras, me hizo conocer su visión desencantada del mundo y, ¡por fin!, se retiró, dejándome la habitual sensación de desagrado que me producen las personas de escasa inteligencia e ilimitada incultura. Y, junto con cierto mal humor, ahí quedó, en el balcón, en su maceta roja y blanca, la planta de alcaucil.

Poco a poco, fue prodigándose en múltiples cabecitas (alcauciles) de color verde apagado. Por su propio peso, los alcauciles fueron doblegando la resistencia de los tallos y empezaron a reptar por el suelo del balcón, como si fueran las múltiples garras de un animal amorfo y difícil de reconocer, una suerte de erizado pulpo terrestre, con algo de la dureza pétreo y verdusca de las bestias prehistóricas.

Así habrá transcurrido una semana.

Años enteros he luchado sin éxito contra las hormigas rojas, esos bichitos invencibles y omnívoros diseminados en infinitas cuevas por todo el departamento.

Una tarde me hallaba sentado en el balcón; leía el diario y tomaba mate. Entonces vi que cuatro de las tantas cabecitas de la planta estaban dadas a la caza de hormigas rojas. Su técnica era, a la vez, muy sencilla y muy eficaz. Con las hojas abajo y el tallo arriba, corrían a modo de arañas, apresaban con delicada exactitud a la hormiga y, mediante rápidos movimientos de tracción y masticación, la llevaban hasta el centro del alcaucil, por donde era ingerida.

Observando con atención, podía advertirse, en los puntos de ensanchamiento del tallo móvil o tentáculo, que los cadáveres de las hormigas eran trasladados hasta el tallo central, donde —imaginé— se hallaría el aparato digestivo del alcaucil. En películas documentales yo había visto más de una vez algo parecido: cuando la culebra traga una laucha o una rana, uno puede percibir la forma del cuerpo de la víctima que se desliza por el interior del cuerpo del victimario: de esta misma manera comían también los alcauciles.

Sentí alegría. Este hecho me pareció auspicioso. Los alcauciles eran infatigables y terriblemente hambrientos. Pensé que, en poco tiempo, lograrían triunfar donde yo fracasé durante años: que terminarían, de modo contundente, con todas las hormigas rojas del departamento, esas hormigas que yo, en mi impotencia, tanto aborrecía.

En efecto, así fue. Llegó el momento en que ya no vi ninguna hormiguita roja. Entonces el alcaucil se extendió en busca de otros alimentos.

Algunos alcauciles estrangulaban y devoraban a las demás plantas del balcón: malvones, geranios, un rosal siempre frustrado, unos helechos antiquísimos, un bravío cacto espinoso. Otros alcauciles, en cambio, prefirieron cavar la tierra y capturaron lombrices útiles y sabandijas perjudiciales. Un tercer grupo trepó por las paredes y penetró en lo hondo de los antros de las arañas.

En verdad, esos alcauciles tenían buen apetito. Y crecían. Crecían siempre. No tardaron mucho tiempo en ocupar todo el balcón. A modo de enredadera, se tendieron por el piso, por el techo, por las paredes, en vueltas y revueltas que los convirtieron en selva inextricable.

Debo confesar que, en este punto, me asusté un poquito: temí, estúpidamente, que el alcaucil continuara creciendo hasta ocupar todo el departamento.

—Muy bien —le dije—. Si ésa es tu intención, te condeno a morir de hambre.

Bajé las cortinas de madera gris y cerré herméticamente los vidrios de los ventanales del comedor y del dormitorio. Estaba seguro de que, privado de alimento, el alcaucil empezaría a languidecer, a debilitarse, a encogerse, y terminaría por agostarse en briznas resacas hasta morir.

Adopté esa medida precautoria el lunes 11 de abril de 1988. Por no sé qué conflicto laboral, en mi colegio no hubo clases hacia el final de la semana. Aproveché entonces para hacerme una escapadita a Mar del Plata, en compañía de una especie de novia —por cierto, ya madura— que tengo desde hace muchísimos años, que es profesora de matemática y que se llama Liliana Tedeschi. Ambos devotos del tren y refractarios al ómnibus, partimos de Constitución el miércoles por la noche y pasamos luego cuatro hermosos días en aquella grata ciudad otoñal.

El domingo 17 de abril, hacia las ocho de la mañana, me hallé de regreso en mi departamento de la calle Ohm. Como temo a los ladrones, tengo puerta blindada y dos cerrojos de seguridad. Con el modesto orgullo de ser tan previsor, abrí el primer cerrojo, abrí el segundo, empujé la puerta. Noté que ofrecía cierta resistencia: no demasiado firme, es verdad, pero resistencia al fin.

Entré entonces en una suerte de bosquecillo de alcauciles. Me recibió una fuerte corriente de aire: en mi ausencia, estos individuos habían primero devorado las maderas de la cortina enrollable y luego destrozado los vidrios de los ventanales. Ahora, como ingentes medusas, se hallaban esparcidos por todo el departamento, y cubrían metódicamente pisos, paredes y cielos rasos, reptaban por los rincones, se encaramaban a los muebles, investigaban agujeros y recovecos...

Esto fue lo que vi en una primera mirada general. En seguida intenté obtener un cuadro más sistemático de la situación. Aunque traté de mantenerme sereno, aquellos abusos no pudieron menos que indignarme.

Los alcauciles habían abierto la heladera, el freezer y todas las alacenas, y habían comido el queso, la manteca, las carnes congeladas, las papas, los tomates, los fideos, el arroz, la harina de trigo, las galletitas... En el piso de la cocina me topé con frascos, ahora vacíos, de mermelada, de aceitunas, de pickles, de chimichurri...

Habían devorado todo lo humanamente devorable y ahora —ante mis ojos coléricos— se dedicaban también a todo lo alcaucilmente devorable, que, según estaba viendo, era toda materia orgánica —muerta o viva—, y se hallaban desgarrando, royendo y mascando el cuero y las plumas de los sillones y las maderas de los muebles. Y se hallaban desgarrando, royendo y mascando los libros, ¡oh, Dios, mis libros queridos, reunidos con amor a lo largo de más de treinta años, mis libros subrayados y comentados —jamás con tinta, siempre con lápiz— por mi letra prolija y cuidadosa una y mil veces!

No tengo cuchilla de carnicero pero sí una tijera para trozar pollos. Coloqué un tallo de alcaucil entre las dos hojas de acero y —con odio, con jubilosa impiedad— cercené la abominable cabecita enemiga.

El alcaucil decapitado rodó unos centímetros. En el mismo instante, el tallo seccionado se multifurcó en no sé cuántos tallos menores y, simultáneamente, nacieron quince, veinte, cincuenta cabecitas que, furiosas, se lanzaron contra mí, intentando mordirme los zapatos, las piernas, las manos.

Entonces, y como pude, retrocedí hacia la zona del dormitorio, donde la densidad de alcauciles por centímetro cuadrado era mucho menor. Soy una persona —creo— bastante lúcida y no me hallaba dispuesto a perder la calma: sólo quería serenarme y reflexionar un poco, pues

no dudaba —siempre tuve mucha confianza en mí mismo— de que hallaría pronta solución al problema de los alcauciles.

Razoné.

Durante mi ausencia, ¿qué los había exasperado y hasta enloquecido? Sin duda, la falta de alimentos. En efecto, durante las semanas anteriores —cuando se hallaban normalmente nutridos—, los alcauciles habían manifestado una conducta digna y juiciosa. Bastaría, pues, con proveerlos de la comida necesaria para que volvieran a ser los calmos y mansos alcauciles de otrora.

Desde el teléfono del dormitorio —casi no había cama ni mesitas de luz ni placares ni ropas— llamé al mercadito Los Dos Amigos. El primer amigo vende carne; el segundo amigo, verduras y frutas. Al primero le encargué ocho kilos de las partes más baratas: hígado, bofe, huesos. Al segundo, papas y zapallos, que cuestan poquísimos y rinden mucho. Les pedí que me mandaran todo en seguida: así aplacarían, por el momento, el hambre de los alcauciles. Más adelante buscaría —y hallaría— la solución definitiva.

Mientras los alcauciles y yo esperábamos los víveres, ellos continuaban royendo. El ruido que produce su roer es similar al de sacudir una caja de fósforos, con la salvedad de que nadie está todo el tiempo sacudiendo una caja de fósforos, y, en cambio, los alcauciles roían, roían, roían todo el tiempo. Continuaban royendo los restos de los muebles: tragaban la madera y desechaban la laca y los elementos metálicos o plásticos.

Pensé: “Mientras tengan algo para comer, estaré a salvo”. Y, en seguida: “Cómo tardan Los Dos Amigos”.

Entonces sonó el timbre (no el del portero eléctrico sino el del departamento): sonó con ese tipo de llamado largo e impaciente que yo aborrezco. Anticipándose a mi movimiento, un alcaucil presionó hacia abajo el picaporte y abrió de par en par la puerta.

Sobre el fondo más oscuro del pasillo, con delantal blanco y gorrita blanca, y con una enorme canasta de mimbre sostenida por ambas manos, apareció el muchacho gordo y rudimentario que muchas veces yo había visto lavando la vereda del mercadito Los Dos Amigos.

Este descomunal zopenco, de veinte años de edad y cien kilos de peso, vaciló un instante entre saludarme y avanzar. Otra cosa no pudo hacer: en segundos fue envuelto por una telaraña verde, dúctil y eficaz de cuarenta o cincuenta alcauciles. No llegó a gritar ni pudo mover los brazos. Con alcauciles en los ojos, en el cuello y dentro de la boca, semiestrangulado, y no sé si vivo o ya muerto, fue arrastrado —con ligereza de pluma— hasta el centro del comedor, y allí los alcauciles, en áspero tumulto, se dieron a la tarea de horadar y carcomer al muchacho gordo del mercadito, y también su canasta de mimbre, y las papas y los zapallos, y el hígado y el bofe y los huesos.

Aquella imagen de los pequeños alcauciles que recorrían el gran cuerpo me recordó la de las hormiguitas rojas cuando seccionan una cucaracha muerta, o viva.

Mientras estos alcauciles ingerían al muchacho, otros habían echado llave a la puerta del departamento y la mantenían ahora en su poder, lejos de mi posibilidad de alcance.

Entonces me encerré en el cuarto de baño, recinto aún del todo libre de alcauciles. Corrí el pasador metálico y, sentado en el borde de la bañera, traté de imaginar un rápido plan para derrotar a los alcauciles. Con muchos nervios y poco tiempo, apenas si llegué a esbozar la idea de provocar un incendio. Pero, ¿qué incendiar?: ya casi no quedaban cosas inflamables, mi casa sólo era un esqueleto de materias inorgánicas.

Estas especulaciones, y otras parecidas, resultaban, al fin, ociosas e inoperantes. Lo mejor —me dije— será no pensar en nada. Y esperar. Sentado en el borde de la bañera, esperar. Contemplando con estúpida atención esos objetos familiares tan desprovistos de interés: el lavatorio, el espejo, los azulejos...

Los alcauciles ya han empezado a roer y perforar la puerta del cuarto de baño en veinte puntos distintos. Pronto habrá allí veinte boquetes y, en seguida, veinte cabecitas de un verde apagado que avanzarán hacia mí.

Yo espero: ni resignado ni pasivo. He arrancado la barra del toallero y la empuño a modo de garrote: no me entregaré sin resistencia; trataré de inferirles el mayor daño posible.

Repito lo que dije al principio: he aprendido bastante —pero aún ignoro muchas cosas— sobre las costumbres del alcaucil.

[1995]

[De *Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con un paraguas en la cabeza*, Barcelona, Ediciones Carena, 2005.]

El conejo de Ushuaia

En un diario acabo de leer que, “tras largos meses de intentos fallidos y de diversas expediciones, un grupo de científicos argentinos logró dar caza a un ejemplar del ‘conejo de Ushuaia’, especie que se daba por extinguida desde hacía más de un siglo. Los científicos, encabezados por el Dr. Adrián Bertoni, lograron capturar un ejemplar en uno de los bosques que rodean aquella ciudad patagónica...”.

Como prefiero lo específico a lo genérico y lo preciso a lo evanescente, yo habría dicho “en el bosque tal y tal que se encuentra en tal sitio con respecto a la capital fueguina”. Pero no debemos pedir peras al olmo ni inteligencia alguna a los periodistas. El doctor “Adrián Bertoni” soy yo, y por supuesto tuvieron que escribir de manera equivocada mi nombre y mi apellido: me llamo exactamente Andrés Bertoldi, y, en efecto, soy doctor en Ciencias Naturales, con especialización en Zoología y Fauna Extinguida o en Peligro de Extinción.

El conejo de Ushuaia no es, a pesar de todo, un lagomorfo y, mucho menos, un lepórido, y tampoco es cierto que su hábitat sean los bosques de Tierra del Fuego; más aún, ni siquiera un solo individuo ha vivido nunca en la Isla de los Estados. El ejemplar que yo capturé —yo, yo solo, sin ningún equipo ni ayuda de nadie— apareció en la ciudad de Buenos Aires, junto al terraplén del Ferrocarril San Martín que corre paralelo a la avenida Juan B. Justo, a la altura de la calle Soler, en Palermo.

Yo no estaba buscando al conejo de Ushuaia, sino que tenía otras preocupaciones y caminaba un poco cabizbajo. Me dirigía, bajo el calor de noviembre y por la vereda de Juan B. Justo, hacia la avenida Santa Fe, a un banco donde debería realizar trámites molestos y hasta inquietantes. Entre el terraplén y la vereda hay una verja de alambre tejido sobre una base de mampostería; entre la verja y la base del terraplén estaba el conejo de Ushuaia.

Lo reconocí al instante —¿cómo no iba a reconocerlo?—, pero me llamó la atención verlo tan quieto, pues es animal movedizo y saltarín. Pensé que tal vez estuviera herido.

Sea como fuere, me alejé unos metros de donde se hallaba el conejo de Ushuaia, escalé la verja y bajé con sigilo junto al terraplén. Caminé con pasos cautelosos, temiendo a cada instante que el conejo de Ushuaia huyese espantado, y, en ese caso, ¿quién podría alcanzarlo? Es uno de los animales más veloces de la creación y, aunque de modo absoluto el guepardo es más rápido que él, no lo es en términos relativos.

El conejo de Ushuaia giró la cabeza y me miró. Pero, contra lo que yo imaginaba, no sólo no huyó sino que quedó inmóvil, con la única excepción del airón plateado, que se agitaba, como desafiándome.

Me quité la camisa y quedé con el torso desnudo.

—Tranquilo, tranquilo, tranquilito... —iba diciendo.

Cuando estuve a su lado, desplegué con lentitud la camisa, como si fuera una red, y, de repente, en un solo movimiento brusco, cubrí con ella al conejo de Ushuaia, envolviéndolo por abajo y formando un paquete de regulares proporciones. Con las mangas y los faldones practiqué un fuerte nudo, que me permitió sostener el envoltorio con sólo mi mano derecha,

mientras la izquierda me quedó libre para ayudarme a escalar de nuevo la verja y volver a la vereda.

Desde luego, no podía presentarme en el banco con el torso desnudo ni con el conejo de Ushuaia. De manera que me dirigí a casa; resido en un octavo piso de la calle Nicaragua, entre Carranza y Bonpland. En una ferretería adquirí una jaula para pájaros, de tamaño más bien grande.

El portero estaba lavando la vereda de nuestro edificio. Al verme con el pecho descubierto, con una jaula en la mano izquierda y un envoltorio blanco, que se agitaba, en la mano derecha, me miró con más asombro que reprobación.

Mi mala suerte quiso que, al entrar en el ascensor, me siguiera una vecina que traía de la calle a su perrito, un animal feo y antipático que, al captar el olor —más allá de la percepción del ser humano— del conejo de Ushuaia, rompió a ladrar ensordecidamente. En el octavo piso pude librarme de aquella mujer y de su estentórea pesadilla.

Cerré la puerta del departamento con llave, preparé la jaula y, con infinito cuidado, empecé a desenvolver la camisa, tratando de no irritar, y mucho menos de herir, al conejo de Ushuaia. Sin embargo, el encierro lo había hecho enojar y, al liberarlo del todo, no pude impedir que me clavara en el brazo un aguijón. Tuve la suficiente presencia de ánimo para que el dolor no me hiciera soltarlo y logré, por fin, ponerlo a buen recaudo dentro de la jaula.

En el cuarto de baño me lavé la herida con agua y jabón, y, en seguida, con alcohol medicinal. Luego me pareció que lo más sensato era llegarme a la farmacia y hacerme aplicar el suero antitetánico, y eso fue lo que hice sin dudar.

Desde la farmacia me fui directamente al banco para concluir el maldito trámite que había quedado postergado por culpa del conejo de Ushuaia. En el camino de regreso adquirí víveres.

Puesto que, durante el día, carece de aparato masticador, consideré lo más práctico cortar el bofe en pequeños trozos y mezclarlo con leche y garbanzos; revolví todo con una cuchara de madera. Tras olfatear la combinación, el conejo de Ushuaia la absorbió, sin dificultad pero con mucha lentitud.

A la caída del sol empieza su proceso de dilatación. Trasladé entonces los pocos muebles del living —dos sillones simples, uno de dos cuerpos y una mesita ratona— al comedor, apoyándolos casi contra la mesa grande y las sillas.

Antes de que no cupiera por la puertecita, lo hice salir de la jaula y, ya libre y cómodo, creció lo suficiente. En este nuevo estado había perdido por completo la agresividad, y se mostraba abúlico y perezoso. Cuando le vi brotar las escamas violetas —indicios de somnolencia—, me metí en mi dormitorio, me acosté y di por terminado ese día.

A la mañana siguiente, el conejo de Ushuaia había regresado a la jaula. En vista de esa docilidad, no me pareció necesario cerrarle la puertecita: que él decidiera cuándo permanecer dentro o fuera de su prisión.

El instinto del conejo de Ushuaia es infalible. Desde ese primer día, y al anochecer, se habituó a dejar la jaula y a extenderse, a modo de un flan de cierta consistencia, por el suelo del living.

Según se sabe, evacua sus heces las medianoches de los días impares. Si uno coloca (por ánimo de jugar, claro está) esos pequeños poliedros metálicos y verdes en una bolsa, y los agita, suenan de una manera muy simpática, con algo de ritmo caribeño.

En realidad, poco tengo en común con Vanesa Gonçalves, mi novia. Es bastante diferente de mí. En lugar de admirar las tantas cualidades positivas del conejo de Ushuaia, le pareció que lo mejor era desollarlo para hacerse confeccionar un tapado de piel. Eso puede practicarse de noche, cuando el animal está dilatado y la superficie de su piel es lo bastante extensa para que las crestas cartilagosas se desplacen hasta los bordes y no dificulten las tareas de incisión y corte. No quise ayudarla en la operación; Vanesa, sin otros instrumentos que una tijera de sastre, despojó al conejo de Ushuaia de toda la piel del lomo, la llevó a la bañera y, bajo el agua de la canilla y con detergente, cepillo y lavandina, eliminó por completo los restos de ámbar y bilis que la cubrían. Luego la secó con una toalla, la plegó, la guardó en una bolsa de plástico y, muy contenta, se la llevó a su casa.

Esa piel no necesita más de ocho o diez horas para regenerarse por completo. Vanesa imaginó un gran negocio: desollar cada noche al conejo de Ushuaia y vender sus pieles. No se lo permití; no quería convertir un hallazgo científico de tanta importancia en algo groseramente mercantil.

Sin embargo, una entidad ecologista denunció el hecho, y en los diarios se publicó una solicitada en la que se acusaba a "Valeria González" —y, lateralmente, también a mí— de ejercer crueldad hacia los animales.

Tal como yo sabía que iba a ocurrir, la llegada del otoño restituyó al conejo de Ushuaia su lenguaje telepático y, aunque su mundo cultural es limitado, pudimos tener agradables conversaciones y hasta establecer una especie de, ¿cómo diré?, de código de convivencia.

Me dijo que Vanesa no le caía simpática, y yo comprendí perfectamente sus calladas razones: le pedí a mi novia que no viniera más a casa.

Tal vez por gratitud, el conejo de Ushuaia perfeccionó un modo de no dilatarse tanto por las noches, de manera que pude traer de regreso al living todos los muebles. Duerme sobre el sillón de dos cuerpos y defeca sus poliedros metálicos sobre la alfombra. Nunca fue de excesivo comer y, en esto, como en todo lo demás, su conducta es mesurada y digna de elogio y de respeto.

Su delicadeza y su eficacia llegaron al extremo de preguntarme cuál sería, para mí, su tamaño diurno más cómodo. Le dije que habría preferido el de la cucaracha, pero advertí que esa misma pequeñez volvía al conejo de Ushuaia peligrosamente imperceptible, con el consiguiente riesgo de herirlo (ya que no de matarlo).

Tras algunos ensayos, llegamos a la conclusión de que, durante las noches, el conejo de Ushuaia continuaría dilatándose hasta adquirir el tamaño de un perro muy grande o de un leopardo. Durante el día, lo ideal consistía en las proporciones de un gato mediano.

Esto me permite, mientras miro televisión, por ejemplo, tener al conejo de Ushuaia en mis rodillas y acariciarlo distraídamente. Hemos forjado una sólida amistad y, a veces, con sólo nuestras miradas nos entendemos. No obstante, durante los meses fríos se mantienen vigentes sus facultades telepáticas, que desaparecerán apenas lleguen los primeros calores.

Ya estamos en agosto. El conejo de Ushuaia sabe que, desde septiembre hasta febrero o marzo, no podrá formularme preguntas ni plantear sugerencias ni recibir mis consejos o felicitaciones.

En los últimos tiempos ha caído en una especie de manía repetitiva. Me dice —como si yo no lo supiera— que él es el único ejemplar sobreviviente de conejo de Ushuaia en todo el mundo. Sabe que no tiene la menor posibilidad de reproducirse, pero —aunque se lo pregunté muchas veces— jamás me dijo si esto le preocupa o lo deja indiferente.

Además de estas afirmaciones, me pregunta —todos los días y varias veces al día— si vale la pena seguir viviendo, así, solo en el mundo, en mi compañía pero sin congéneres. No tiene manera de morir por su propia voluntad, y yo no tengo manera —y, aunque la tuviera, jamás lo haría— de matar a un animal tan dulce y afectuoso.

Por estas razones, mientras perduran los últimos fríos del año, converso con el conejo de Ushuaia y continúo acariciándolo distraídamente. Cuando llegue el calor de septiembre, sólo podré limitarme a acariciarlo.

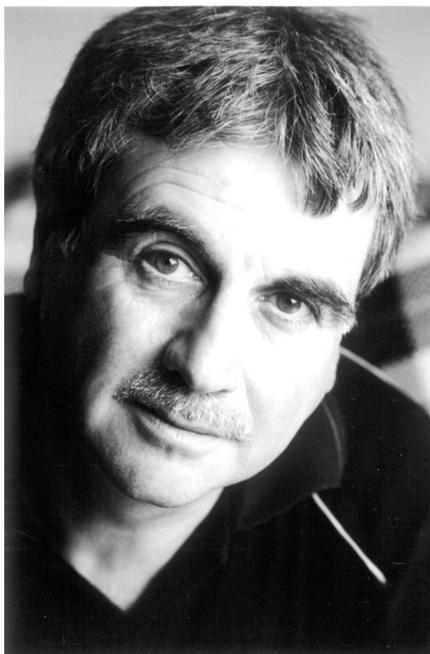
[2007]

[De *El crimen de san Alberto*, Buenos Aires, Editorial Losada, 2008.]

Fernando Sorrentino

(breve semblanza)

Fernando Sorrentino nació en Buenos Aires el 8 de noviembre de 1942. Es profesor de Lengua y Literatura.

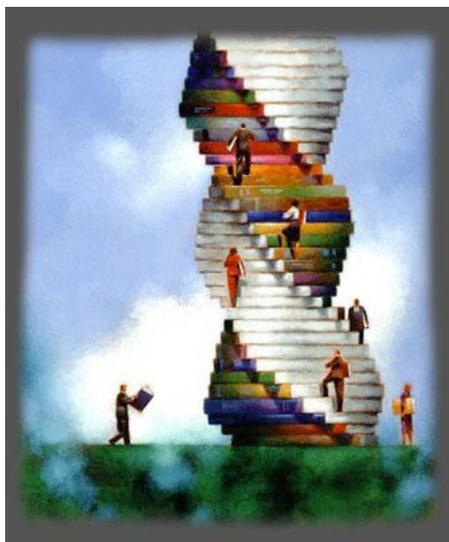


Sus cuentos se caracterizan por entrelazar de manera muy sutil, y casi subrepticia, la realidad con la fantasía, de manera que el lector no siempre logra determinar dónde termina la primera y empieza la segunda. Suele partir de situaciones muy "normales" y "cotidianas" que, paulatinamente, se van enrareciendo y convirtiéndose en insólitas o turbadoras, pero siempre recorridas por un arroyo sinuoso de espléndido y sorprendente sentido del humor.

Algunos de sus libros de relatos son *Imperios y servidumbres* (1972), *El mejor de los mundos posibles* (1976), *Sanitarios centenarios* (1979), *En defensa propia* (1982), *El rigor de las desdichas* (1994), *Existe un hombre que tiene la costumbre de pegarme con un paraguas en la cabeza* (2005), *El regreso* (2005), *Costumbres del alcaucil* (2008), *El crimen de san Alberto* (2008), *El centro de la telaraña* (2008).

Numerosos cuentos suyos han sido traducidos a diversas lenguas europeas y asiáticas.

Su página web es la siguiente:
<http://www.fernandosorrentino.com.ar>



BIBLIOTECA DIGITAL DE AQUILES JULIÁN

1. La infancia de Zhennia Liubers y otros relatos / Boris Pasternak
2. Corazón de perro / Mijaíl Bulgákov
3. Antología del cuento chino / varios autores
4. El hombre que amaba al prójimo y otros cuentos / Virginia Woolf
5. Crónica de la ciudad de piedra / Ismail Kadaré
6. La casa de las bellas durmientes / Yasunari Kawabata
7. Voluntad de vivir y otros relatos / Thomas Mann
8. Dublineses / James Joyce
9. La agonía del Rasu-Ñiti y otros cuentos / José María Arguedas
10. Caballería Roja / Isaak Babel
11. Los siete mensajeros y otros relatos / Dino Buzzati
12. Un horrible bloqueo de la memoria y otros relatos / Alberto Moravia
13. El tacto y la serpiente y otros textos / Reynaldo Disla
14. Una cuestión de suerte y otros cuentos / Vladimir Nabokov
15. Las últimas miradas y otros cuentos / Enrique Anderson Imbert
16. Yo, el supremo / Augusto Roa Bastos
17. El siglo de las luces / Alejo Carpentier
18. El principito / Antoine de Saint-Exupéry
19. La noche de Ramón Yendía y otros cuentos / Lino Novás Calvo
20. Over / Ramón Marrero Arísty
21. Una visión del mundo y otros cuentos / John Cheever
22. Todo es engaño y otros cuentos / Sherwood Anderson
23. Las aventuras del Barón Münchhausen / Rudolf Erich Raspe
24. Huasipungo / Jorge Icaza
25. Vasco Moscoso de Aragón, capitán de altura / Jorge Amado
26. El espejo de Lida Sal / Miguel Ángel Asturias
27. Seis cuentos para leer en yola / Aquiles Julián
28. Los chinos y otros cuentos / Alfonso Hernández Catá
29. La mancha indeleble y otros cuentos / Juan Bosch
30. El libro de la imaginación / Edmundo Valadés
31. Cuatro relatos / Joseph Roth
32. El libro de cristal de los Cohén / Aquiles Julián
33. Cuentistas dominicanos 1 / Aquiles Julián
34. El caballo que bebía cerveza / Joao Guimaraes Rosa
35. Tres relatos / José Bianco
36. Adán, Eva y los moluscos / Efraím Castillo
37. La mosca y otros cuentos / Slawomir Mrozek
38. Vidrios rotos y otros cuentos / Osvaldo Soriano
39. La amortajada y otras historias / María Luisa Bombal
40. El amuleto y otras historias / Ciro Alegría
41. Cosas de vieja. Y otros 19 cuentos / Fernando Sorrentino